

EL ERROR DEL NOVIO BILLONARIO

UNA NOVELA DE LA FAMILIA KAVANAGH #4



KENDRA LITTLE

El Error del Novio Billonario

Kendra Little

Traducido por Cinta Garcia de la Rosa

“El Error del Novio Billonario”

Escrito por Kendra Little

Copyright © 2017 Kendra Little

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Cinta García de la Rosa

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

EL ERROR DEL NOVIO BILLONARIO

Una Novela de la Familia Kavanagh #4

Kendra Little

Copyright 2017 Kendra Little

Traducido del Original por Cinta García de la Rosa

<http://cintagarcia.com>

kendralittle1@gmail.com

Visita a Kendra en <http://kendralittle.com>

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Página de Copyright](#)

[Sobre EL ERROR DEL NOVIO BILLONARIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[EL DILEMA DEL NOVIO BILLONARIO](#)

[Suscríbese a la Newsletter de Kendra - ¡Reciba Historias GRATIS!](#)

[LIBROS DE KENDRA](#)

[ACERCA DE KENDRA](#)

[Fragmento de EL DILEMA DEL NOVIO BILLONARIO](#)

Sobre EL ERROR DEL NOVIO BILLONARIO

La vida de Amy Grant es exactamente como ella quiere que sea. Tiene casi treinta años, una buena relación con su madre, amigos geniales, y su carrera como ayudante del fiscal del distrito sigue una trayectoria estelar. Su vida amorosa es un poco mediocre, pero está bien. Ella no quiere una relación porque tiene la extraña habilidad de elegir a hombres que son malos para ella. Hombres demasiado parecidos al padre que las abandonó a ella y a su madre. Pero la cuidadosamente planeada vida de Amy se para en seco cuando se despierta casada con el hermano de un hombre a quien metió entre rejas hace dos años. Un hombre tan inadecuado para ella, que ella huye de su habitación del hotel de Las Vegas cuando él muestra su perfecta sonrisa.

Pero sin importar lo lejos o rápido que Amy corra, ella no puede sacarse al encantador Zac Kavanagh de su cabeza, o de su vida. Y pronto aprende que estar casada con un Kavanagh viene con condiciones. Condiciones que se convierten en todo un lío cuando ella desarrolla sentimientos por Zac. ¿Qué harán él y su familia cuando sepan lo que hizo ella?

CAPÍTULO 1

El sexi hombre desnudo tumbado junto a mí me hace desear poder recordar la noche pasada. Dormía sobre su estómago y su rostro estaba girado sobre la almohada mirando hacia el otro lado. Con suerte no tendría una nariz aguileña ni estaría cubierto de acné...

No, no importaba. Me negaba a mirar por encima de su clavícula. Le había prometido a mis amigas—me había prometido *a mí misma*—que iba a dejar de lado mis inhibiciones y que simplemente me divertiría este fin de semana. Eso era lo que las chicas solteras hacían en Las Vegas. Al parecer. Era mi primera vez en la Ciudad del Pecado y, hasta ahora, a juzgar por la pérdida de memoria y el sexi tío desnudo, estaba cogiéndole el tranquillo a lo de nada de inhibiciones y nada de consecuencias.

Un momento de pánico se aloja en mi esternón y me alejó hasta el lado más alejado de la cama. No estábamos en mi habitación de hotel. La mía venía con otras dos mujeres y sin espacio para estirarse, y mucho menos un tío. Esto era más bien una suite. ¿O era una casa? Estábamos en un dormitorio más grande que mi apartamento entero allí en Roxburg. Estaba decorado en rojo y negro, con la reina y el rey de corazones insertados en paneles en una pared, detrás de lo que probablemente eran armarios. Un sofá reposaba sobre una plataforma elevada cerca de la ventana. Me preguntaba cuál sería la vista cuando se abrieran las cortinas. Tiré de las sábanas y de la colcha de seda para ocultar mi desnudez. No es que el chico estuviera mirando. A juzgar por su respiración regular, estaba profundamente dormido.

Respira hondo, Amy. Solo porque estaba en una habitación extraña con un hombre extraño no significaba que estuviera metida en un lío. Solo porque este tipo de cosas *nunca* me pasaban a mí no significaba que estuviera en peligro. Pero por si acaso, quizás me largaría antes de que se despertara.

Sería una completa lástima no ver qué aspecto tenía, sin embargo, y quizás conseguir su número. Katy y Jemma se enfadarían conmigo si lo hiciera, ya que ese no era nuestro trato. Ellas querían que yo me enrollara con alguien, que tuviera diversión anónima y luego me marchara, sin compromiso. No se me daba muy bien esa parte. Marcharme y decir que no siempre había sido mi problema en mis relaciones. En realidad, empezar relaciones con hombres geniales era más mi problema, pero no les recordé a mis amigas ese dato. Habían estado tan entusiasmadas por llevarme a pasar el fin de semana en Las Vegas, y yo había necesitado la distracción del trabajo.

Creo que el tipo a quien pertenecían los deliciosos hombros podía calificarse como una distracción. Su piel se veía bronceada contra la sábana blanca como la nieve que apenas cubría su trasero. Dos pequeños hoyuelos besaban su piel a cada lado de la base de su columna vertebral. Tiras de músculo formaban el resto de esa espalda, con aspecto duro incluso en relajación. Tenía hombros sobre los cuales una chica podría babear, o agarrarse. Debe de ir al gimnasio, o quizás su trabajo implica que haga un montón de levantamiento de pesos. Obsesos del gimnasio o albañiles no eran realmente mi tipo, pero yo no estaba aquí para conocer a mi tipo. Estaba en Las Vegas para echar un polvo y divertirme. Estaba bastante segura de que había experimentado ambas cosas durante la noche. Ojalá pudiera acordarme.

Lo único que recordaba era por qué normalmente no bebía tanto: cócteles y Amy Grant no combinan bien. Lapsus de memoria no eran buenos para una ayudante del fiscal del distrito con la vista puesta en subir hacia la cima. Unas cuantas fiestas durante mis años de universidad me lo habían enseñado. Desde que me gradué, solo bebía una o dos copas de vino. Esa era yo, siempre sensata.

Esta chica sensata se iba a marchar mientras el chico sexi seguía dormido. Levanté las sábanas y saqué las piernas de la cama. Los temblorosos músculos de mis muslos me decían que definitivamente había tenido sexo la noche anterior, y un montón. Esperaba que hubiéramos usado protección. Quizás debería comprobar la papelera...

“Hmmm,” me llegó la amortiguada voz del chico. Su mano palmeó el espacio vacío de la cama donde yo había estado tumbada unos momentos antes. Suspiró y empezó a darse la vuelta. “No te vayas todavía, Amy.”

Suelto una exclamación. ¡Mierda! El chico que parpadea con cara de sueño es guapísimo. Espesas pestañas oscuras enmarcaban brillantes ojos azules que, incluso cuando estaban entrecerrados, parecían atravesarme. Sus mejillas estaban definidas pero no eran prominentes, su mandíbula fuerte y un poco pícara cubierta de vello matinal. Sus labios... joder, sus labios eran la perfección, ni demasiado suaves ni femeninos, pero tampoco duros. Yo quería recorrerlos con la punta de mis dedos, o con mis propios labios. Se estiraron en una sonrisa que era vacilante y dulce, invitándome a volver a reunirme con él en la cama.

Pero no fue su sonrisa o su cara demasiado hermosa lo que hizo que tuviera todo el estómago revuelto. Era el mismo chico. Le conocía, aunque nunca nos habíamos presentado. Bueno, no antes de la noche pasada, de todos modos. Era Zac Kavanagh, el cuarto hijo de la familia más adinerada de Roxburg, un donjuán, y—como si esas dos cosas no fueran suficientemente malas—el hermano mayor de Damon Kavanagh, a quien yo había ayudado a meter entre rejas hacía dos años.

Él no debe de recordar haberme visto en el juzgado, o no me estaría invitando a volver a su cama ahora. Recordaba la mirada brutalmente fría que su madre me había prodigado el día que la condena había sido leída por el portavoz del jurado. Si las miradas pudieran matar, mi equipo y yo nos habríamos encontrado criando malvas. Hay que admitir que ninguno de los otros Kavanagh nos había prestado mucha atención, pero seguramente me habían visto.

Pero Zac no estaba mostrando señales de reconocimiento. Yo había cambiado desde entonces. Me había cortado el pelo y me lo había teñido de rubio. Y sin llevar mi ropa de juzgado consistente en pantalón y chaqueta, suponía que me veía diferente. Era posible que no me hubiera reconocido.

Era otro motivo para escapar antes de que la luz del día y la sobriedad le permitieran ver con quien había pasado la noche.

Se apoyó sobre su codo y examinó mi longitud. La sonrisa se estiró. Yo cogí la almohada y la coloqué delante de mí, cubriendo todas las partes importantes.

Él levantó la mirada hacia la mía, ya sin sonreír, y se sentó. La sábana se arremolinó en su regazo, revelando la V debajo de unos abdominales como una tabla de lavar. ¿Quién hubiera imaginado que el guapísimo Zac Kavanagh tenía un cuerpo de infarto?

“Es un poco tarde para ser tímida,” dijo él.

“Yo, eh...” Sigue así, Amy. Realmente genial. “Tengo que irme.” Busqué mi ropa, pero solo divisé mis zapatos de tacón, tirados en el suelo como si los hubiera lanzado allí. Yo *no* tiro los zapatos, y especialmente los caros. Normalmente los pongo ordenadamente en un armario o un rincón, quizás metiéndolos debajo de la cama. Debo haber estado borracha para simplemente quitármelos así. Esos estúpidos tacones de aguja plateados fueron probablemente los que, para

empezar, me habían metido en este lío. Eran definitivamente un elegante par de zapatos que me hacían parecer más alta y más delgada. Eso y el ajustado vestido negro. ¿Dónde estaba mi vestido?

“Tu ropa está en el salón,” dijo él, señalando la puerta con la cabeza. “Nos desnudamos ahí fuera.” Su mirada pasa hacia los zapatos. “Excepto por unos cuantos artículos importantes que fueron considerados necesarios.”

¿Considerados necesarios? ¿Qué demonios?

No quería entrar en una conversación con él. Él podría saber mi nombre, pero no podía saber quien era yo, y quedarme a charlar solo revelaría demasiado. Además, Zac Kavanagh era un mujeriego con más muescas en su cabecero que estrellas hay en el cielo. Todo el mundo lo sabía. Estaba en los periódicos cada varias semanas con una chica diferente del brazo, normalmente una modelo o actriz, y siempre eran hermosas y con piernas largas. ¿Cómo demonios había caído yo en la trampa de *este* tipo? Era el tipo de hombre que yo evitaba como a la mierda. Demasiado guapo para su propio bien, demasiado arrogante para ser genuino, demasiado rico y mimado para preocuparse de nadie más que de él mismo. Yo era mejor que eso, *más inteligente*. No debería haber acabado en su dormitorio.

Tan pronto como volviera a mi propia habitación de hotel, iba a tener unas fuertes palabras para Katy y Jemma. Primero, ellas no deberían haberme dejado beber tanto como para incluso hablar con alguien como Zac, y segundo, si lo hice, no deberían haberme dejado ir a su habitación sola.

“Amy, vuelve a la cama,” arrulló. Sí, arrulló. Había dominado el arte de la voz suave e insistente. “No hace falta que te marches todavía.”

“Mis amigas me están esperando.”

“Nos dijeron que nos tomáramos nuestro tiempo.” Él frunce el ceño. “Dijeron que durmiéramos hasta tarde, que nos lo tomáramos con tranquilidad, y que se reunirían con nosotros más tarde. ¿No te acuerdas?”

Sujeto la almohada con más fuerza. “No... exactamente.”

Él parecía... ¿decepcionado? ¡Ja! Apuesto a que se enorgullecía de una actuación memorable en la cama. Me reí, pero intenté disimularlo con una tos.

Zac retiró las sábanas y se levantó de la cama. *No mires hacia abajo, Amy*. Vale, miré. Soy humana. Bonito. Muy, muy bonito, particularmente con media erección. Me obligué a subir mi mirada hasta su cara, pero eso no fue una buena idea. Estaba sonriendo otra vez, como si supiera que estaba admirando su paquete.

“Dime lo que recuerdas,” dice.

De ninguna manera voy a entrar en una conversación casual con este tío. “Mira, esto ha sido un error. Voy a...”

“¿Error?” Él da un paso hacia mí y levanta la mano como si fuera a sujetarme.

Doy un paso atrás y él parpadea con fuerza. Baja su mano, mirándola fijamente, luego forma un puño a su lado.

“Sí,” dije, reculando hacia la puerta. “No te conozco. No tengo rollos de una noche con extraños.”

“Llegamos a conocernos bastante bien antes de que nosotros...” Sacude la cabeza hacia la cama. “Hablamos durante horas.”

Mierda. ¿Le había contado lo que hacía para ganarme la vida y dónde lo hacía? ¿Sabía que el apuro de su hermano era en parte culpa mía? Vale, así que Damon Kavanagh cometió un delito y *eso* no era culpa mía, pero la razón por la que había recibido una condena de cinco años por

agresión había dependido mucho de mí. A mí se me había ocurrido la idea de presionar para conseguir una sentencia dura y usarle como ejemplo. Damon Kavanagh era mediático y casi había matado a un hombre con sus manos desnudas. Pensé que estaba justificado. Habíamos puesto sobre la mesa su historial previo para desestimar las afirmaciones de su equipo legal de autodefensa, y el jurado le había condenado. Cinco años no era mucho tiempo, pero parecía haber golpeado a la familia con fuerza en ese momento. Todos habían salido del tribunal en shock.

De ninguna manera Zac podía saber quien era yo o no se habría acercado a mí, y definitivamente no querría que yo volviera a meterme en la cama con él.

“Eso está bien,” digo encogiéndome de hombros. “Pero no recuerdo nada.”

“Pero tú no bebiste tanto. Quizás unos cuantos cócteles, pero eso es todo.”

“No tolero muy bien el alcohol.”

“Ni que lo digas.” La comisura de su boca sube, como si se estuviera acordando de algo que yo hubiera hecho la noche anterior se le hubiera venido a la mente. Quería preguntar, pero no me atreví. Además, no quería saber qué había hecho tan humillante. ¡Ya era bastante malo estar desnuda delante del puto Zac Kavanagh! Daba igual que él también estuviera desnudo. *Él* tenía un cuerpo increíble. El mío era flacucho y pequeño en todos los lugares equivocados. No había nada pequeño en él.

“Pues voy a tener que marcharme ahora.” Sigo retrocediendo en lo que pensaba era la dirección de la puerta. Fallé y me choqué con la pared.

Él aprieta los labios, posiblemente intentando ocultar una sonrisa ante mi patética torpeza. Gilipollas. Recorrí mi camino por la pared hasta que encontré la puerta. La atravesé de espaldas. Si cerrara la puerta entre nosotros, podría girarme en redondo y mirar a donde estaba yendo.

“Espera.” Él debe haber sabido lo que yo estaba a punto de hacer porque pasó por la puerta a zancadas, justo hacia mí. De nuevo levantó la mano como para sujetarme, pero la bajó antes de que nos tocáramos. “Ahora que estás sobria, puedes volver a llegar a conocerme. Pediré el desayuno.”

“No. No hace falta.”

La pequeña arruga vuelve al puente de su nariz. “¿Quieres salir a desayunar?”

“¡No! Solo quiero volver a mi habitación de hotel.”

“Oh.” La única, pesada palabra cayó entre nosotros como una piedra. Supongo que Zac no estaba acostumbrado a que las mujeres le dijeran que no.

Me llegó el turno de sonreír, y sentaba muy bien. “Perdona, pero necesito vestirme. En privado.”

Él se pasa la mano por el pelo, pero ya estaba despeinado por el sueño y lo que quiera que hubiéramos estado haciendo antes de eso. Mis muslos volvieron a temblar y mis partes femeninas palpitaron; parecía que mi cuerpo recordaba los buenos momentos de los que había disfrutado, pero mi mente no.

Él buscó alrededor y vio lo que estaba buscando. Seguí su mirada hasta mi vestido, medio escondido detrás del sofá. Mi precioso vestido de seda que había guardado para ocasiones especiales estaba haciéndole compañía al polvo bajo el sofá. ¿Qué coño?

Se lo arrebaté cuando me lo tendió. Desafortunadamente eso significaba que la almohada se deslizó, revelando mi pecho derecho. Su mirada voló instantáneamente hacia allí, por supuesto. Volví a cubrirme otra vez, pero el daño estaba hecho. Su mirada se volvió intensa y su polla se endureció. Este tío *no* era sutil.

“¿Te importa?” salté.

Tíos más decentes se disculparían, quizás se ruborizarían por su inapropiada mirada, pero Zac simplemente sonrió. “¿Qué puedo decir? Eres la mujer más sexi que he tenido el placer de ver desnuda en mucho tiempo.”

“Oh, por favor. ¿Usas esa frase con todas?”

Eso le cortó su sonrisa de golpe. “No.”

“Claaaro.”

Me miró, el ceño fruncido todavía arrugando su frente. “Acabo de darme cuenta de algo. Probablemente no recuerdes mi nombre. Eso debe ser inquietante para ti.” Él alargó su mano. “Mi nombre es Zac.”

Miré fijamente su mano. ¿De verdad pensaba que iba a caer y volvería a soltar la almohada?

Él retiró la mano y se aclaró la garganta. “Zac Kavanagh.”

“¿Se supone que el nombre tiene que impresionarme? ¿Quizás hacer que me meta en la cama otra vez?”

“Puedo ver que ya habías adivinado quien era yo,” dijo crispadamente. “Por la falta de sorpresa.”

“Soy de Roxburg. Todo el mundo conoce a los Kavanagh allí. Todo el mundo en todo el país sabe quienes son los Kavanagh. No sois la más sutil de las familias.”

Él inhaló bruscamente. Se le abrieron las aletas de la nariz. “Amy, antes de que te vayas, necesitamos hablar.”

“*Necesito* vestirme. ¿Dónde está el cuarto de baño?”

“Hay uno por ahí.” Señaló una puerta fuera del salón. “Hay un baño en suite en el dormitorio también, por si lo prefieres. Usa lo que necesites. Los empleados del hotel mantienen ambos bien provistos incluso cuando saben que estoy aquí solo.”

“Quizás sabían que traerías a una mujer.”

No pensé que oiría las palabras que había musitado mientras me alejaba, pero dijo, “Quizás.”

Encontré mi sujetador y ropa interior, y marché hacia el cuarto de baño con tanta dignidad como pude con Zac mirando fijamente mi culo desnudo. Cerré la puerta y me hice una mueca en el espejo. Mi pelo estaba plano en un lado y el rímel se había deslizado desde mis pestañas hasta mi cara, de algún modo llegando hasta mis mejillas. Lápiz de labios manchaba el lado izquierdo de mi boca. *Buen trabajo, Amy, acabas de despertarte junto a un chico sexi mientras pareces un payaso. Muy sexi.*

Descarté la vergüenza. No iba a sentirme avergonzada delante de un tío que desechaba novias más frecuentemente de lo que tiraba la basura. Estaba bien tener rollos de una noche. Las mujeres lo hacían todo el tiempo.

Solo que no esta mujer.

Me lavé lo mejor que pude y deseé haber traído mi bolso conmigo para meter algunas de las pequeñas botellas de productos dentro. Olían divinos, y me ayudaron a volver a sentirme humana.

Solté un suspiro. Hora de volver a dar la cara. Abrí la puerta, esperando ver a Zac todavía allí de pie, desnudo, pero se había puesto unos vaqueros. Su mitad superior seguía estando desnuda y dejé que mi mirada pasara sobre él. Hasta que se giró y vi lo que había estado haciendo.

“¡Oye! Dame eso.” Me acerqué y le arrebaté mi bolso de las manos. “¿Qué cojones te crees que estás haciendo?”

Sus ojos se abrieron como platos. “Lo siento, yo... no es lo que piensas.”

“¿Oh? ¿Quieres decir que no estabas rebuscando en mi bolso sin mi permiso?”

“Eh...” Se mordió el labio. Le hizo parecer muy joven, como un niño travieso pillado con la mano dentro del bote de galletas.

“Debería denunciarte a la policía.”

La travesura se desvaneció. Tragó saliva pesadamente. “Amy, vaya. Cálmate. Esto no es típico de ti.”

“¿Cómo demonios sabes lo que es típico de mí?”

“Llegamos a conocernos bastante bien...”

“¿Lo dices en serio? ¿Crees que me conoces después de un par de horas juntos?”

“Fue más de un par, pero sí. Te conozco.”

Su absoluta convicción me desarmó. ¿De verdad creía que dos personas podían llegar a conocerse bien en solo una noche? Parecía creerlo. Yo no estaba segura de qué pensar sobre ello. Por supuesto que no era posible, pero parecía casi cruel romper su burbuja.

“Entiendo que estás desconcertada por toda esta experiencia,” dijo antes de que pudiera responder. “Entiendo que no te acuerdas de mí ni de lo que hablamos. Pero quiero que sepas que me lo pasé genial anoche. Fue la mejor noche que he pasado con una mujer... o con cualquiera... en toda mi vida. Y eso fue antes de que viniéramos aquí y... nos desnudáramos.”

Vaya. Vale. Vaya. Esas fueron palabras muy poderosas, e hicieron que mi corazón revoloteara en mi pecho. Si no hubiera sabido que Zac era un encantador mujeriego, me habría creído totalmente su perorata. Era bueno. Era jodidamente bueno, especialmente envuelto en ese sexi paquete.

Pero yo no era estúpida ni inocente. Tenía cerebro, y mi radar de mentiras siempre estaba conectado alto. Había caído por palabras como esas antes. Quizás no tan suaves ni pulidas, pero casi. Y había terminado quedando como una idiota cuando descubría cómo era el chico en realidad. Sabía como escoger a ese tipo de hombres. Igual que mi madre.

Me reí. “Buen intento.”

“Lo digo totalmente en serio.”

“Claro que sí.”

Sus ojos se entrecerraron. “Dame una oportunidad de demostrártelo. De hacerte recordar.”

Volví a entrar en el cuarto de baño para coger mis zapatos. “No, gracias.”

Él me siguió. “¿Sabes? No estoy acostumbrado a ser descartado de antemano. Normalmente se me da una oportunidad.”

“Te he dado una oportunidad.”

“¿Qué quiere decir eso?”

“Significa que las pruebas demuestran que no eres necesariamente un buen chico.” Cogí mis zapatos y me giré para marcharme, pero él bloqueaba la puerta. Estaba boquiabierto y parecía... incierto. Su expresión me incomodó. Se suponía que debía parecer arrogante y chulesco, o quizás culpable.

“No entiendo,” murmuró. “¿Qué pruebas? ¿Qué he hecho?”

“Te aprovechaste de una chica que estaba tan borracha que no podría recordar nada al día siguiente.”

Se balanceó sobre sus talones como si mis palabras le hubieran abofeteado. “No pensé que estuvieras tan borracha. No chapurreabas las palabras, no te subiste a bailar encima de las mesas, ni se te cayó el vestido. Me parecías normal.”

“¡Tiré mi vestido al suelo! ¡Mi ropa interior estaba enganchada en el picaporte! Eso no es comportamiento normal.”

Me miró como si fuera normal para él. ¿Qué travesuras solían hacer sus citas? “Lo siento. De verdad que lo siento.” Entró en la habitación y esta vez me tocó. Me sostuvo suavemente por los brazos y bajó la cabeza para mirarme a los ojos. “Amy, lo siento. Pero no sabía que me estuviera

aprovechando de ti. Jesús, si eso es lo que piensas...” Tomó aire entre los dientes y lo soltó despacio. “Entonces solo puedo disculparme una y otra vez.” Sus pulgares acariciaban mis brazos desnudos. Él tragó saliva y me miró enérgicamente, sin deseo. “¿Estás bien? ¿Estás herida?”

“Estoy bien. Solo... deja que me vaya.”

Sus dedos me liberaron como si se hubiera olvidado de que me estaba sujetando. Se pasó las manos por la cara, y cuando las retiró, la expresión de asqueado horror me hizo desear poder retirar todo lo que había dicho.

En vez de eso, pasé corriendo junto a él. No me detuve a ponerme los zapatos o a mirar atrás. Salí directamente y pulsé el botón del ascensor. Llegó inmediatamente, gracias a Dios, y bajé a la planta baja. Mis manos estaban temblando para cuando atravesé el vestíbulo del hotel, y mi corazón daba golpes contra mis costillas. Me sentía cobarde y un poco enfadada conmigo misma por acusarle de algo bastante despreciable. Debería haber vuelto a disculparme, pero no podía volver a enfrentarme a él. No podía arriesgarme a que me dijera cosas bonitas. Me gustaba pensar que yo era fuerte en lo que concernía a tipos como Zac, pero no lo era. Era débil y estúpida. Supongo que era por eso por lo que había atacado del único modo que sabía: con palabras. Eran las mejores amigas de una abogada.

“Perdone, señorita,” llamó el conserje desde detrás del mostrador donde estaba colgando el teléfono. “Al señor Kavanagh le gustaría ofrecerle el uso de su coche para llevarla a su hotel.”

Ojeé el teléfono. Parecía que Zac se había recuperado lo suficiente como para recordar sus modales. “Gracias, pero no tengo modo de devolverle el coche.”

“Viene con chófer.”

“Oh. Claro. Por supuesto que sí.” Sacudo la cabeza. “No necesito el coche. ¿Puede llamarme un taxi?”

“Siempre hay uno esperando justo ahí fuera.” Me dedicó una sonrisa de lástima, como si pensara que Zac me había despedido sin más. Suspiré. Ni siquiera podía reunir indignación.

Estaba toda rendida. Mis emociones estaban estiradas al límite, y mi corazón seguía latiendo a un millón de kilómetros por hora. También estaba sedienta, hambrienta, y quería una ducha. Podía oler su aroma en mí y era embriagador, me distraía.

Me subí al taxi, sujetando mi bolso y mis zapatos. No me importaba lo que pensara el conductor mientras le daba el nombre de mi hotel. Solo quería alejarme lo más posible de Zac y dejar toda esta experiencia detrás de mí. Cuanto antes me olvidara de él, mejor. Todo estaría bien mañana. Estaría de vuelta en la oficina, trabajando en un nuevo gran caso, rodeada de personas que no intentaban seducirme. Personas que realmente me conocían, y que no lo decían solo para poder mojar.

Mi teléfono móvil sonó y mi corazón detuvo su loco revoloteo. ¿Le había dado a Zac mi número? No podía acordarme. No podía acordarme de ni una jodida cosa, y tenía la sensación de que no recordar nada iba a volver a darme una patada en el culo.

CAPÍTULO 2

No era Zac al teléfono, sino Katy. Le dije que volvería al hotel pronto, y necesito hablar con ella. Ella sonaba vacilantemente complacida. No tenía ni idea de por qué.

“¡Me dejaste irme con un Kavanagh!” digo tan pronto como abro la puerta de nuestra habitación de hotel compartida.

Las sonrisas de Katy y Jemma desaparecen al unísono. “¿Y qué?” Jemma se encoge de hombros. “Era Zac Kavanagh. El agradable. De todos modos, creo que los demás están casados.”

“Menos el que enviaste a prisión,” añadió Katy.

Jemma le frunció el ceño. “No ayudas.”

“Bueno, lo hizo.”

“Ella lo sabe. Todos lo sabemos.”

“No creo que Zac lo supiera,” dije. “Él no habría estado tan interesado en mí si hubiera sabido que trabajé contra su hermano.”

“Cierto.” Katy asintió, su suave cara redonda fruncida mientras pensaba con fuerza. “Te ves diferente. Como, diferente de verdad. En el buen sentido, claro, no en el malo. Para nada malo. Eres realmente guapa ahora.”

“Fue solo suerte que no me reconociera,” dije.

“No lo sé.” Los ojos castaños de Jemma brillaban con malicia. “Podría haber sido divertido si él hubiera decidido hacértelo pagar. Quizás un poco de azotes...”

“¡Jemma!” Sacudo la cabeza y coloco mis zapatos uno al lado del otro en el armario junto a mis cómodas sandalias.

“¿Y cómo fue?” Jemma se metió el largo cabello castaño detrás de la oreja y se sentó en la cama.

Katy se sentó junto a ella, su rostro levantado con expectación. Parecían dos niñas esperando ansiosas que les leyeran una historia para irse a dormir. “¿Es tan bueno en la cama como dicen?”

Le parpadeo a las dos. Son amigas del trabajo, no viejas amigas de la universidad o de antes. Yo no estaba en contacto con nadie de mi pasado distante. Eso significaba que no sabían lo que pasaba cuando se emborrachaba un poco. No era justo estar enfadada con ellas.

“No me acuerdo.”

Me fruncieron el ceño. “Entonces... ¿no fue tan bueno?” Jemma parecía decepcionada.

Me encogí de hombros. “Podría haberlo sido. Creo que lo hicimos más de una vez.” Más bien tres o cuatro veces, si mis doloridos muslos eran alguna indicación. “Pero cuando bebo, me olvido de todo.”

Katy se quedó boquiabierta. Jemma se mordió el labio. “Oh, cielo. Lo siento. No lo sabíamos.” Ella miró a Katy y Katy sacudió la cabeza.

“No pasa nada. Nunca lo mencioné. Debería haberlo hecho.”

Katy se puso de pie y me abrazó. Ella era la madre de nuestro trío, la que siempre se aseguraba de que estuviéramos bien, y de que nuestra ropa interior y calzado fueran adecuados

para la ocasión. Si ella hubiera sabido lo de mi problema, de ninguna manera habría permitido que me pusiera fuera de su vista.

“Eso debe haberte asustado mucho cuando te despertaste esta mañana,” dijo ella.

“Algo así.” Agradecí su abrazo. Lo necesitaba. Despertarme junto a un hombre extraño me había asustado, me di cuenta, pero al menos finalmente había dejado de temblar. Y también me di cuenta de que no había experimentado ninguno de mis ataques de pánico.

“¿Y qué pasó esta mañana?” Jemma parecía tan glamurosa como siempre, aún cuando solo eran las nueve de la mañana. Su pelo estaba estilosamente despeinado, como si acabara de volver de la playa, solo que no había una playa a la vista durante kilómetros. Sus uñas estaban perfectamente perfiladas, su maquillaje ya en su lugar, e incluso llevaba zapatos.

Katy se recostó en la cama y metió sus pies desnudos debajo de su cuerpo. “¿Te contó qué había pasado anoche?”

“En realidad no. ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Qué hice?”

“Nada,” dijo Katy.

“Nada que sepamos.” Jemma le guiñó un ojo.

Katy puso los ojos en blanco. “Estábamos juntas en un bar a media tarde y él se acercó a nosotras.”

“Él se acercó a *ella*, Katy. No demos rodeos.”

“Nosotras sabíamos quién era él,” continuó Katy. “Y simplemente supuse que él sabía quien eras tú al principio, pero luego no te habló como si te hubiera reconocido.”

“En serio, él solo tuvo ojos para ti durante horas.” Jemma cruzó las piernas y se apoyó sobre sus manos. “Él no podía dejar de mirarte fijamente y él era muy atento. Simplemente lamía todo lo que decías como un gatito lame la leche.”

“No deberías darle leche a los gatitos,” le dijo Katy. “Es malo para ellos. Solo agua.”

Jemma puso los ojos en blanco. “La cuestión es que vosotros hablasteis durante horas. Era como si nosotras ni siquiera estuviéramos allí.”

“¿Bebí mucho?”

“Quizás cuatro cócteles, pero a lo largo de varias horas. No parecías borracha. No chapurreabas ni nada.”

Suspiré. Es exactamente lo que Zac había dicho. Yo no debería haberle llamado gilipollas por aprovecharse de una borracha. Pero, ¿cómo disculparse ahora? Yo no tenía su número.

“Tras unas horas, nos dijiste que te ibas con él,” dijo Jemma.

“¿Y simplemente me dejasteis ir? ¿Y si hubiera sido un asesino?”

Katy succionó su labio inferior y posó sus grandes ojos de cordero degollado en mí. “Lo siento mucho, Amy. De verdad que lo siento.”

Jemma sostuvo mi mirada. “Era Zac Kavanagh, por amor de Dios. No es un extraño, es... un famoso. Si daña siquiera un pelo de tu cabeza, estaría en graves problemas y él lo sabe. Los Kavanagh no son idiotas.”

“Excepto quizás el más joven,” dijo Katy. “¿Cuán idiota tienes que ser para golpear a ese tío?”

“Podría haber sido en defensa propia,” musité, distraída.

Ambas me miran fijamente como si hubiera perdido la cabeza. No habían trabajado en el mismo caso conmigo, pero lo habían seguido igual que todos los demás en la oficina del fiscal del distrito, y toda la ciudad.

“Si se puede creer a la defensa,” dije rápidamente. “Y no les creo, por cierto.” Me aclaré la garganta. “Zac no me hizo daño. Fue... amable. Más o menos.”

Jemma lanzó las manos al aire. “¿Eso qué significa? ¿Qué hizo para que no fuera amable?”

“Le pillé rebuscando en mi bolso.”

“¿Qué buscaba?”

Me encogí de hombros. “Supongo que dinero.”

Katy y Jemma rompieron a reír. “Él no te va a robar, idiota,” dijo Jemma. “Las cámaras acorazadas de los bancos no son lo suficientemente grandes como para contener toda su riqueza personal.”

Me sentía estúpida. Ella tenía razón. Él no iba a robarme. Entonces, ¿por qué había estado registrando mi bolso? “¿Trabaja para la compañía familiar?”

“Él tiene su propio negocio de surf. Venden ropa, tablas de surf, y cosas así. ¿Has oído hablar de *Wave Rider*?”

Asentí.

“Esa es la marca de su compañía.”

“¿Cómo sabes todo eso?” preguntó Katy.

“Mi hermano es abogado mercantilista. Ha realizado algunos trabajos para Zac en el pasado. Principalmente adquisiciones y cosas de inversiones, no solo en el mundo surfero, sino también en otras industrias. Está forrado.”

“Y acaba de cumplir solo treinta años.” Katy estiró las piernas y se tumbó en la cama con un suspiro. “Tienes suerte, Amy.”

Me encaminé hacia la puerta del cuarto de baño, mis manos levantadas en rendición. “En primer lugar, las dos me ponéis los pelos de punta por lo mucho que sabéis sobre él. Y en segundo lugar, no soy afortunada porque no voy a tener nada más que ver con él.”

“¿Qué?” Katy vuelve a incorporarse como un rayo. “¿Por qué no?”

“Para resumir, porque no es mi tipo. No me van los hombres ruines.”

“¿Fue ruin?”

“No pensabas eso anoche,” musitó Jemma.

“Quizás no escuché sus frases para ligar,” dije. “O quizás estaba demasiado borracha como para darme cuenta. Pero creedme, son espantosas. No puedo creer que una chica sensata pudiera creérselas.” Vale, quizás yo pude. Quizás a una chica con la cantidad justa de inocencia y desesperación le gustaría que le dijeran que él nunca se lo había pasado tan bien con nadie, jamás. Pero no yo.

Sentí sus miradas quemándome la espalda cuando entré en el cuarto de baño. Una larga ducha más tarde, me había enfriado lo suficiente como para volver a enfrentarme a ellas. Me había enfriado lo suficiente como para pensar claramente sobre la situación en la que me encontraba metida. Podría haber pasado cualquier cosa. Realmente Zac podía haber sido un asesino en serie, y de verdad que podría haberme visto metida en muchos más problemas. Lo único de lo que tenía que preocuparme ahora era de si habíamos usado protección. No había quemazón ni picor ahí abajo. En cuanto a la otra complicación del sexo sin protección, en otra semana o dos se aclararía todo.

Mi loca noche de sexo con Zac me confirmaba una cosa: nunca jamás volvería a beber. Oh, y surfear era muy bueno para desarrollar los músculos de los hombros y la espalda.

Mi grapadora había desaparecido. El hueco reservado para ella sobre mi escritorio bostezaba como una boca gigante, haciéndome señas para llenarlo. ¡Solo había dejado el trabajo unas horas antes el viernes para coger el avión a Las Vegas! En serio, no te puedes fiar de nadie en la oficina del fiscal de Roxburg. Retiré mi silla y asomé la cabeza por encima del biombo para hablar con

mi ayudante personal. Beverley no era solo mi A.P. Ella trabajaba para nuestro equipo de tres personas, pero ella sentía que era mi ayudante. Yo era a la que siempre acudía cuando necesitaba que le aclararan algo, o cuando tenía una queja sobre alguno de los otros abogados. Ella era una mujer de mediana edad, más o menos de la edad de mi madre, y era dulce como la tarta de manzana.

“Beverley, ¿has visto mi grapadora?”

Ella me miró parpadeando con ojos aguados y sorbió por la nariz.

“¡No te estaba acusando!” protesté. “Solo me estaba preguntando a donde había ido a parar.”

Su cara se contorsionó y presionó su pañuelo contra su nariz. “Voy a echarte de menos, Amy.”

“¿Qué?”

“Me han despedido.”

“¿Qué?” Rodeé el biombo y me encaramé en el borde de su escritorio. “De ninguna manera. No pueden despedirte. Eres fabulosa en tu trabajo.” Vale, pues no era fabulosa. Era... adecuada. Si se hubiera esforzado más, ella pasaría de adecuada a buena, pero no ponía el corazón en el trabajo y rara vez ponía la cantidad de esfuerzo que se requería para ser considerada buena. Aún así, no se merecía ser despedida.

“Jack me llamó esta mañana y me despidió.”

“Gilipollas,” musité, mirando con rabia la puerta cerrada del despacho de Jack. Pero nuestro jefe normalmente no era un cabrón. Era un gran abogado, pero terrible en las confrontaciones personales. Entonces, ¿por qué había decidido despedir a Beverley? “¿Quieres que hable con él?”

“¿Lo harías, Amy? Oh, gracias. Necesito este trabajo. Con mi madre enferma y todo eso, no he tenido tiempo de buscar otro.”

Le di una palmada en el hombro. “Espera aquí. Yo lo solucionaré.” Me encaminé hacia el despacho de Jack y llamé. Entré sin ser invitada, pero Jack estaba acostumbrado a eso.

Levantó la vista de la pantalla de su portátil. “No empieces, Amy.” Se encorvó en su silla, dejando caer los hombros aún más. El hombre tenía una postura terrible y usar una pantalla de ordenador portátil no ayudaba. Se negaba a comprar una más grande, como el resto de nosotros. También se negaba a ordenar su escritorio. Me volvía loca.

Cogí los textos legales y los devolví a sus estanterías, luego empecé a ordenar los papeles en su bandeja. “¿Entonces por qué lo has hecho?”

“No tengo que responder ante ti.”

“No, pero estaría bien que lo hicieras, ya que claramente no le has contado a Beverley por qué la has despedido.”

Su gran mano se posó sobre la mía, clavándola al escritorio, lápiz en mano. “Deja de ordenar mi despacho. Sabes que lo odio.”

“Solo intento mantenerte organizado.”

“Estoy organizado.”

Resistí el deseo de decirle que no lo parecía. Podríamos tener una relación fácil, pero él seguía siendo mi jefe y parecía extra cascarrabias hoy.

Me soltó y me senté. “¿Y bien?”

“Ella se ha estado tomando demasiadas libertades últimamente. Horas libres aquí y allí. Algunas veces no vuelve después de la hora del almuerzo.”

“Su madre está enferma. Lo sabes. Y siempre pide permiso primero.”

“A mí no.”

“Tú nos has dado poder para darle tiempo libre si lo necesita cuando tú no estés aquí.”

Él gruñó y se concentró en su pantalla. Esperé, pero no dijo nada más. “¿Alguna otra razón?” pregunté.

“Vuelve al trabajo, Amy. No quiero tener esta discusión contigo.”

Me crucé de brazos y esperé hasta que levantó la vista.

Se reclinó en su silla, balanceándose peligrosamente. Jack era un hombre grande y a veces me preguntaba cómo soportaban los muebles del despacho su peso todos los días. “Beverley tiene que irse,” fue todo lo que dijo. “Esa es toda la explicación que daré. Tenemos trabajo que hacer. ¿Has leído ya esos informes policiales?”

“No. Mi grapadora ha desaparecido.”

Me miró fijamente durante unos minutos y luego abrió el cajón de su escritorio. Me tendió su grapadora. “¿Hay algo más que no te deje hacer tu trabajo?”

“Solo nuestra falta de una ayudante personal.”

“Eso está cubierto. El sustituto está esperando para empezar. Tan pronto como Beverley desaloje el edificio, él estará preparado para incorporarse.”

“¿Él? ¿Vamos a tener un A.P. masculino?”

“No seas sexista.”

Podría haber jurado que las arrugas alrededor de sus ojos se levantaron en una sonrisa, pero era difícil de decir cuando Jack se estaba riendo. Quien quiera que dijera que las personas gorditas eran alegres no había conocido a Jack. Él no era Papá Noel. “Lo siento, tienes razón. No tiene nada de malo un ayudante personal masculino. Pero, ¿cómo has conseguido a alguien tan...? Oh, vaya. Jack, vamos. ¿Es un amigo tuyo? ¿O eres amigo de sus padres?”

“No.” Volvió a estudiar la pantalla de su ordenador y a mover su ratón.

“¿Entonces cómo has conseguido a alguien tan rápidamente?”

“La nueva agencia de empleo es muy eficiente.”

Solté un bufido.

Él levantó las cejas hacia mí por encima de la pantalla del portátil. “Vuelve a tu mesa, Amy. Dile a Beverley...” Él suspiró. “Dile a Beverley que esto es algo que no se ha podido evitar.”

Su dedo salchicha clicaba como loco en el ratón y parecía perdido en concentración. Yo no iba a recibir una explicación mejor. Pobre Beverley. Salí para decirle que no había tenido éxito, solo para encontrar que ella se había ido y había un chico en su lugar. Probablemente era unos años más joven que yo, con veintipocos, con el pelo castaño muy corto y una sonrisa fácil. Se puso de pie al verme, y extendió su mano. Era alto, más de metro ochenta, pero esbelto y sin las espaldas anchas como... Bueno, que no tenía los hombros anchos. Llevaba pantalones negros, y una camisa y una corbata que parecían bien cortadas y caras. Una chaqueta hecha a medida colgaba del respaldo de su silla.

“Soy Timothy,” dijo él, con la mano aún extendida.

Debo haber parecido tan asombrada como me sentía, porque su sonrisa desapareció. Le estreché la mano y regresó, más brillante que nunca. Su mano se quedó un poco más en la mía de lo que era necesario para un primer encuentro, y sus ojos miraron los míos un tiempo igualmente largo. Eran azules, pero no del azul brillante de un cielo despejado, sino más como un azul pizarra.

“Soy Amy. ¿Ya se ha ido Beverley?”

Él miró alrededor como si esperara ver a su predecesora acechando detrás de un escritorio. “Eso parece.”

“¿La has visto?”

“No sé qué aspecto tiene.”

“Oh. Vale. ¿Entonces la agencia te llamó esta mañana sobre este trabajo?”

Él asintió. “Bien temprano. Me pilló durante mi footing matutino. Fue una suerte que llevara el móvil conmigo.”

“Son eficientes.”

“Mucho.”

“¿Te ha enseñado alguien ya las instalaciones?”

“No. ¿Te importaría?”

“Para nada. Solo tardaremos unos minutos. Tengo que volver al trabajo de todos modos. Estamos empezando un gran caso esta mañana y habrá una reunión en unos...” Comprobé mi reloj. “Diez minutos. Vamos.”

Le llevo para que conozca al resto del equipo, le enseño la cocina, el archivo, la fotocopidora, y todas las demás cosas básicas, antes de que sea la hora de ir a la reunión.

Jack ya nos estaba esperando. Se presentó él mismo a Timothy, pero no le miró a los ojos cuando lo hizo. Fue raro. Jack era bueno estableciendo contacto visual. Habiendo trabajado en la oficina del fiscal del distrito la mayor parte de su vida, sabía lo poderoso que podía ser mirar a alguien a los ojos. Podía influir en un jurado, intimidar al acusado, o animar a un testigo nervioso.

Algo estaba pasando ahí, y yo quería llegar hasta el fondo. No solo por Beverley, sino también por mí. No podía trabajar en un lugar donde hubiera secretos. Al igual que un cable que se quedaba sin cubrir, a veces llevaban a que la gente se cayera y se lastimara. Además, era simplemente caótico.

“Espero que no necesitéis que os recuerde el frenesí mediático que rodeará a este caso,” dijo Jack. “Con tanta atención sobre nosotros, tenemos que hacerlo bien. Todo tiene que estar bien puntuado.”

“Quieres decir que tenemos que poner los puntos sobre las íes,” le dije.

Él simplemente me miró con rabia. Era probablemente una de esas veces en las que yo debería haberme quedado callada, pero es difícil para mí no corregir una expresión mal dicha.

“Revisemos lo que sabemos.” Jack repasó todas las pruebas que la policía había presentado sobre el caso de Ky Kimble. Kimble era una estrella del fútbol americano acusado de violación hacía un año, pero los cargos habían sido retirados por falta de pruebas. La víctima, Bella, afirmó que ella había consentido en tener sexo con su amigo, no con Ky, y no sabía que el chico equivocado había entrado en su habitación en la oscuridad. No hasta después, cuando ella encendió la luz. Era un caso difícil, pero una peluquera finalmente había aparecido afirmando que le había cortado el pelo a Ky de prisa y corriendo antes de que fuera a la habitación de la víctima. Al parecer le había dicho a la peluquera que “Bella no sabrá la diferencia en la oscuridad.”

Todavía iba a ser difícil conseguir una condena, pero con un testigo y el público de nuestra parte, teníamos una oportunidad. Se suponía que el jurado no podía ser influenciado por la opinión pública, pero Ky Kimble no le gustaba a casi nadie. Era un fanfarrón sabelotodo, un bocazas arrogante que usaba tácticas de intimidación con los jugadores oponentes. Estaba pisando esa fina línea entre personalidad deportiva excéntrica y simpática, y un molesto idiota. La única diferencia real entre Ky Kimble y los que eran como Mohammed Ali era la habilidad. Ali era un campeón. Kimble solo era un capitán de equipo pasable.

“Amy, necesito hablar contigo.” Jack me llamó a su lado de la mesa de conferencias con una señal de su dedo. Los otros habían salido.

Esperaba que él me preguntara por Beverley o Timothy, pero en vez de eso dijo, “Estás a cargo de la testigo. Necesitas vigilarla como un halcón. No permitas que hable con nadie asociado al equipo legal de Kimble.”

“¿Crees que le pagarán para mantenerla callada?”

“Es posible.”

“Hablaré con ella, la haré consciente de lo que podría pasar.”

“Bien.” Apiló sus notas y las colocó en el archivo. “Y si parece débil, necesitas hacérmelo saber lo antes posible. ¿Lo entiendes?”

“Claro. No dejaré que nadie llegue a ella.”

“No quiero decir eso. Quiero decir si ella simplemente parece... débil.”

“¿Crees que ella se echará atrás tanto si Kimble llega a ella o no?”

“Todo es posible. Estoy confiando en ti, Amy. Este juicio va a ser candente en la prensa, así que mantén la cabeza gacha y la nariz fuera de problemas.” Él se rió con sorna. “Lo siento, se me olvidó con quien estaba hablando por un momento. Una mujer que no puede soportar que se le pierda la grapadora no va a olvidarse de puntuar las íes.”

“Poner los puntos sobre las íes.”

“Lo que sea.”

“Eh, Jack, en cuanto a Timothy. ¿Estás seguro de que no ha sido plantado aquí por el equipo de Kimble para espiarnos?”

Eso produjo un bufido seguido de una risa. El retumbante sonido me dejó de piedra. No podía recordar haberlo oído antes. “Has estado viendo demasiada televisión. No hay espías en esta oficina.”

“Pero no crees que su repentina...”

“Vuelve al trabajo. No hay nada más que discutir.”

Estuve rabiosa en silencio durante dos segundos completos antes de dejarle con su irritabilidad. Volví a mi escritorio, echándole un buen vistazo a Timothy mientras pasaba. Él levantó la mirada y me sonrió. Me parecía totalmente falsa, pero quizás estaba compensando en exceso, ya que era su primer día. Querría encajar directamente. Parecía haber pillado el funcionamiento de las cosas y ya estaba tecleando, sus dedos volando por el teclado. Pero un mecanógrafo rápido no significaba que *no fuera* un espía; solo significaba que estaba preparado para su papel.

Para cuando llegué a mi escritorio, me había calmado un poco. Probablemente Jack tenía razón. Mi teoría de los espías-en-el-territorio-enemigo era demasiado rebuscada para la vida real. El tiempo diría si Timothy era un buen asistente personal. El tiempo y unas cuantas pruebas lanzadas contra él por una colega desconfiada.

Estaba pensando simultáneamente en pruebas mientras buscaba los documentos para la actuación de la testigo, solo para ser interrumpida por Katy y Jemma. Se encaramaron a ambos lados de mi escritorio y se inclinaron.

“¿Y bien?” susurró Jemma. “¿Has oído ya algo de él?”

“¿De quién?”

Eso hizo que me ganara que me pusieran los ojos en blanco. “Ya sabes quien,” canturreó Katy.

“Por supuesto que no,” les dije. “¿Por qué tendría que saber de él?”

“Porque él quiere volver a verte, boba.”

“Primero, lo dudo. Conocéis su reputación. Él ya estará persiguiendo su próxima conquista. Segundo, probablemente ni siquiera tiene mi número.”

Jemma torció su brillante boca roja a un lado. Aunque tenía ese aire de bombón de playa durante el fin de semana, era tan elegante y sofisticada como cualquiera de los demás abogados en el trabajo de lunes a viernes. “Apuesto a que sí. Parece el tipo de hombre que los colecciona. ¿Tienes el suyo?”

Estaba a punto de decirle que no, pero me detuve. ¿Cómo iba a saberlo seguro? “No lo he comprobado.” Busqué mi teléfono en mi bolso y comprobé la pantalla. Tenía una llamada perdida de un número desconocido. “No,” dije, pasando por todas las zetas y las kas por si acaso. “Si yo no tengo el suyo, dudo que él tenga el mío.”

Llamada perdida. De un número desconocido. Seguramente no.

“Ahora, si no les importa, señoras, tengo trabajo que hacer.” Las despedí con la mano y las dos se bajaron de un salto de mi escritorio, pero no fueron a ningún sitio.

“¿Quién es el guapito?” preguntó Jemma, sacudiendo la cabeza hacia Timothy.

“El nuevo A.P.”

“¿Qué le pasó a Bev?”

“Despedida esta mañana.”

“De ninguna puta manera. ¿Qué ha hecho?”

Me encogí de hombros. “En realidad no estoy segura. Jack acaba de despedirla sin aviso, y un minuto más tarde Timothy apareció como un alegre cachorrito.”

Katy frunció el ceño hacia la espalda de Timothy. “Pobre Beverley. ¿Estaba bien?”

“Ella estaba bastante disgustada. La llamaré más tarde para ver si necesita algo.” Me encogí de hombros. “Hablé con Jack en nombre de ella, pero él no me escuchó.”

“Cabrón,” musitó Jemma, lanzándole a mi jefe una mirada furibunda cuando volvió a su despacho. Él estaba hablando por el móvil y no se dio cuenta.

“¿Entonces vas a dejarlo así y ya está?” preguntó Katy.

Algunas veces tenía la costumbre de cambiar de tema sin previo aviso y yo tenía problemas para seguirla. Creo que ella tenía conversaciones en su cabeza que ella pensaba en voz alta y las retomaba donde las había dejado. Le dediqué una mirada vacía.

“¿Con Zac? ¿Vas a intentar llamarle?”

“No. ¿Por qué iba a hacerlo?”

“Porque es sexi,” respondió Jemma por ella. “Y guapo. Y sexi. Y jodidamente rico.”

“Ninguna de esas son razones suficientemente buenas para llamar a un tío la mañana después.”

“Entonces vas a apuntarte esto como un rollo de Las Vegas,” dijo Katy.

“Sí. Lo que pasa en Las Vegas... y todo eso.” Señalé con el dedo a cada una de ellas. “Y ninguna de vosotras va a mencionarle esto a nadie. ¿Lo pilláis? Fue un enorme error fraternizar con un Kavanagh. Si la prensa se hace eco de ello, podría perder mi trabajo.”

“No seas tan dramática,” dijo Jemma.

Pero Katy asintió. “Creo que ella tiene razón, Jem. Provocaría un enorme revuelo, y no de los buenos. Si Amy no está tan entusiasmada con Zac, no merece la pena.” Ella arqueó ambas cejas. “No lo estás, ¿verdad?”

“¡No! No es mi tipo en absoluto.”

Jemma volvió a poner los ojos en blanco. Estaba en peligro de que se le salieran las lentillas si lo hacía demasiado. “Sabes que los tíos que crees que son tu tipo en realidad no son tu tipo, ¿verdad?”

“Eso no tiene sentido.” Las alejé. “Idos. Tengo trabajo que hacer. Si no empiezo a parecer ocupada, Jack va a salir aquí a gritarme.”

Se marcharon, prometiendo llevarme a comer. Creo que solo querían más cotilleos sobre Zac. Iban a estar muy decepcionadas. No tenía nada más que contar.

Jemma le dedicó a Timothy una mirada de arriba abajo mientras pasaba, y él le dedicó una preciosa sonrisa que parecía más genuina que la que me había dedicado a mí. Le observo

atentamente, intentando cogerle la medida. Por el modo en que miró a Jemma, estaba bastante segura de que no era gay.

Me pilló mirando y se ruborizó, y luego volvió a teclear furiosamente, golpeando el teclado.

Encontré el número de teléfono de la testigo y la llamé. Yolanda Murphy tenía una aguda voz de niña con acento de Nueva York. Debía haber estado en el trabajo porque sonaba a que había un secador de fondo. Le hice prometer que vendría a mí si tuviera alguna pregunta, e intenté inculcarle la importancia de no hablar con nadie más sobre el caso.

“¿Ni siquiera con mi madre?”

“Ni siquiera con ella.”

“¿Mi novio?”

“A él tampoco. Con nadie excepto conmigo. Si alguien parece estar haciendo demasiadas preguntas, entonces podría ser sospechoso.”

Ella hizo una pausa y yo me encogí. ¿Había dicho demasiado? ¿Se estaba acojonando ahora? “Vale,” fue todo lo que dijo. “Solo contigo. Lo pillo.”

Cuelgo y me pongo a trabajar. Media hora más tarde Timothy me tendió un fajo de papeles. “Aquí está el informe que le pediste a Beverley que mecanografiara.”

“Ha sido rápido.” Supongo que todo ese aporreo del teclado ha valido la pena. Pasé por las páginas mientras caminaba hacia su escritorio. Estaba ordenadamente encuadernado y muy bien organizado, pero los titulares no destacaban muy bien, y el resumen estaba al principio, no al final.

Me dirigí a su mesa y lo dejé allí. “¿Hay algún problema?” Parecía preocupado y me sentí muy mezquina.

Pero tenía que decirlo. Esas dos cosas realmente me molestaban. “No está igual a como Beverley lo hacía.”

Él pareció relajarse un poco e incluso sonrió. “Eso es porque no soy Beverley.”

Lo abro por el resumen. “Ella pone esto al final.”

“Mi antiguo jefe me dijo que siempre pusiera el resumen al principio. De ese modo los peces gordos no tienen que leer todo el informe; simplemente pueden leer el resumen y darlo por terminado.”

“Pero la cuestión es hacer que lean todo el informe. ¿Qué sentido tiene escribirlo si no lo leen? Bien podríamos escribir solo el resumen y nada más.”

Él me miró como si pensara que eso ahorraría mucho tiempo. “Lo cambiaré.”

“Gracias. Y los titulares deberían ser tamaño dieciséis y en negrita. No destacan lo suficiente tal y como están.”

“Cambio el estilo de la fuente para hacerlos diferentes al texto original, y son tamaño catorce mientras el resto del texto es tamaño doce.”

“No es lo mismo.”

“No, no lo es.” *Sí, ¿y qué?* parecía decir su voz. “Las volveré a hacer, ¿vale?”

“Eso sería genial. Gracias.” Empiezo a alejarme, pero me sentí un poco mal por obligarle a hacer trabajo extra. “Lo siento, pero simplemente me gusta que las cosas se hagan de una cierta manera. Es más organizado a mi modo y me gusta ser organizada.”

Su mirada se deslizó hacia mi escritorio, donde todo estaba en su lugar correcto. “Anotado.”

“Si te hace sentir mejor, Beverley necesitó varios intentos antes de escribir los informes del modo que a mí me gustan. Tú solo cometiste dos errores.” Le dedico un pulgar hacia arriba. “Buen trabajo.” Joder, sueno como una idiota. ¿Pulgares arriba? Vaya imbécil.

No me extraña que Zac Kavanagh no consiguiera mi número. No merecía la pena perseguirme más allá de esa noche. Una noche en la que yo no era realmente yo misma, de todos modos. No

sabía cómo habría sido, pero yo no era del tipo despreocupado y salvaje al que él estaba acostumbrado probablemente.

Recordé la llamada perdida de mi teléfono, y estaba a punto de comprobarla cuando Timothy me cogió de la mano. La miré fijamente y él me soltó rápidamente. “Lo siento,” musitó. “Solo quería preguntarte si almorzarías conmigo hoy. Pensé que sería agradable llegar a conocer a mis colegas fuera de la oficina.”

¿En su primer día? ¿Y por qué yo y no alguien más del equipo? “Hoy no puedo. Voy a comer con mis amigas si no me quedo a comer en mi escritorio.” Que era una clara posibilidad del modo en que se estaba desarrollando mi día hasta ahora. Apenas había conseguido hacer nada.

La cara de Timothy se entristeció y sus mejillas se volvieron rosa. “¿Ha estado mi invitación fuera de tono?”

“No, por supuesto que no.” Pobre chico. Yo no quería hacerle sentir mal. “Pero en otra ocasión, ¿vale?”

Él se animó. “Claro. Eso sería genial. Creo que me va a gustar trabajar contigo, Amy.”

“Vale. A mi también. Trabajar contigo, quiero decir.” Me reí y él se rio. Fue forzado y raro. ¿Estaba coqueteando conmigo? Esperaba que no, pero no podía estar segura. Normalmente podía saberlo, pero Timothy era diferente. Me llegaban vibraciones encontradas por su parte. Había algo en él que no conseguía averiguar. Quizás lo entendería cuando llegara a conocerle mejor.

Volví a sacar mi teléfono cuando volví a mi mesa. El mismo número había dejado un mensaje. Mi corazón dio un vuelco mientras escuchaba, luego se hundió cuando me di cuenta de que no era la profunda y reconfortante voz de Zac en el mensaje. Era un periodista. Quería saber sobre el caso de Ky Kimble. Le doy a borrar y dejo el teléfono al lado de mi teclado. Alguien suficientemente estúpido como para pensar que yo hablaría sobre el caso no merecía una respuesta. Además, no estaba interesada en periodistas, ni en Ky Kimble tampoco.

Estaba más interesada en mi reacción al mensaje. Me sorprendió. Había pensado que era Zac—*esperaba* que fuera él—y me había sentido decepcionada cuando no fue él. ¿Qué decía eso de mí? ¿Que yo era una perdedora solitaria, desesperada por cualquier tipo de compañía, incluso la suya?

Mi teléfono volvió a vibrar, casi cayéndose del escritorio por la vibración. Lo cogí y contesté con un “Hola, soy Amy.”

“¿Amy? Hola, me alegra que hayas contestado. Soy Zac. Tenemos que hablar.”

CAPÍTULO 3

“Eh...” *Muy bien, Amy, genial.* “Hola,” añadí. “Lo siento, no puedo hablar ahora mismo. Estoy en el trabajo.”

“¡No cuelgues!”

No había pensado hacerlo. ¿Por qué no había pensado en colgar? “Vale.”

“No quiero hablar por teléfono.” Las notas melódicas de su voz retumbaban por la línea e hicieron que presionara el teléfono más firmemente contra mi oído. Era una voz hipnótica. No me extraña que le escuchara durante horas el sábado por la noche. “¿Podemos quedar para almorzar?”

Nunca antes había tenido tantas peticiones para almorzar en un solo día, dos de ellas de hombres. Qué suerte para mí. “No puedo.”

“¿Esta noche?”

“Tengo que trabajar hasta tarde.” Quizás.

Silencio. ¿Sabía que le estaba evitando? “Podría recogerte y llevarte a tomar una copa después. ¿Dónde trabajas?”

“Terminaré realmente tarde. Lo siento.”

Pensé que le había oído suspirar bruscamente, pero podría haber sido simplemente ruido de fondo. “Tienes que comer en algún momento. Podría llevarte la cena. ¿Trabajas en la ciudad para uno de los principales bufetes de abogados?”

“¿Cómo sabes que soy abogado?”

“Me lo dijiste.”

Oh, claro, esa sería una de aquellas conversaciones que no recordaba. “Voy a comer en mi escritorio esta noche y luego me voy a ir directa a mi casa a dormir. Tengo mucho trabajo que hacer.”

Más silencio. Debe estar decidiendo si merecía la pena continuar o no. Probablemente pensaba que yo sería fácil, no siendo una hermosa modelo, y que simplemente volvería a meterme en la cama con él. ¡Ja! Qué estúpido por su parte.

“Pon tú el día entonces,” dijo finalmente.

“Tengo un caso realmente grande ahora mismo. No es un buen momento.”

“No puedes evitarme para siempre.”

Eso es lo que él pensaba. “Mira, Zac, pensaba que me había explicado bien ayer por la mañana, pero no quiero volver a verte.”

Me encogí por lo fría que sonaba. Habría rectificado inmediatamente si hubiera sido un tío normal, pero estaba segura de que Zac Kavanagh podía soportar un poco de rechazo. Y si no, necesitaba aprender. Él probablemente le había dicho algo igualmente duro a docenas de mujeres antes.

“No fingiré que me alegra decirte eso,” dijo. “Pero todavía necesitamos hablar sobre lo que pasó el fin de semana. Hay algo que deberías saber.”

Oh mierda. No habíamos usado protección. Cerré los ojos, maldiciendo mi baja tolerancia a los cócteles y a su estupidez por no pensar suficiente por los dos. ¿Cómo podía no haber insistido

en usar protección?

Me recliné en mi silla y me froté la frente. Cuando retiré la mano, Jack se estaba cerniendo sobre mi escritorio. Para ser un tío tan grande, podía acercarse sigilosa y silenciosamente. “Tengo que colgar,” le dije a Zac rápidamente. “Te llamaré a este número si... algo pasa.”

“¿Qué quieres...?”

Colgué y puse el teléfono en silencio. “Lo siento,” le dije a Jack. “Llamada personal.”

“Siempre y cuando no sea la prensa... Un periodista ya se ha puesto en contacto conmigo.”

“Yo también perdí una llamada de otro antes. No te preocupes, no voy a hablar con ellos.”

“Bien. ¿Has hablado con la testigo?”

Le informé sobre mi conversación con Yolanda y luego me puse a trabajar. Pasé el resto del día en mi escritorio, saltándome el almuerzo con las chicas. Timothy me trajo un sándwich de la cafetería al otro lado de la calle y se auto-invité a sentarse conmigo. Él hablaba mientras yo comía. Fue raro al principio, pero tras cinco minutos de escuchar la historia de su vida había empezado a gustarme. Era un chico amable y ya no me sentía como si me estuviera valorando para ligar conmigo. Él simplemente parecía que quería encajar en su primer día, y no podía culparle por ello.

Él volvió a su mesa, lanzando el envoltorio de mi sándwich en la papelera cuando pasó junto a ella, y levantando el puño en el aire cuando encestó. Sí, solo un crío. Un crío amable, sin embargo. Yo intentaría no ser muy dura con él.

Resultó que Timothy era un fantástico ayudante personal. Trabajó estrechamente con nuestro equipo durante la siguiente semana, organizando los testimonios, volviendo a repasar las declaraciones, formulando nuestros argumentos. Yo ya no pensaba que era un espía del equipo Kimble, pero todavía no estaba segura de si estaba tratando de ligar conmigo. Era muy encantador, siempre reservando sus sonrisas más brillantes para mí, y haciendo pequeñas cosas como hacer el café exactamente del modo que a mí me gusta, en la taza correcta, e incluso dejándolo en el mismo lugar cada día donde yo le había enseñado que lo hiciera la primera vez.

Aún así, tenía la impresión de que estaba ligando con Jemma, no conmigo. Ella recibía sus sonrisas genuinas, mientras que yo recibía las deslumbrantes. Y él le miraba el culo a ella cuando se alejaba, no el mío. Me puse mis pantalones más ajustados el viernes solo para asegurarme, y miré por encima del hombro más de una vez para comprobar si me estaba mirando. No, no me miraba, y yo me enorgullecía de tener un buen culo. Plana por delante, generosa por detrás, esa era yo. Las vibraciones mezcladas que me llegaban de él me estaban volviendo loca. Odiaba los misterios, y definitivamente él estaba actuando de modo un poco extraño conmigo. Pero me había quedado sin ideas de por qué.

Zac volvió a llamar el martes. Reconocí el número y no contesté. Yo no le había añadido a mi lista de contactos, pero su número era suficientemente distintivo como para conocerlo cada vez que llamaba. Y llamó dos veces al día el martes, el miércoles, y el jueves. También dejó mensajes. El primero preguntaba qué había querido decir con ‘si algo pasa’. En el segundo mensaje, simplemente me pedía que le devolviera la llamada. La tercera y cuarta vez, dijo que le parecía que había habido un malentendido entre nosotros y estábamos hablando de cosas diferentes. Esos mensajes casi me hicieron devolverle la mirada para averiguar de qué estaba hablando. Eso, y para oír su voz de nuevo. Permanecí fuerte y borré los mensajes.

El quinto mensaje tenía un trasfondo de frustración. Me pedía que “Por favor, devuélveme la llamada. Es realmente importante.” En el sexto y último mensaje de voz me dijo que era consciente de que parecía un acosador, así que ya no iba a llamar más, pero que me pediría una

última vez que me reuniera con él en un mensaje de texto y luego lo dejaría antes de que yo bloqueara su número. Sonreí ante eso. El tío sabía exactamente lo que yo había estado pensando.

El viernes, cinco días desde la última vez que le vi en su habitación de hotel de Las Vegas, él envió el mensaje. *Por favor, reúnete conmigo esta noche. Sin compromiso, solo para hablar. Responde que sí y te haré saber donde.*

Por capricho, escribí *NO*.

El mensaje que me llegó inmediatamente leía: *Aunque me siento honrado de que finalmente te hayas dignado responder, preferiría oírte decirme que no a la cara. Reúnete conmigo en The Hub esta noche a las ocho para tomar una copa. Por favor. ¡Cosas MUY importantes que discutir!*

No respondí. De todos modos yo estaba ocupada la mayoría de viernes por la noche. Mamá y yo normalmente nos reuníamos para beber vino y quejarnos durante la cena. Volví a deslizar mi teléfono dentro de mi bolso con un suspiro. Zac era insistente, había que reconocerlo. Era agradable ser perseguida por un chico sexi, pero no dejaría que se me subiera a la cabeza. No significaba nada, excepto que su ego estaba machacado por mi rechazo, y él necesitaba demostrarse a sí mismo que podía ganarse a *cualquier* chica, incluso las tercas.

Me pregunté cuántos otros rechazos había tenido que soportar durante su vida.

Mamá ya estaba en mi apartamento cuando llegué a casa. Le había dado una llave después de que me mudara, y lo había lamentado desde entonces. Tenía la costumbre de aparecer sin anunciarse. Estaría bien si ella ya hubiera empezado a cocinar, pero no lo había hecho. Estaba sentada en un taburete en la bancada de mi cocina, una copa de vino blanco junto a ella. Su rubia cabeza estaba inclinada sobre algo en su mano, sus uñas rosa tamborileando en la bancada.

Besé su fría mejilla, aspirando el aroma de su perfume favorito. Ella me devolvió el beso, pero parecía distraída.

“He comprado un pastel de pollo y verduras,” le dije. “No he tenido tiempo de ir a la compra y se está haciendo tarde.” Eran casi las seis y media.

Ella sacudió un sobre ante mí. “¿Por qué recibes correo de Nevada?”

Le quité el sobre. Era del Registro de Clark County. “No lo sé.” Coloqué el sobre con los demás y ordené la pila para que todos los bordes estuvieran alineados.

Ella apoyó su mano sobre la mía. “Cielo, no me has contado mucho sobre tu fin de semana allí.”

“No hay mucho que contar. Solo fueron dos noches.”

“¿Y qué hiciste?”

Me encogí de hombros. “Lo normal.”

Sus ojos cargados de rímel se entrecerraron. “Lo normal es apostar si estamos hablando de Las Vegas. Tú no apuestas.”

“Hicimos cosas de turistas.” Encendí el horno y saqué una bandeja. “Nos tomamos unas copas en el bar, nadamos en la piscina del hotel. Solo estuvimos juntas.”

Su uña rosa le dio unos golpecitos a la carta de arriba de la pila. “¿Sabes lo que hace el Registro de Clark County?”

“¿Registran cosas? Quizás me pusieron una multa por exceso de velocidad. Creo que conduje el coche de alquiler un poco demasiado rápido la mañana que llegamos. Estaba excitada por llegar allí. No debería ser demasiado cara.”

“Amy.” Su estricta voz me sobresaltó. Le guiñé un ojo y me encogí de hombros. “No me mientas.”

“No te miento. ¿Por qué iba a mentirte? ¿Sobre qué mentiría?”

Ella cogió el sobre y usó su garra para rasgarlo. Sacó el papel, lo desdobló, y lo sacudió en mi cara. “Esto.”

Comprobé la página, examinando las palabras. Luego se la arrebaté y la releí. No. De ninguna manera. Esto no estaba pasando. No era una multa por exceso de velocidad; era un certificado de matrimonio. Mi nombre estaba en él, y también el de Zac.

Dejé caer el papel al suelo y luego rápidamente lo seguí hacia abajo. Me apoyé contra el mueble de la cocina y solté un suspiro, pero parecía que no podía recuperar el aliento. Lo siguiente que supe fue que mamá estaba a mi lado, su fría mano en mi nuca.

“¿No lo sabías?” dijo ella.

Sacudí la cabeza. “Me tomé unos cócteles el sábado por la noche.”

“Oh. Así es como normalmente pasan estas cosas.” Ella recogió el certificado, pero se lo arrebaté antes de que pudiera ver el nombre de Zac. Si ella lo viera, se le meterían en la cabeza todo tipo de ideas sobre que yo me establezca con un Kavanagh, teniendo bebés preciosos, y viviendo en una mansión en Serendipity Bend. De ninguna manera podía yo lidiar con mi madre si se ponía toda frenética por ello.

“Solo quería ver quien es tu marido,” dijo ella.

Gruñí. “No es mi marido. Es un error. Conseguiré la nulidad.”

“Necesitas abogados para eso.”

Por eso era por lo que Zac me había llamado tantas veces durante la semana. Él había recordado que se había casado y quería decírmelo para que pudiéramos anularlo. Solo que él no había querido decírmelo por teléfono. No sabía por qué. No era gran cosa.

Mi respiración se volvió corta y rápida. Mi corazón se aceleró, golpeando contra mis costillas. La mano de mi madre volvió a apoyarse en mi nuca, distrayéndome de la sangre que corría por todo mi cuerpo.

Me di cuenta de que ella estaba tarareando. *You are my sunshine*, la misma canción que siempre tarareaba durante estos episodios. Su voz era tan reconfortante como su mano. Habían pasado años desde mi último ataque de ansiedad, y esperaba haberme librado de ellos. Parecía que la idea de estar casada—de *estar* casada—era demasiado. Todas mis antiguas ansiedades volvieron, golpeándome de nuevo con la fuerza de un tsunami, amenazando con arrasarlo con todo por lo que he trabajado tan duro: mi independencia, mi carrera, mi vida.

Tuve que eliminar los pensamientos antes de que me consumieran por completo y volviera el pánico. El matrimonio no era permanente. Ni siquiera teníamos que pasar por ello con un divorcio adecuado. Obviamente Zac compartía mi opinión porque me había estado insistiendo toda la semana.

Comprobé mi reloj. Había tiempo. Me puse de pie y cogí el teléfono. *Sí*, escribí al número de Zac. *Estaré allí a las ocho.*

Mamá se puso en modo madre, lo cual no ocurría demasiado a menudo, así que la dejo que lo haga. Me sirvió una copa de vino y luego enredó por la cocina para hacer una ensalada que acompañara a nuestro pastel. Pero el modo madre venía con la madre con ataduras.

“¿Por qué no me dices su nombre?” preguntó ella.

“No es importante. Conseguiremos la anulación y nunca volveré a verle.”

“¿Por qué no quieres volver a verle? ¿Qué tiene de malo?”

“El... no es mi tipo.”

Eso produjo el sonido menos elegante de la nariz de mi madre que le había oído hacer nunca. No pude descifrar lo que significaba. “Quizás deberías darle una oportunidad. Podrías descubrir que te gusta.”

“Lo dudo. Es ruin.”

“¿Cómo lo sabes si no te acuerdas del sábado por la noche?”

“Su reputación le precede.”

Ella soltó una exclamación y se giró en redondo, cuchillo en mano. “¿Es famoso?”

“No... no.”

Pero mamá o no me oyó, o escuchó mi vacilación y supuso que le estaba mintiendo. “Oh Dios mío, mi pequeña está casada con alguien famoso. Siempre supe que tu aspecto llamaría la atención sobre ti. Por supuesto, siempre pensé que serías modelo o que tal vez harías algo en televisión, pero tú nunca demostraste ninguna inclinación hacia ese lado de las cosas después del desastre del concurso de belleza de cuarto curso, pero siempre mantuve la esperanza.”

“Mamá, para.”

“¿Es actor?”

“Mamá.”

“¿Estrella deportiva?” Soltó una exclamación. “Hubo un torneo de golf en Las Vegas el fin de semana. ¿Es golfista?”

“¡No!”

“Porque está bien si lo es. Los golfistas no son las estrellas del deporte más sexis, pero ganan mucho dinero. No tanto como los jugadores de baloncesto y de fútbol americano, pero una cantidad decente.”

“No puedo creerme esto. No estoy respondiendo a tus preguntas.” Crucé los brazos sobre el pecho, y luego me di cuenta de que no podía beber vino así. Cogí mi copa y me tragué el resto.

Mamá volvió a cortar verdura. “Tendrás que tener una boda adecuada aquí.”

Gruñí y apoyé mi cabeza sobre la bancada. Cuanto antes pudiera sacudir los papeles de la anulación en su cara, mejor. De otro modo ella me traería revistas de boda. No me sorprendería que tuviera una metida en el bolso. Ella había estado soñando con mi boda desde que nació. Cuando cumplí dieciocho años y empecé a salir con chicos, ella me había presionado sobre la seriedad de cada relación. Por eso había dejado de presentarle a mis novios hacía unos años. No podía soportar el acoso interminable, y luego el sermón cuando le contaba que había terminado la relación. Según ella, yo nunca iba a casarme si no les daba una oportunidad, o si veía algo malo en cada pequeña cosa que hacían. Yo le había dicho que estaba bien así. El matrimonio no era para mí. Era para mujeres como ella. Mujeres sin carreras, quienes necesitaban a un hombre para sentirse realizadas. Mujeres que se enamoraban desesperadamente de todos los hombres que les dedicaban algo de atención, y luego se les rompía el corazón cuando se iban. Era un milagro que solo se hubiera casado cuatro veces. Había habido tantos intentos fallidos que había perdido la cuenta.

“Traeré mi libro de bodas mañana.” Levantó ambas manos antes de que yo pudiera hablar. “Por si acaso cambias de opinión.”

“¿Libro de bodas?”

“He estado coleccionando fotos durante treinta y dos años y he ido pegándolas en este libro. Es bastante grueso ahora.”

“Pero solo tengo veintinueve años.”

“Al principio no estaba destinado para ti.” Sus largas pestañas se bajaron como una cortina sobre sus ojos mientras volvía a cortar tomates.

Me muerdo el labio. Mamá había estado coleccionando fotos de boda para *ella*. Hace treinta y dos años era más o menos la época cuando conoció a papá. Él había sido jugador de béisbol, y ella era Miss Roxburg. Habían tenido un romance vertiginoso y se habían casado al cabo de seis

meses. Pero papá no había resultado ser solo jugador de béisbol. Le gustaba apostar y era un mujeriego, liándose con una chica diferente en cada ciudad, algunas veces con más de una. Su reputación había sido ampliamente conocida, excepto por mi madre.

Hasta que un día ella recibió una carta de una de sus amantes, furiosa porque el hombre al que amaba se negaba a dejar a su esposa por ella. Discutieron, mamá le echó de casa, pero él pidió volver a casa. Ella se lo permitió. Entonces, un día, cuando yo tenía cinco años, él simplemente se levantó y se fue a vivir con otra mujer. Mamá se había quedado devastada. Papá y yo éramos toda su vida. Ser una buena esposa lo significaba todo para ella. Tener a una estrella famosa del béisbol como marido había sido importante, la había hecho sentirse alguien. Su marcha dejó un enorme vacío en su mundo. Lloró durante días y solo se recompuso cuando un nuevo vecino empezó a mostrar interés en ella. Ella se casó con él, solo para divorciarse un año más tarde. Luego volvió a casarse otra vez, y otra vez. Cada marido había sido justo igual que el anterior. Demasiado guapo, demasiado encantador, demasiado preparado para llevarse a cualquier mujer guapa a la cama. Ella finalmente había renunciado a intentar reformarles después del marido número cuatro. Fue poco después de que mi padre regresara, suplicando perdón y pidiendo otra oportunidad. Mamá le aceptó, diciendo que le amaba a pesar de todo. Resultó que él se estaba muriendo de cáncer y necesitaba una cama blanda donde tumbarse y una mujer que le cuidara en sus meses finales. Él no tenía dinero, ni hogar, ni a nadie excepto a nosotras. Mamá le daba lo que necesitaba de ella, pero él no daba nada. No habíamos estado en contacto durante los años desde que se marchó, y yo no quería tener nada que ver con él. Algunas personas no se merecían tener hijos, o esposas como mamá.

La dejo parlotear sobre su libro de bodas. Era lo mínimo que podía hacer cuando ella había sido una madre comprensiva a lo largo de los años, trabajando duro para poner comida sobre la mesa y proporcionar un hogar amoroso. De todas las personas del mundo, ella me entendía la que más. Ella sabía por qué tenía ataques de pánico y como ponerles fin. Ella sabía por qué quería quedarme soltera, aún cuando la mataba admitirlo. Ella sabía por qué mi trabajo era tan importante para mí.

Salí de casa a las siete y media, habiéndole dicho adiós a mi madre justo después de que termináramos de comer. Llevaba una falda gris con largo hasta las rodillas en vez de vaqueros o pantalones, y un top plateado con cuello chimenea. Mi pelo corto era fácil de peinar, y era por lo que me encantaba tanto, y los pendientes largos se veían elegantes con él. Así que elegí aros pequeños. También llevaba el mínimo de maquillaje y unos zapatos con tacones modestos. Nada de tacones de aguja esta vez. Nada que le hiciera mirarme dos veces.

Llegué temprano a The Hub, un bar en el centro de Roxburg que atraía a una variedad de personas, desde empresarios tomándose una copa después del trabajo, hasta los más jóvenes, quienes se divertían poniéndose al día antes de irse a una de las discotecas cercanas. Zac no estaba allí, así que busqué en Google anulaciones de matrimonios en mi teléfono mientras esperaba. No parecía demasiado difícil de organizar. Si Zac no supiera ya mi apellido, tendría que decírselo. Bueno, eso estaba bien ya que, de todos modos, no volvería a verle de nuevo. Siempre podía hacérselo saber vía mensaje de texto. Además, mi apellido podría no sonarle para nada. Habían pasado dos años desde el juicio de su hermano, y yo ni siquiera había sido la principal ayudante del fiscal del distrito.

“Hola.”

Dejé caer el teléfono sobre la mesa ante el sonido de su voz. “Eh, hola.” Volví a deslizar el móvil dentro de mi bolso y levanté la mirada hacia él.

Oh vaya. Estaba tan guapo con ropa como sin ella. Vestido con pantalones negros y una camisa gris carbón que le sentaba muy bien sobre los hombros, era el chico de los sueños de cualquier mujer. Su pelo oscuro estaba bien peinado, no despeinado diciendo acabo de tener sexo, y su mandíbula estaba bien afeitada. Él parecía mucho más alto que todos los chicos de allí, pero eso podría haber sido porque estaba muy cerca de mí. Sus brillantes ojos azules se clavaron en mí, observando mi pelo, mi rostro, mis manos. Respiró profundamente y sonrió brevemente, como si hubiera estado preocupado de que yo no hubiera aparecido después de todo, como si se alegrara de que lo hubiera hecho. El tipo era bueno, eso se lo concederé. Él había conseguido hacerme sentir especial con nada más que una mirada y una sonrisa.

Se agachó y besó mi mejilla antes de que yo me diera cuenta de lo que estaba pasando. Olía a sutil y cara loción de afeitar.

“¿Llevas mucho esperando?” preguntó.

“Solo unos minutos.”

“Tiempo suficiente para pedirte una copa, por lo que veo.” Él asintió hacia mi copa de vino blanco y levantó un dedo. Una camarera estaba a su lado en un santiamén. Pidió cerveza, dedicándole toda su atención mientras lo hacía. Ella le sonrió tristemente cuando volvió a girarse hacia mí, y tardó más tiempo del necesario en marcharse.

Puse los ojos en blanco, pero él me pilló. Frunció el ceño. “Siento lo de todos los mensajes.”

“Hoy he recibido correo del Registro de Clark County,” le dije.

“Ah. Sí, el certificado de matrimonio. Pensé que llegaría pronto.”

“¿Por qué no me dijiste que nos...?” miro alrededor y luego me inclino hacia delante. “¿...habíamos casado?”

“Al principio pensé que lo sabías. Luego, cuando me di cuenta de que también te habías olvidado de eso, intenté llamarte para contártelo.”

“Sí. Veo que te di mi número.”

“Y yo te di el mío,” dijo él.

“No, no lo tengo en mi teléfono.”

“Te di mi tarjeta de visita. La pusiste en tu bolso junto con... Ah. *Ahora* lo entiendo.”

Parecía que yo llegaba un día tarde a una fiesta. “¿Qué entiendes?”

“La capilla nos dio un certificado de matrimonio. No es el auténtico, solo un recuerdo. El que recibiste en el correo es el auténtico. Debe haberse caído de tu bolso junto con la tarjeta de visita durante la noche. Probablemente cuando estuviste bailando en la fuente.”

Le miré fijamente. No, yo no quería saber nada de bailar en la fuente. “Entonces por eso estabas rebuscando en mi bolso el domingo por la mañana. Estabas buscando el certificado. Oooh.”

Su ceja izquierda se disparó hacia arriba. “¿Pensaste que te estaba robando?”

“¡No! Por supuesto que no.” Me reí y luego me encogí. Era toda una perdedora. “¿Por qué iba a necesitar robar un Kavanagh?”

Él se rio. “¿Por qué hace las cosas un Kavanagh?”

No entendía lo que quería decir, así que me quedé en silencio.

“Quería hablar contigo sobre eso esa mañana, pero te marchaste de prisa. Yo pensaba que era mejor dejarte... que te relajaras durante un día o así, pero el lunes ya estaba muriéndome por volver a hablar contigo.” Se encogió de hombros y fue el gesto más jodidamente sexi que había visto nunca. Algo así como infantil e inocente, y totalmente honesto. “Decidí que no quería hablar sobre nuestro matrimonio por teléfono.” Él sonrió y algo dentro de mí prestó atención. La sonrisa era un poco torcida, un poco traviesa, pero totalmente genuina. “Sabía que decirte que estábamos

casados te pondría de los nervios, así que pensé que era mejor hacerlo en persona, donde pudiera mirarte a los ojos.” La sonrisa se volvió plana, preocupada. “¿Estuviste bien cuando abriste el correo?”

Deseché su preocupación. “Sí, claro, totalmente bien. Un poco sorprendida, pero sabía que podíamos solucionarlo bastante rápido.”

Él me miró como si no me creyera. Yo era una actriz terrible, así que no era sorprendente. ¿Cómo sabía que yo no estaría bien cuando descubriera lo del matrimonio? Seguro que yo no le había hablado de mis ataques de pánico. Nunca se lo había contado a nadie. Solo mi madre lo sabía.

“Y ahora que lo sabes,” dice él, “podemos hablar sobre lo que pasa a continuación.”

“Por eso he aceptado reunirme contigo.”

Se aclaró la garganta y dio golpecitos en la mesa con las manos. Parecía no saber qué hacer con ellas. Sus dedos se alargaron hacia los míos, que sujetaban el tallo de mi copa de vino, y luego los retiró antes de tocarlos. Tamborileó con sus dedos y luego finalmente los unió delante de él. Era un poco adorable ver a alguien como él tan nervioso.

“No hace falta preocuparse,” le dije, usando mi voz de abogada. Zac estaba actuando como un testigo preocupado, necesitando a alguien para apaciguar sus temores. Yo podía hacer eso. “Sé que nuestra situación es rara, pero lo arreglaremos pronto. Una anulación es fácil de obtener. Tengo un contacto en derecho familiar si lo necesitas, pero estoy segura de que tú tienes un abogado que puede conseguir los documentos redactados. Solo necesitamos llevar el papeleo al juzgado y todo estará solucionado. No voy a ponértelo difícil. No quiero nada de ti, si eso es lo que te preocupa.”

“No lo es.” El tamborileo se vuelve más rápido antes de que se pare de repente. Sus penetrantes ojos me clavaron en mi asiento. “La cuestión es que no quiero una anulación. Quiero que permanezcamos casados.”

“¿Qu... qué?” Mi pecho y mi garganta se cerraron. Mi corazón corría como loco y el vértigo nubló mi visión. La oscuridad se coló desde los bordes hasta que todo lo que podía ver a través del túnel era la cara preocupada de Zac. Y entonces incluso eso se desvaneció.

CAPÍTULO 4

“Está bien, Amy.” La voz de Zac era lo único que oía. Lo único que necesitaba oír. Era reconfortante, pero mejor que eso, era fuerte, sólida. Me hacía sentir que me respaldaba mientras sufría el ataque de pánico, que me estaba protegiendo de los ojos curiosos, y que evitaba que me cayera del taburete.

Y me di cuenta de que era porque me respaldaba. Estaba de pie a mi lado, su brazo rodeándome la espalda, una mano contra el lateral de mi cabeza, suavemente presionándome contra su pecho. Olía a loción de afeitar y suavizante de la ropa, con un trasfondo de especias. Yo mantenía los ojos cerrados y solo respiraba. Me besó en la cabeza y masajé mi cuello. La sensación ayudó a devolverme al presente, pero no lo suficiente como para querer retirarme. Era agradable apoyarse en él, sintiendo su duro pecho debajo de su suave camisa. No, no era agradable. Agradable no era una palabra suficientemente buena ni por asomo. Estar tan cerca de él era maravilloso.

“Cuenta hacia atrás desde cien. O quizás eso es demasiado fácil. Cuenta hacia atrás desde mil de tres en tres.”

Me retiré y le miré parpadeando. Estaba a punto de preguntarle de qué estaba hablando, pero mantuve la boca cerrada. Sin dudar me soltaría algún rollo para intentar distraer mi loco cerebro de mi ansiedad, y por lo tanto curándome. “¿Has encontrado ese consejo en internet?”

Él hizo una mueca. “¿Es tan obvio?”

Me reí, pero terminó con un balbuceo que casi se convirtió en llanto. Desvié la mirada de él porque no podía soportar ver la preocupación en sus ojos, y la incertidumbre. Estaba preocupado porque lo hiciera de nuevo, o que quizás tuviera un colapso total en el bar. No podía culparle; yo también habría estado preocupada. Pero por una razón que no podía explicar, no quería verlo en sus ojos. No quería que él pensara que yo era una chiflada.

Antes de que yo pudiera hacer un chiste, él había cogido mi cara entre sus manos. Sus palmas estaban endurecidas por callos, pero suavemente insistentes mientras me obligaba a mirarle. La combinación casi hace que me deshaga en lágrimas. Maldito sea.

“Está bien, Amy.” Su pulgar acarició mi mandíbula. “No tienes que fingir por mí.”

Me separé con una sacudida. “No estoy fingiendo nada.” Alargué la mano hacia mi copa pero mi mano todavía estaba temblando, así que la dejé. Él se daría cuenta y podría decir algo. Lo último que quería escuchar era lástima en su voz. “¿Puedes volver a sentarte para que podamos discutir qué hacer con nuestra... situación?”

Se pasó la mano por el pelo, desordenando su estilo perfectamente peinado. Le hacía parecer más sexi. Genial, justo lo que necesitaba. Como si no fuera bastante duro mantener mi mente encarrilada, tenía que enfrentarme a un tío jodidamente sexi que insistía en permanecer...

No, no pienses en ello. No podía permitirme otro ataque de pánico. Nadie parecía haberse dado cuenta, gracias a la rápida respuesta de Zac. Probablemente pensaban que simplemente nos estábamos abrazando.

Me preguntaba si alguien le habría reconocido.

Su cerveza llegó, pero esta vez no miró a la camarera. Él seguía mirándome fijamente como si tuviera miedo de que, si retiraba los ojos de mí, tendría otro ataque. Él no parecía tener prisa por hablar sobre nuestra anulación.

Me aclaré la garganta. “¿Te... te mencioné en Las Vegas que a veces tengo ataques de ansiedad?”

Él asintió. “Mencionaste que pensabas que se te pasarían con el tiempo. Nadie en tu trabajo lo sabe, ni ninguna de tus amigas.”

¿Le había contado todo eso? “¿Te conté lo que hago para ganarme la vida?”

“Eres abogada, pero no mencionaste qué tipo de trabajo haces o para qué bufete. Nos... distrajimos con otras cosas.”

Sí, como por ejemplo casarnos y tener sexo múltiples veces. “Odio no acordarme de nada de esa noche.”

“Lo sé.” Fue a cogerme la mano pero se detuvo a medio camino a través de la mesa. “Debe de ser extraño. Pregúntame lo que quieras. Cualquier cosa sobre mí, sobre esa noche. No tengo secretos para ti.”

Ojalá dejara de hablarme como si fuera su esposa de verdad. Por otro lado, los maridos de verdad ocultaban secretos a sus esposas todo el tiempo. No había nada real en la situación en la que nos encontrábamos.

“Dime qué pasó el pasado sábado por la noche.”

Sus labios se curvaron en una lenta sonrisa fácil que hizo que mi corazón volviera a acelerarse otra vez, pero no de pánico. Sabía lo que estaba sintiendo y lo odiaba tanto como a la ansiedad. Era deseo. “No hay mucho que contar. Siento que debería haber más considerando como...” Contuvo el aliento. “Teniendo en cuenta lo monumental que acabó resultando la noche.”

¿Monumental? Ja. Monumental desastre.

“Nos conocimos en el bar. Te vi con tus amigas y no podía quitarte los ojos de encima. Así que me acerqué y me presenté.”

“¿Así tal cual? ¿Caminaste directo hacia mí? ¿Y luego qué?”

“Te invité a una copa y hablamos.”

“Espera.” Levanto las manos. “¿No te dije que dejaras de molestarme?”

“No.”

“¿No me reí en tu cara ni te dije que encontraras un objetivo más fácil?”

Él sonrió. “No, y de todos modos no habría escuchado.”

Sacudí la cabeza. Esto era demasiado. “¿Me estás diciendo que usaste algunas frases de ligue cursilonas sobre mis hermosos ojos o algo así y simplemente me lo tragué?”

Se reclinó en su asiento y se cruzó de brazos. Esos labios siempre sonrientes finalmente formaron una línea. “No recuerdo haber mencionado tus ojos.”

“Oh, Dios mío,” murmuré. “No puedo creerme que yo fuera tan... tan *fácil*.”

“No seas tan dura contigo misma. Congeniamos inmediatamente.”

“No. De eso nada. La gente no congenia al cabo de unos segundos de conocerse. No se miran al otro lado de la habitación y piensan que es el amor de tu vida sin siquiera hablar con el otro. Y definitivamente no se casan después de conocerse por solo unas horas.”

“¿Qué puedo decir? Nosotros solo...”

“No vuelvas a decir que congeniamos.”

“No iba a hacerlo,” dijo bruscamente. “Pero no creo que estés preparada para escuchar lo que quiero decirte.”

Yo también me recliné hacia atrás y le observé. ¿Estaba enfadado conmigo? La airada respuesta me hizo pensar que lo estaba, pero no había rabia en sus ojos, ni brillante color en sus mejillas. “Así que te acercaste porque pensabas que yo parecía...” Más vale que no vuelva a decir fácil, o borracha.

“Hermosa,” completó él. “Admito que me enamoré de tu cara y de tu cuerpo primero. Soy un hombre y tú eres preciosa. Denúnciame, señora abogada.”

Al menos ahora estaba recibiendo una respuesta directa, pero el tío estaba ciego si pensaba que yo era preciosa. Estaría de acuerdo en que era guapa, pero algo más que eso era solo otra frase de ligue de mierda.

“Pero entonces empezamos a hablar y me gustaste más que solo físicamente. Me gustaron tus ojos. Son inteligentes e... hipnóticos.”

“¿Mis ojos son inteligentes? ¿Qué hay de mi cerebro?”

“Eso también y lo sabes.”

Me enojé.

“Por supuesto que lo sabes. Te enorgulleces de ser inteligente. Además, no consigues ser abogada si eres estúpida.”

“Gracias. Creo.”

Él sonrió, entusiasmándose con la conversación. “También me gustaba tu risa. Es sexi, pero más que eso, es...” Frunció el ceño mirando su cerveza mientras pensaba. “Te ríes con facilidad. Burbujea fuera de ti sin que te des cuenta.”

“¿Estás seguro de que no estabas hablando con mi doble? Nadie diría nunca que me río mucho.”

“No te conocen como yo.”

“Oh, por favor. Tú me conoces desde hace cinco segundos.”

“Dieciséis horas y veinte minutos. Más o menos.”

“¿Qué?”

“Eso es el tiempo que hemos estado juntos. Te conocí alrededor de las cuatro de la tarde del sábado, y te marchaste alrededor de las ocho y veinte de la siguiente mañana. Fue suficiente. Confía en mí.”

Sacudo la cabeza. “Esto es una locura. Tú estás loco.”

“Encuentro difícil creerlo también. Nunca me he enamorado...” Presionó los labios formando una línea, posó su mirada en mí, luego volvió a estudiar su cerveza. “La velocidad con la que todo esto pasó también me ha sacudido. Tampoco lo entiendo. Solo sé... solo sé que quiero seguir casado contigo.”

Contengo el aliento, pero el pánico se mantuvo a raya. “Hay un montón de cosas erróneas en esa afirmación, pero concentrémonos en la pregunta obvia. ¿Cómo puede alguien estar tan seguro después de un corto periodo de tiempo?”

Se encogió de hombros. “No tengo ni idea.”

“Eso no ayuda,” musité.

Él volvió a encogerse de hombros, como si eso explicara lo inexplicable. “Hablamos durante horas en el bar, y luego salimos a dar un paseo.”

“¿Fue entonces cuando bailé en la fuente?”

Él se deshizo en una sonrisa que iluminó toda su cara. Te dejaba sin aliento y tardé un momento en recuperar el equilibrio. “Ambos lo hicimos.”

“Vale. Correcto. Así que hablamos y caminamos y bailamos. Entonces decidimos casarnos. Lo siento, pero simplemente no suena a algo que yo haría.”

“Me hablaste de tu miedo a sentirte atada. Sobre las infidelidades de tu padre y la tendencia de tu madre a ver el matrimonio como una solución.”

Desvié la mirada. Ya no podía sostenerle la mirada. En mi estúpido estado borracho le había contado demasiado, y ahora lo estaba usando contra mí para explicar por qué deberíamos permanecer casados. Aún peor, estaba mirando *dentro* de mí con esos perforadores ojos azules suyos. ¿Qué se había apoderado de mí el pasado sábado por la noche? Era más de lo que unos cuantos cócteles podían explicar, o un momento de locura. ¿Por qué había permitido que este hombre me convenciera para hacer algo que desafía todo lo que he querido en la vida? Yo era una mujer de carrera, no una esposa florero.

Me sentía como si estuviera en un mal reality show de la televisión, del tipo que sabes que no deberías ver pero no puedes evitar ver de todos modos.

“Entiendo de donde te viene la ansiedad, Amy.” Esta vez se estiró a través de la mesa y tocó mi mano. Intenté alejarme, más por instinto que por otra cosa, pero él no me soltó.

“No lo entiendo,” murmuré. “Nada de lo que has descrito suena a mí.” *Mentirosa*. Me aclaré la garganta. “¿Solté todas esas cosas y luego simplemente pensé que me casaría con un extraño de todos modos?”

“No sentíamos que fuéramos extraños para cuando fue medianoche. Yo también solté algunas cosas que nunca le he contado a nadie más, y eso te hizo sentir más cómoda.” Él tragó saliva con fuerza y su mirada se encontró brevemente con la mía antes de desviarse.

“¿Como qué?”

Él consideró su respuesta mucho tiempo antes de decir, “Tienes que volver a conocerme de nuevo antes de que me sienta cómodo contándotelo todo.”

“¡Ja! ¿Lo ves?”

“¿Veo qué?”

“Nos precipitamos. Tú no me conoces como dijiste que me conocías. Ahora soy diferente a como era el sábado por la noche.”

“No quiero contártelo todavía porque no estás preparada para oírlo. No estás suficientemente cómoda conmigo. Pero lo estarás. Y entonces te contaré todo lo que quieras saber.”

Solté un bufido.

“Mira, Amy, sé que me estoy imponiendo a ti con demasiada fuerza.” Él me apretó la mano. Se me había olvidado que me la estaba sujetando. “Si te cuento cómo me siento en realidad y por qué, echarás a correr.” Él sonrió de repente y se me paró el corazón. “Estás en riesgo de fuga, y hasta que ya no estés en riesgo de fuga, voy a mantenerme discreto.”

Le miré fijamente cuando sus palabras calaron en mí y se enredaron alrededor de mi corazón, donde se instalaron para el largo viaje. No podía creer lo que estaba oyendo, pero aún más, no podía creer que estuviera considerando hacer lo que él me estaba pidiendo y no iba a pedir una anulación todavía. Él tenía facilidad de palabra, pero era más que eso. Era el modo en que hablaba, y la atención que me dedicaba cuando lo hacía. Y era el modo en que me había sostenido durante mi ataque de ansiedad, y la profunda comprensión en sus ojos mientras me transmitía mis más oscuros temores.

“Solo te estoy pidiendo que nos demos una oportunidad,” dijo él. “Llega a conocerme de nuevo antes de tomar una decisión.”

Te conozco, quería decirle. Zac Kavanagh tenía demasiada labia, era demasiado guapo, demasiado perfecto. Era demasiado como el tipo de chico al que evitaba con cada fibra de mi ser, porque yo era más parecida a mi madre de lo que me gustaba admitir.

Recuperé mi mano con una exclamación, como si me hubiera pinchado, cuando en realidad eran mis propios pensamientos los que me habían abofeteado la cara. Alejé lágrimas y pensamientos peligrosos parpadeando, y me concentré en mi copa de vino hasta que supe que estaría bien.

Él suspiró. “Nena...”

“No me llames así. No soy nada tuyo.”

Él apoyó las palmas de sus manos sobre la mesa como si estuviera deliberadamente intentando no volver a alargar las manos hacia mí. “Amy.” Él esperó, y cuando no dije nada, continuó. “¿Cuándo puedo volver a verte?”

“No va a pasar, Zac.”

“No. Me niego a creerlo.” Se cruzó de brazos y parecía estar esperando a que yo dijera algo.

Pero yo había terminado la conversación, había terminado con él, había terminado con el loco baile que mi corazón y mis hormonas estaban haciendo. Me levanté para marcharme. Parte de mí esperaba que él me detuviera, pero no lo hizo. Simplemente se quedó allí sentado, una sonrisa perezosa en su rostro.

Una mujer se acercó a él mientras yo estaba pensando en un comentario de despedida. Ella era esbelta y alta, su rostro del tipo que adornaba las portadas de las revistas con una boca que ponía morritos, altas mejillas, y grandes ojos ovalados.

La sonrisa de Zac se desvaneció. Él le frunció el ceño. “Rachel. Hola.”

“Hola, Zacky,” arrulló la mujer. Ella besó su mejilla, muy cerca de su boca. Él no reaccionó. “Cuanto tiempo sin verte.”

Él me echó una mirada por encima de su hombro. Me di cuenta de que yo estaba mirando fijamente y rápidamente desvié la mirada. “¿Estás bien, Rachel?”

“Hmm,” murmuró ella a través de su sonrisa. “Mejor ahora que te he visto.”

“Ah, ahora no es un buen momento.”

La mujer pareció verme por primera vez. Avergonzada por haber sido pillada mientras les miraba, cogí mi bolso y me dirigí hacia la salida.

“Amy, espera.” Zac me alcanzó y se puso a mi lado. “Siento todo eso.”

“¿Una de entre tus docenas de ex novias?”

Él hizo una pausa antes de decir, “Sí.”

Su honestidad me sorprendió y mis pasos fallaron. Él me cogió del codo para estabilizarme y nuestras miradas se encontraron. Sentía que había caído en sus redes y no podía salir. Peor que eso: no quería salir.

Su pulgar acariciaba mi brazo. “Cuando se corra la voz sobre nuestro matrimonio, dejarán de molestarme. Ojalá pudiera mentirte y decirte que ella será la única...” Se encogió de hombros.

Estaba demasiado asombrada como para saber qué pensar de todo eso. ¿Exactamente cuántas ex novias había? ¿Y por qué me importaba? ¿Por qué sentía como si un par de pinzas estuvieran pellizcando mi corazón?

Dejé que me guiara fuera del bar cogidos de la mano. Las cabezas se giraban para observarnos, ojos curiosos evaluaban a Zac y, para mi sorpresa, a mí. Probablemente preguntándose qué estaba haciendo un tío tan sexi con una rubia simple. Aún más sorprendente era que sacaron teléfonos móviles y nos hicieron fotos. ¿Por qué demonios querían unos completos desconocidos fotos de nosotros? ¿Para demostrarle a sus amigos que habían visto a Zac Kavanagh en la ciudad con su última conquista? La gente era rara.

“Mi coche está aparcado allí,” le dije una vez estuvimos fuera. Intenté liberar mi mano, pero él no la soltó.

Me guio hasta mi coche y le dejé que lo hiciera. De todos modos era más seguro no caminar sola de noche. Pulsé el botón de abrir en mi llave y estaba a punto de darle las gracias, pero él de repente estaba justo *ahí*, más cerca que antes. Apoyó las manos en mis caderas y me presionó contra el coche, suavemente, como si le preocupara lastimarme o darme una razón para empujarle.

Su rostro se acercó más. Incluso bajo la escasa luz, pude ver sus ojos turbados, el deseo que suavizaba su rostro, su mandíbula floja. Sus labios rozaron los míos, un beso delicado que hizo que mis entrañas dieran volteretas. Su aroma me envolvía, tan embriagador como una droga, y mucho más adictivo.

Era suficiente para que mi cerebro dejara de funcionar. Era la única explicación para lo que hice a continuación. Me incliné hacia él, rodeándole la cintura con mis brazos, sujetándole lo más cerca posible. Le devolví el beso. Quería esos labios aplastados contra los míos. Quería que la burbuja de deseo que se alojaba en mi interior creciera para consumirme. Las emociones que surgían por mi cuerpo eran tan poderosas que sentía como si una ola me estuviera arrastrando hacia el mar. Y no me importaba.

Los muros en los que había trabajado tan duro para construir durante tantos años se desvanecieron con ese único ardiente y exigente beso. Una distante parte de mí estaba molesta conmigo mismo, y avergonzada, pero fue fácilmente suprimida. Demasiado fácilmente.

“Ven a casa conmigo,” murmuró contra mi boca.

Que Dios me ayude. Dije “Sí” en un segundo.

Él me alejó de mi coche hasta la gran furgoneta negra aparcada calle abajo del mío. Él abrió la puerta para mí y me ayudó a entrar, y luego corrió hacia el lado del conductor. Condujimos en silencio. O tanto silencio como podía haber con mi corazón latiendo al ritmo de *hazlo, hazlo, hazlo* una y otra vez.

Como si yo necesitara ánimos.

Había esperado que Zac viviera en un apartamento, probablemente en la suite del ático, pero llegamos a una casa en Serendipity Bend, ese exclusivo suburbio al otro lado del río, donde las propiedades privadas eran del tamaño de campos de fútbol. Esta casa era pequeña comparada con las otras que sabía estaban detrás de altas vallas. Estaba construida con la oscura piedra local que se usaba para construir las casas más antiguas de Roxburg. La línea de su tejado parecían dientes serrados, todo pendientes inclinadas y montones de chimeneas, y las ventanas estaban cubiertas con persianas. Estaba cerca de la calle, junto a una puerta de hierro detrás de la cual se extendía un camino hacia la oscuridad. Me di cuenta de que la casa de Zac era la casa del guarda de la mansión mayor que estaba más atrás. Parecía equivocado para un hombre como Zac: surfista, empresario, mujeriego. Me preguntaba cuántas mujeres estaban impresionadas por su falta de sofisticación, el pintoresco porche, y el anticuado jardín que florecía a su alrededor.

“¿Vives aquí?” pregunté cuando él cerró la puerta principal detrás de mí.

“Sí.” Me observó con esos brillantes ojos suyos, como si intentara calibrar mis pensamientos. “¿Te gusta?”

Observé las gastadas escaleras con moqueta que llevaban al siguiente nivel y la chaqueta colgada del mueble recibidor. El suelo de baldosas negras y blancas estaba un poco descolorido en algunos lugares, pero no estaba desconchado. Vi una enorme chimenea de madera negra a través de una puerta a la izquierda, y fotografías alineadas sobre la repisa de la chimenea. Parecía un hogar, y uno bien cómodo.

“Sí.”

“Bien.” Parecía estar a punto de decir algo más, pero cerró la boca. Me cogió de la mano. “Deja que te enseñe el resto.”

Liberé mi mano. “No he venido para que me enseñes la casa.”

La decepción cerró sus ojos y apretó sus labios.

Me giré, no queriendo verlo.

Él apoyó su mano en la parte baja de mi espalda. “Si no quieres hacer esto...”

“Quiero hacerlo. ¿El dormitorio está ahí arriba?”

Él suspiró. Esa no era el tipo de reacción a la que estaba acostumbrada después de preguntarle a un hombre dónde estaba su dormitorio. “Sí.”

“Entonces vamos antes de que cambie de idea.”

CAPÍTULO 5

Subí las escaleras y Zac me siguió, su mirada en mi trasero. O eso suponía. Él me guio hacia su dormitorio, que olía a pintura nueva y parecía dos veces más grande de lo que una habitación en este estilo de casa debería ser. La cama era similar a la de su suite del hotel en Las Vegas, cubierta de grises carbón, negros, y plateados, con sábanas blancas como la nieve. Estaba hecha. ¿Había sabido que yo vendría, o hacía su cama cada mañana? ¿A quién estaba engañando? Probablemente tenía un ama de llaves que venía todos los días.

“Amy...”

“Shhh.” Presioné mi dedo contra sus labios. “No puedo hacer esto si hablas.”

Sus cejas se elevaron, pero se abstuvo de preguntarme por qué. Me dedicó un breve gesto con la cabeza y luego, suavemente, retiró mi mano, solo para presionar mi muñeca con su boca. Besó la sensible piel, recorriendo las venas subiendo por mi brazo hasta el interior de mi codo. Hacía cosquillas y, al mismo tiempo, era una sensación extrañamente traviesa. Acaricié su pelo con mi otra mano, disfrutando de la sedosidad de los oscuros mechones.

Su boca progresó hasta mi hombro, donde mi manga le bloqueaba el camino. Pasó sobre ella y enterró la cara en mi garganta. Respiró hondo, aspirándome dentro de sus pulmones, y soltó el suspiro más satisfecho. Sus brazos me rodearon, ambos rodeándome con facilidad. Me hacía sentir pequeña y delicada, amada y segura.

Aplané mi cuerpo contra el suyo. Él era todo planos duros, y no solo su pecho y sus abdominales, sino también su polla. Presionaba contra su bragueta, suplicando su liberación. Serpenteé mi mano entre nosotros y le sostuve. Él aspiró aire entre dientes.

“Zorra,” murmuró contra mi pelo.

Sonreí y le levanté la camisa. Se la quitó y conseguí ver de nuevo ese magnífico pecho, esos hombros duros como rocas. Las ondulaciones me fascinaban. No podía apartar los ojos de ellos, ni mis manos. Recorrí los tendones como cuerdas, los músculos abultados, los bultos y valles, mi mirada recorriéndolo todo. Fascinante. Hermoso. ¿Cómo conseguía este hombre ser tan guapo? Parecía injusto que un ser humano poseyera tanta perfección física. Parecía aún más injusto que yo estuviera en su dormitorio a punto de hacer el amor con él.

Me retiré, asombrada conmigo misma y con la dirección que estaban tomando mis pensamientos.

“No.” La nota de desesperación volvió ronca mi voz. Tomó mi rostro entre sus manos y también acarició mi cabello. “No te vayas. Dame esta noche. Por favor.” Él no esperó mi respuesta, sino que presionó mis labios contra los míos.

¿Cómo había sabido que eso sería suficiente para convencerme? Estaba enganchada a él a través de nuestros labios, incapaz de alejarme. Era como si fuéramos imanes, norte y sur, y separarnos era simplemente demasiado duro.

Desabrochó tentativamente los botones de mis pantalones y sacó mi top. Nos separamos el tiempo suficiente para que él me lo quitara por la cabeza, y luego volvimos al beso. Desabroché

mi sujetador y me lo quité para poder sentir su piel desnuda contra mis pezones. Él gruñó suavemente cuando sus manos se extendieron por toda la parte baja de mi espalda.

Nos quitamos el resto de nuestra ropa aturdidos. No estaba segura de quién quitó qué, pero de algún modo nos desnudamos juntos. Todavía estamos cerca de la cama, ninguno de los dos moviéndonos hacia ella. Yo he retrocedido, queriendo verle, y sin importar que él pudiera verme. De algún modo no importaba. Su encendida mirada me hacía sentir hermosa. No había juicio en sus ojos, ni decepción.

Parecía que ambos tuvimos la misma idea al mismo tiempo y volvimos a cubrir la distancia, entrechocando nuestras bocas con urgencia. El beso fue más fervoroso, más hambriento, y nuestras manos se movían por todas partes. Nos tocamos y nos provocamos, acariciamos y sondeamos, hasta que ambos estuvimos jadeando y gimiendo. Su respiración se cortó más de una vez, como si fuera a decir algo, pero debió habérselo pensado mejor y se quedó en silencio. No importaba. No quería charla. Hablar podría romper el hechizo que me habían lanzado, que me estaba llevando a acceder a acostarme con un hombre al que apenas conocía, y que era todo lo que despreciaba en un tío. Y no quería que el hechizo se rompiera.

Su dedo encontró mis pliegues, me abrió, y se deslizó dentro. Jadeé contra su boca y luego me froté contra su mano. Otro dedo se unió a su compañero, y luego otro. Sus nudillos frotaron contra mi sensible clítoris y grité. Me agarré a sus hombros, clavando mis dedos en su carne, y me aferré a él cuando la ola del orgasmo creció dentro de mí.

Pero él retiró su dedo. “No,” sollocé.

Le sentí sonreír contra mi frente. “Pronto, nena. Pronto.”

Casi supliqué, pero conseguí convertirlo en un quejido cuando me cogió en brazos. Me llevó hasta la cama y me tumbó suavemente sobre mi espalda.

“Date la vuelta,” murmuró.

“¿Por qué?”

“Porque he estado admirando ese culo tuyo con ropa puesta y ahora quiero admirarlo sin ropa.”

Me doy la vuelta y mi cuerpo se pone tenso, preguntándome qué demonios iba a hacer. Algo suave y húmedo—su lengua—recorrió mi columna vertebral hasta el hoyo en la base. Su mano separó mis muslos y me abrió para él. Provocó mi protuberancia con su pulgar y lamió la raja entre mis nalgas.

Me retorcí y gruñí cuando sensaciones familiares palpitaron dentro de mí. Arqueé mi espalda, empujándome contra él, disfrutando del frustrado gemido que salió de su garganta. Se tumbó sobre mí, su delantera contra mi espalda, su peso sobre sus codos y dedos de los pies. Su dura longitud se deslizó entre mis muslos y encontró mi abertura.

“Amy,” susurró en mi pelo. “Ah, nena, muy bien.”

Me sacudí de repente cuando la cabeza tocó mi clítoris y él se deslizó dentro con un gruñido que resonó por toda la habitación. Él guio mis brazos por encima de mi cabeza y sujetó mis manos bajo una de las suyas. No había fuerza en su sujeción. Podría haberlas movido si hubiera querido. Pero no quería.

Besó mi nuca por debajo de la línea de mi pelo, mis omoplatos, mi mejilla. Me gustaba la posición, pero no era suficiente. Yo necesitaba verle, ver ese cuerpo montándome, para deleitarme con la visión de este hombre. Podría ser la única vez que pudiera confiarle a mi memoria así, y yo iba a sacar el mayor provecho de todo ello.

Como si él estuviera pensando en lo mismo, él se retiró de mí y metió la mano en el cajón de su mesilla. Abrió el envoltorio de un condón y se lo puso en el tiempo que yo tardé en parpadear.

Era un experto, eso es incuestionable. Se tumbó de espaldas y me coloqué por encima de él. No intercambiamos palabras. No se necesitaban. Era como si yo supiera lo que él quería intentar a continuación y él me conociera.

Me senté sobre su polla, despacio, disfrutando de la fricción del condón y de su grosor expandiéndome. Sus ojos se cerraron con su gruñido, pero los volvió a abrir cuando me instalé en su base. Hice una pausa para recuperar el aliento y ajustar mi cuerpo para acomodar su tamaño. Él me llenó por completo.

Mi corazón latió ante la idea. Una parte de mí nos miraba desde arriba, unidos del modo más cercano posible. Una mano sujetaba mi cadera, la otra acariciaba la curva de mi pecho, mi cintura, y se apoyó en mi otra cadera. Me observaba con asombro en sus ojos, y algo más que no pude identificar. Esa mirada me mantenía cautiva mucho mejor que sus manos. No podía escapar de él en ese momento, sin importar cuanto mi cerebro me hubiera gritado que lo hiciera.

Ahora estaba apagado por completo. Yo no estaba pensando, solo sintiendo, y mirando, y disfrutando. Era como una isla baja que había sido inundada temporalmente por una ola en una tormenta. Reemergería más tarde. Pero por ahora estaba en silencio, afortunadamente.

Le monté despacio, pero parecía que el ritmo era demasiado lento para él. Con un gemido, él me hizo rodar sobre mi espalda y se clavó dentro de mí, rápido y con fuerza. Eso me gustaba también. Me gustaba todo mucho, mucho.

La presión empezó a crecer primero dentro de mis muslos, luego creció hacia fuera, amenazando con tragarme entera. Los ojos de Zac no abandonaron mi rostro, pero se velaron y sus labios se abrieron. No era solo deseo grabado en cada surco; era algo más. Algo profundo y tan grande que se cernía sobre nosotros. Cerré los ojos, incluso cuando la presión creció a un nivel que amenazaba con destrozarme.

“Mírame.” Su voz gutural no admitía discusión. Hice lo que me ordenaba. “Quiero mirarte a los ojos cuando te corras para mí. Quiero que me mires.”

Su rostro se acercó al mío, pero no me besó. Nos miramos fijamente y él bajó el ritmo, como si necesitara mantener lo inevitable controlado un poco más tiempo. Pero con él mirándome con tanta intensidad, era imposible retrasar mi orgasmo. Me golpeó con tanta fuerza que di sacudidas contra él y grité.

Él se contuvo solo un momento más y nos corrimos juntos, acunándonos el uno al otro. Me encantaba observar su rostro cambiar de color: de bronceado dorado a rosa ruborizado, floreciendo desde su garganta, subiendo por sus mejillas hasta la línea de su cabello. Me encantaba cómo sus labios formaban mi nombre, pero no salía ningún sonido. Me encantaba cómo podía sentir los latidos de su corazón estrellándose contra mis pechos, y cómo el ritmo del mío encajaba con el suyo en perfecta sincronía. Y especialmente me encantaba cómo sostenía mi mirada todo el tiempo, absorbiendo cada matiz de mi rostro mientras yo absorbía el suyo.

Retiré su pelo hacia atrás para verle mejor y me quedé sorprendida por la ternura en sus ojos, la profundidad de las emociones, el... amor.

Para, Amy. Basta de mierda sentimental.

Estaba permitiendo que la situación y el subidón de mi orgasmo afectaran mi buen juicio. Mis nervios tintineaban como cadenas sueltas, mi corazón todavía latía como loco, pero mi cerebro estaba empezando a funcionar de nuevo. Y no le gustó lo que vio.

Zac rodó y se quitó el condón. Lo tiró en la papelera del cuarto de baño y regresó a mí, una pequeña sonrisa en sus labios. Se sentó en la cama cerca de mi cadera y apoyó una mano sobre el colchón a mi otro lado. Atrapándome. Parpadeó perezosamente, luego se inclinó para besarme. Se lo permití.

Pero me retiré antes de que profundizara el beso. Fingí un bostezo y me puse de lado, dándole la espalda. Su mano se quedó en mi cadera. El colchón se hundió bajo su peso.

“¿Amy?”

Cada músculo dentro de mí se tensó ante la súplica en su voz, pero encontré fuerzas en algún lugar en lo más profundo dentro de mí. Me senté. Busqué algo con lo que cubrirme, pero solo había almohadas cerca de mi cabeza, y colocar una delante de mí parecía un poco petulante en este momento.

“Tú ganas,” dije sin mirarle. No podía mirarle. Sus ojos eran mi debilidad. “Me rendí. Caí en tus encantos y me metiste en tu cama. Añádeme a tu cuenta.”

El silencio fue tan largo y forzado que casi me obligó a mirarle. “No es así,” dijo finalmente. “A ver, te quiero en mi cama, por supuesto, pero también te quiero en mi vida.”

Me reí con sorna. “¿Eso es cierto?” Dios, sonaba como una arpía. Formé puños con mis manos y los coloqué a los costados.

“¿Es eso lo que piensas honestamente después de lo que acabamos de compartir?”

¿Qué acabábamos de compartir, aparte de fluidos corporales? “Solo fue sexo, Zac. Nada más.” Fui a levantarme de la cama, pero él sujetó mi brazo.

“De ninguna manera. No lo fue y lo sabes.”

Me solté de un tirón y me levanté de la cama. Recogí mis prendas de vestir, consciente de que él me estaba mirando fijamente. Siempre consciente de él. “Querías acostarte conmigo y ahora ya lo has hecho. Felicidades. ¿Puedo unirme ahora a un club especial? ¿El club de ‘Me he acostado con Zac Kavanagh’? Oh, espera, en realidad no es tan exclusivo. Probablemente la mitad de las mujeres de Roxburg ya pertenecen a él.”

Ante mi absoluta sorpresa, él se rio. Fue una risa calmada y gutural, y contenía poco humor, pero fue una risa de todos modos. “Vale, quizás me he merecido algo de eso. No todo, pero algo. Pero hay un problema con tu teoría.”

Eso hizo que le mirara. Me miraba con una sonrisa en los labios que no le llegaba a los ojos. “¿Crees que necesito tomarme tantas molestias para echar un polvo?”

“¿Eh?” Sonaba como una idiota. Justo entonces me sentía como una idiota. Había caído por el hombre al que había estado intentando evitar toda la semana. Definitivamente estúpida.

“¿Crees que me tomaría la molestia de casarme antes de llevarte a la cama? Habrías sucumbido el pasado sábado y esta noche, con o sin certificado de matrimonio.” Era lo más arrogante que había dicho nunca, y aún así no sonaba arrogante. Hablaba como si tal cosa, como si solo me lo estuviera diciendo tal y como era. “Y lo sabes.”

Me puse la ropa interior y me abroché el sujetador. Me sentía un poco menos vulnerable, pero no más en control de la situación de lo que había estado toda la noche. Zac había tenido el control total, me di cuenta, desde el momento en que entró en el bar. Él tenía poder sobre las mujeres. El tío era como Superman. Yo solo necesitaba encontrar su kriptonita.

“¿Es aquí donde traes a todas tus mujeres?” Quizás si eliminara su calmada confianza, su poder disminuiría. Quizás si le hiciera dudar que él tenía el control, que él me controlaba, podría recuperar algo del poder que había perdido al acostarme con él. “Este dormitorio debe haber visto mucha acción.”

Su pausa fue tan larga que le miré finalmente, después de abrocharme el pantalón. Me miró, parpadeando con incredulidad. “No,” dijo finalmente. “Tú eres la única a la que he traído nunca aquí. Y he tenido esta casa durante dos años.”

Me llegó el turno de mirarle fijamente boquiabierto. Seguramente esa era otra frase de ligue. Era posible que las mujeres le llevaran a su casa, supongo. Pero, ¿por qué no traería a nadie a esta

encantadora casa? Podía hacer que a la mayoría de las chicas se les cayeran las bragas con su sensación hogareña. Podrían haber soñado con felicidad doméstica allí con Zac incluso antes de que cerrara la puerta principal.

“Tengo otra casa en la ciudad,” continuó. “Un apartamento en Jefferson Street. Es... diferente a La Casa del Guarda.”

“¿Diferente cómo?” La pregunta estaba fuera antes de que la pensara.

“Contraté a una decoradora para que lo amueblara, y no le he hecho nada desde que lo compré. No hay comida en los armarios de la cocina, ni moqueta desgastada, y huele a desinfectante.” Su mirada había estado vagando por la habitación mientras hablaba, pero finalmente se posó de nuevo en mí. “Es temporal. Como las mujeres a las que llevo allí.”

Glup.

“No juegas limpio, Zac.” Me puse el top, escondiendo mi ruborizada cara mientras lo hacía.

“No estoy jugando a nada, Amy. Estoy viviendo mi vida como quiero vivirla, y te quiero en ella. Fin de la historia. Sin intenciones ocultas, ni intenciones de ningún tipo. Es lo que es.”

¿Y qué es? Casi se lo pregunté, pero sabía que la respuesta sería algo que no quería oír. Algo que socavaría el muro alrededor de mi corazón. Cogí mis sandalias, y cuando me enderecé, él estaba justo ahí delante de mí. Desnudo. Guapo. Devastador.

“Eres una cobarde, Amy.”

Reculé. “¿Perdona?”

“Tienes miedos, y sabes cuales son, pero estás demasiado asustada como para enfrentarte a ellos. Mientras estás sobria.”

Solté un suspiro. “Sí, eso va a mantenerme más tiempo en tu cama.”

Sus labios se volvieron blancos. Fue la única advertencia de lo que iba a venir a continuación. “¡No te quiero solo en mi cama!” Fue la primera vez que me había levantado la voz. No me gustó, pero yo lo había provocado, así que tenía que soportarlo o en realidad sería lo que me había acusado: una cobarde. “Quiero ser tu marido. Quiero ser el único para ti, y quiero que seas mía. Quiero que me cuentes tus secretos, y quiero que también mantengas los míos seguros. Quiero hablar contigo toda la noche, sobre todo. Quiero que confíes en mí con todo tu corazón.” Su voz se suavizó cuanto más avanzaba con su discurso, hasta que fue apenas un susurro. Pero fueron esas palabras susurradas las que tuvieron más impacto. “Conocí a esa mujer el sábado por la noche. He visto un destello de ella otra vez esta noche, y no quiero que huya.”

Palabras poderosas. Si había estado borracha el pasado sábado por la noche, no me extrañaba que hubiera caído por ellas.

Pero yo no estaba borracha esta noche.

“Esa mujer no existe. Lo siento, Zac, pero deberías haber esperado a verme en mi hábitat natural. No es bonito. Es aburrido. Soy aburrida.”

“No, no lo eres.”

Me reí con sorna. “Como he dicho, me viste borracha. Esta es el yo real. Esta es la mujer que soy. No soy excitante, no me río tanto, y no me acuesto con tipos como tú, y mucho menos me caso con ellos. ¿Lo pillas? Ahora, si me disculpas, tengo que irme.”

Salí del dormitorio. Estaba esperando que me detuviera, pero no lo hizo. Me dirigí escaleras abajo.

“Espera,” llamó desde arriba. Su voz tenía una nota de pánico. Fue por eso por lo que me detuve. No porque quisiera, sino porque quería saber por qué se sentía ansioso. Eso y porque quería volver a ver su cuerpo desnudo. “Concédeme el fin de semana,” dijo.

“¿Quieres que pasemos todo el fin de semana juntos?”

Él bajó las escaleras y se detuvo en el escalón más bajo. “Sí. Empezando ahora. Todo un fin de semana juntos.”

“Estás loco. Tengo trabajo que hacer.”

“Hazlo aquí.”

“Mientras tú haces ¿qué? Puedo asegurarte que estaré trabajando. No habrá sexo.”

Su boca se torció hacia un lado. “¿Ni siquiera oral?”

Tuve que presionar mis labios para suprimir la risa, pero tuve la sensación de que se dio cuenta. Maldito sea. “No.”

“Eso suena a que has aceptado pasar el fin de semana.”

“¿No lo he hecho!”

“Sí. Estás estableciendo reglas.” Se cruzó de brazos sobre su magnífico pecho, haciendo que sus bíceps abultaran. Desvié mi mirada de ellos. “Las reglas significan que has aceptado jugar.”

Le dediqué una mirada fulminante. “Pensaba que esto no era un juego.”

“No lo es. Es un fin de semana juntos. Todo un fin de semana para yo poder convencerte de que nuestro matrimonio podría funcionar.”

“O un fin de semana para que yo te convenza de conseguir la anulación.”

“Eso no va a pasar.”

Tan arrogante. Sería un absoluto placer bajarle los humos. “De hecho, me voy a librar fácilmente,” dije. “En realidad no tengo que ser convincente. Solo tengo que ser mi yo habitual. Estarás tan contento de librarte de mí el lunes por la mañana que me sacarás por la puerta a empujones.”

Él besó mi nariz de repente. “Sellado con un beso.”

“Eso no ha sido un beso.”

“¿Me darías uno adecuado?”

“¿No!”

“Entonces aceptaré lo que pueda conseguir.”

Solté un sonido de disgusto. Se le daba bien modificar las palabras para que le vinieran bien. De los hombres como él se dice que tienen un pico de oro. Decidí que no era ruin. Era demasiado bueno para ser marcado como ruin, pero definitivamente tenía un piquito de oro.

“Tengo que ir a casa a coger algo de ropa y mi ordenador. Y también necesito recoger mi coche.”

Él sonrió y algo dentro de mí dio un vuelco por el impacto. “Dame un minuto para vestirme.”

Admiré su prieto culo mientras subía los escalones de dos en dos. ¿Qué acababa de suceder? Me sentía un poco mareada, como si acabara de salir de un trance. Sí, su poder sobrehumano era definitivamente conseguir que las mujeres hicieran lo que el quisiera. Nada más podía explicar por qué había aceptado tan fácilmente.

Me condujo hasta mi coche, aparcado cerca de The Hub. Intentó darme conversación, pero yo simplemente le di respuestas sencillas, nada que revelara demasiado. A él no pareció importarle. Me metí en mi coche y él me siguió hasta mi apartamento. Me preocupé brevemente por el hecho de que él supiera donde vivía yo, pero decidí que ya habíamos pasado ese punto. Él ya podría haberme hecho daño una docena de veces, y probablemente descubrió mi nombre completo la noche en que nos casamos, lo cual podría fácilmente haberle llevado hasta mi dirección.

“¿Sabes mi nombre completo?” pregunté cuando volvimos a la casa.

“Es Amy Jane Grant. ¿Mantendrás tu nombre de soltera o lo cambiarás a Kavanagh?”

“¿Qu... qué?”

Él sonrió. “Deberías haber visto la expresión de tu cara. No tiene precio.”

Le di un golpe en el brazo y pasé junto a él para subir las escaleras. “¿Dónde está la habitación de invitados?”

“No tengo ninguna en este momento. Estoy renovando los otros dormitorios.”

Continué y comprobé las otras habitaciones de arriba. El baño principal parecía completamente nuevo, pero tenía razón. Los dormitorios estaban vacíos y el papel de la pared se estaba desprendiendo. “Parece que vas a tener que dormir en el sofá,” le dije.

“O compartir la cama con mi esposa.”

“Esposa distanciada. Y no, no la compartirás.” Cerré de un portazo la puerta del dormitorio, casi golpeándole en la cara. ¡Ja! Chúpate esa, Don Pico de Oro.

“No puedes encerrarte ahí todo el fin de semana,” dijo a través de la puerta. Sonaba divertido. ¿Qué podía encontrar divertido ahora?

“¿Por qué no?”

“Eso no es parte del acuerdo.”

“No recuerdo haber firmado ningún acuerdo. Soy abogada, ¿recuerdas? Los contratos son mi vida.”

Él abrió la puerta. “Tampoco hay cerradura.”

Me puse las manos en las caderas. “¿En serio estás insistiendo en dormir conmigo?”

Él miró la cama y se mordió el labio. “Es una cama grande. Cabemos los dos sin tocarnos.”

“Lo dudo.”

Él sonrió despacio. “No confías en poder mantener las manos lejos de mí, ¿eh?”

“Ja ja. No, es de ti de quien no me fío. Probablemente me convencerás para que toque ese pico de oro tuyo.”

“Pero todavía no he usado mi pico en ti.”

Abrí la boca para decirle que ya me había convencido para hacer demasiadas cosas, pero volví a cerrarla. Él no se refería a hablar. Mi rostro se ruborizó, produciendo otra sonrisa de Zac.

“Me encanta cuando tus mejillas se ruborizan así y te avergüenzas. Me encanta saber que tengo el poder de hacer que te enciendas, Señora Fría Bajo Presión.”

¿Yo? ¿Fría bajo presión? Improbable. Y sí, él tenía el poder de hacerme ruborizar, vale, y mucho más que eso.

Me entretuve deshaciendo mi equipaje sobre una silla posicionada cerca del ventanal. Mantuvo mis manos y mi mente ocupadas mientras batallaba por mantener la calma. Detrás de mí, podía oír a Zac moviéndose por el cuarto de baño en suite. Salió unos minutos más tarde, mientras yo estaba sacando mis zapatos.

“Um,” dijo detrás de mí.

Di un salto y me giré para mirarle. “¿Qué quieres decir con ‘um’?” Él iba a burlarse de mí por los ordenados montones de ropa, colocados en orden, con las prendas más grandes debajo. Entonces le diría que eso es lo que yo hacía, y lo que yo era: una aburrida friki del orden.

Pero todo lo que dijo fue, “Es una noche cálida. No necesitas pijama.”

“No duermo desnuda. Si hay una emergencia en mitad de la noche, no quiero que me pillen fuera sin nada puesto.”

“Buena observación. Es por eso por lo que yo tampoco duermo desnudo.” Rodeó mi cintura con sus brazos antes de que yo tuviera oportunidad de moverme, y me besó ligeramente en los labios. Luego se alejó, y juro que todo mi cuerpo suspiró por la pérdida de su tacto. Traidor. “Buenas noches, Amy.”

“¿Oh?” dije con voz ronca. “Oh. Vale. Buenas noches.”

La comisura de su boca formó una sonrisa torcida. “Suenas decepcionada. ¿Quieres que me quede?”

“¡No!”

“Sí, pero no quieres admitirlo.”

Pensé en coger un zapato y lanzárselo, pero mi puntería era terrible y sería más vergonzoso si fallara. “Buenas noches, Zac.”

Él cogió una bolsa pequeña con sus cosas de encima de la cama, donde la había dejado, y salió. Podría jurar que le había oído reírse incluso después de que la puerta se cerrara.

Me senté en la cama, no preparada para cambiarme todavía, aún cuando era casi medianoche y estaba cansada. Miré fijamente la puerta, medio esperando que él volviera a entrar y me dijera que estaba de broma, y que iba a quedarse en la cama conmigo.

Parte de mí deseaba que lo hiciera, la parte que controlaba mi libido y pensaba que Zac Kavanagh era el hombre más sexi con el que había tenido el privilegio de acostarme. Suspiré y me tumbé en la cama, mirando el techo. Vaya día más surrealista. Estaba casada con Zac Kavanagh, quien pensaba que estaba completamente enamorado de mí. De verdad. A mi madre le darían ataques de alegría si supiera que yo estaba pasando todo el fin de semana con él, y él esperaba que permaneciéramos casados.

Cuanto menos supiera mi madre sobre este acuerdo, mejor. De todos modos todo habría acabado la semana que viene, con nuestra anulación siguiendo su curso a través del sistema legal. Habría documentos que firmar y probablemente debería investigar las ramificaciones en vez de esperar que su abogado se ocupara de todo. Después de todo, él era un Kavanagh, y un abogado de los Kavanagh solo intentaría proteger los intereses de la familia Kavanagh.

Me senté de golpe. Parpadeé mirando la puerta. Zac quería seguir estando casado conmigo, y todavía no me había pedido que firmara ningún tipo de acuerdo pre-matrimonial. Podía alejarme sin una fortuna si quisiera. Quizás él no había pensado en uno. Quizás era demasiado inocente como para pensar en organizar uno. Una vez que se lo contara a su familia, ellos insistirían, naturalmente, pero él obviamente todavía no se lo había contado a su familia. Tendría tres hermanos Kavanagh mayores aporreando mi puerta si lo hubiera hecho. Era difícil que Zac no hubiera pensado en hacerme firmar algo, incluso después de que el matrimonio hubiera tenido lugar, pero él no lo había mencionado ni una sola vez. Estaba asumiendo un enorme riesgo.

Me puse mi pijama y me cepillé los dientes antes de meterme en la cama. Escuché los sonidos de las viejas planchas de madera del suelo crujiendo mientras se acomodaban al aire más frío de la noche. Más de una vez pensé que era Zac subiendo para unirse a mí en la cama, pero él nunca vino. Dormí sola, pero profundamente.

CAPÍTULO 6

“¿Qué es esto?” Miré fijamente el trozo de papel que Zac me había tendido. En realidad, él no me lo había dado. Había colocado una bandeja en mi regazo con un plato y tres gardenias blancas flotando en un pequeño bol lleno de agua. La nota estaba encima del plato. Él me había entregado la bandeja después de llamar a la puerta del dormitorio a las nueve. Yo ya estaba despierta, mi ordenador portátil abierto conmigo sentada en la cama. Me distrajeran del trabajo su pecho desnudo y el bulto en sus calzoncillos. Solo llevaba calzoncillos. De los apretados.

“Es nuestro aniversario, así que te he hecho el desayuno.”

“Estoy bastante segura de que la definición de un aniversario es algo que sucede anualmente, no semanalmente.”

“Entonces por eso no he podido encontrar ninguna referencia a aniversarios de una semana. ¿Sabías que el regalo tradicional para el primer año es papel, pero que un regalo más moderno es relojes? No estoy seguro de dónde podría encontrar un reloj hecho de papel, pero me imagino que tengo casi un año para que me hagan uno.”

“Tío, eres cabezota.”

“Ja.”

Le miré mientras dejaba la bandeja. “¿Qué significa ‘ja’?”

“Probablemente eras la única persona que me ha llamado cabezota en toda mi vida. La palabra caprichoso parece ser difundida mucho por la casa Kavanagh. Para ser justos, no le he dado muchos motivos a mi familia para que piensen que soy cabezota.”

“Tener una nueva novia cada semana probablemente no ha ayudado a tu causa.”

“Tendrán que cambiar de opinión ahora.”

“O no. Todavía no has demostrado que no tendrás una esposa diferente cada semana.”

Su buen humor se desvaneció, pero su mirada no se desvió de la mía. Apoyó una pesada mano sobre la sábana que cubría mi rodilla. “No es a ellos a quienes se lo tengo que demostrar.”

Tragué saliva y estudié la nota. Era un menú, enumerando varios platos de desayuno, la mayoría de ellos hechos con huevos, algunos incluyendo beicon. Todos sonaban deliciosos. “¿Tu cocinera va a hacerme el desayuno?”

Su cara se iluminó, señal de que su buen humor había regresado. “Le di a la cocinera el día libre. No quería que ella oyera tus gritos de éxtasis cuando te hiciera el amor. Además, a ella podría no gustarle la idea de nuestros cuerpos desnudos por toda la bancada de la cocina.”

Me quedé con la boca abierta. Él no lo decía en serio. ¿Verdad?

“Es broma, Amy. No tengo cocinera.”

“Eh...”

Él cogió mi barbilla, cerrándome la boca. “En cuanto al resto...”

“¿Qué?” chillé.

Él señaló el menú con la cabeza. “Dime qué te gustaría y te lo haré.”

“¿Sabes cocinar? ¿Todas estas cosas?”

“Mi madre se aseguró de que todos nosotros supiéramos cocinar?”

“¿Aprendiste de tu madre? Y yo que pensaba que ella habría tenido chefs y amas de llave toda su vida.”

“Sí. Ella insistió en que aprendiéramos cocina básica de la señora Matlock, nuestra cocinera cuando éramos niños. Mi madre quema las tostadas.”

Me reí y sacudí la cabeza.

Su mano tomó un lado de mi cara y su mirada se encontró con la mía. Él todavía estaba sonriendo. “Ahí está.”

Tuve la sensación de que iba a lamentar preguntarlo, pero lo hice de todos modos. “¿Ahí está qué?”

“Tu risa. He estado esperándola. Sabía que estaba acechando en algún lugar.” Me besó en la boca y luego se retiró antes de que yo tuviera oportunidad de devolvérselo. O de retirarme primero. “Entonces, ¿qué va a ser?”

Volví a mirar el menú escrito a mano, pero tardé un momento antes de que las palabras se colaran en mi nublado cerebro. “Huevos Florentina y beicon, por favor. ¿Me lo vas a subir aquí?” Miré alrededor para ver donde podría comer lejos de la cama. Quizás si quitara mis cosas de la silla...

“No, abajo. Te llamaré cuando esté preparado.” Volvió a coger la bandeja y sonrió de nuevo. “Sabía que no querrías comer en la cama.”

Y así se volvió a marchar. Mi mirada pasó a su trasero. Esos calzoncillos eran ajustados de verdad. Y tenía un buen culo, afilado por mucho surfing, de eso no había duda, al igual que el resto de su cuerpo.

Me duché y consideré cómo habría sabido que yo odiaba comer en la cama. Probablemente no era muy difícil de imaginar considerando mis otras manías.

Manías. ¿A quién quería engañar? Yo tenía problemas con P mayúscula. Entonces, ¿quién estaba más loco? ¿Yo con mis extraños hábitos, o Zac por conocerlos y aún así querer estar conmigo?

Me vestí y bajé a la cocina antes de que él me llamara. Justo estaba cocinando el beicon. La casa olía a café recién hecho y a huevos cocinados. Mi estómago rugió, ganándome una sonrisa de Zac.

“Casi a punto,” dijo.

“¿Puedo ayudar?”

“Todo está bajo control. Solo relájate.”

Me senté a la rústica mesa en la gran cocina de estilo rural y le observé trabajar. Aún iba vestido solo con los calzoncillos, y se había colocado un paño de cocina sobre el hombro. La visión me dio algo en lo que concentrarme aparte de en mi hambre. Desafortunadamente hizo poco por saciar el otro tipo de hambre que crecía dentro de mí también. Del tipo que hacía que mis partes femeninas palpitaran ante el recuerdo de la pasada noche.

Dejó el beicon y los huevos delante de mí y me presentó también zumo de naranja y café. Se encogió de hombros, como disculpándose. “No conseguí desayunar contigo el pasado domingo en Las Vegas.”

“¿Y?”

“Así que nunca descubrí si prefieres café o zumo por las mañanas. Te hice ambos.”

Miré el plato de huevos y beicon, el humeante café, y el zumo. Todo se volvió borroso durante un segundo antes de conseguir controlarme. “Esto es muy agradable. Gracias.”

“Un placer. Pero no esperes esto todas las mañanas. Yo también tengo que trabajar.”

Escogí concentrarme en la última parte de esa frase. Era más benigno. “Tienes tu propio negocio de ropa de surf, ¿verdad?”

“Eso es más bien mi hobby, no mi principal fuente de ingresos. Mantengo la cadena de tiendas por amor, pero invierto en otros negocios por dinero.” Dejó un plato y una taza de café en la mesa para él y empezó a comer.

“¿Y todavía te queda tiempo para renovar este sitio?”

“Tengo buenos gerentes en las tiendas, y las demás inversiones no necesitan mucho tiempo por mi parte.”

“¿Qué estabas haciendo en Las Vegas el pasado fin de semana? ¿Era trabajo o placer?”

“Un poco de ambos. Era mi cumpleaños y mis hermanos decidieron sacarme a pasar la noche.”

Solo los Kavanagh considerarían un viaje a Las Vegas como una salida nocturna. “Feliz cumpleaños. Siento que yo debería estar haciéndote el desayuno.”

“Gracias, y no, no tienes que hacerlo. Me hiciste un regalo el pasado fin de semana.”

“¿Oh? ¿Qué?”

Sus ojos brillaban mientras se metía beicon en la boca.

“Oh. Vale. Lo de casarnos. Y... después.” Le di un sorbo a mi café y fingí que el vapor estaba haciendo que mi cara se acalorase, no la vergüenza.

“También quería comprobar un lugar para una tienda de surf mientras estaba allí. Decidí no seguir adelante con aquello. No hay mucha demanda de ropa y tablas de surf en Las Vegas.”

Me reí y luego rápidamente suprimí la risa cuando vi que sus ojos se iluminaban. Le gustaba mi risa un poco demasiado. “¿Te llevas bien con tus hermanos?”

“Son mis mejores amigos.”

“¿Incluso Damon?” pregunté antes de poder detenerme.

Su sonrisa se volvió triste. “Especialmente Damon.”

Miré fijamente mi desayuno; de repente no sentía hambre. Si alguna vez necesitara una razón por la cual este matrimonio sería un desastre total, solo tenía que acordarme de Damon y mi papel en que él acabara en la cárcel. Puede que me gustara Zac—y me gustaba, me di cuenta con una sacudida—pero nunca podría funcionar nada serio entre nosotros. No es que yo quisiera, por supuesto.

“Somos los que más cerca estamos en edad y personalidad,” continuó, “así que supongo que es natural que conectáramos más al crecer.”

Casi bufé al oír eso. ¿Él pensaba que Damon era como él? Por lo que podía recordar, el hermano Kavanagh más joven era hosco y serio, con una vena rebelde tan larga como el Río Serendipity. Él había estado en el tribunal, sin sonreír, sin establecer contacto visual con nadie, incluso evitando a su familia, quienes estaban observando. Zac era lo contrario. Él nunca parecía dejar de sonreír, y rezumaba encanto y energía positiva. La gente gravitaba hacia él, mientras que cruzaban al otro lado de la calle para evitar a Damon, cubierto de tatuajes y montando en su moto. Sabiamente, como resultó al final. Él casi había matado a un hombre con sus manos desnudas.

“No es el cabrón que los periódicos han descrito,” añadió calladamente. “No debajo de todos esos tatuajes y su actitud. Es un buen tío. Honorable. Leal. Pero... afligido.” Hablaba de él con orgullo teñido de preocupación, como un padre lo haría de su hijo descarriado.

Mi corazón se suavizó aún más hacia Zac, y se endureció contra Damon. Antes, el Kavanagh número cinco había sido solo otro matón que me había alegrado poner fuera de circulación. Ahora era quien robaba la luz de los ojos de Zac y le borraba la sonrisa del rostro.

Por impulso, alargué la mano y toqué la muñeca de Zac. Su cabeza se levantó con una sacudida y parpadeó de sorpresa. Apreté, luego le solté y seguí comiendo. Mil respuestas corrían por mi cabeza, pero me mordí la lengua y me las guardé para mí. ‘Él no se merece un hermano como tú’ era la principal entre ellas, pero yo no tenía esa especie de relación brutalmente honesta con Zac. Ni la tendría nunca. Sentía lástima por ella, pero eso era todo.

“Puedes seguir con las preguntas,” dijo. “Contestaré todo lo que quieras.”

“¿Hice estas preguntas el fin de semana pasado?”

Él se rio y yo me quedé aliviada de que hubiera olvidado ya su melancolía. “Sí. Pero no me importa volver a responderlas.”

Casi le pedí que me hablara de sus otros hermanos y de sus padres, pero esa era una conversación para tortolitos que querían llegar a conocerse mejor. “No tengo más,” le dije finalmente.

Él se removió en su silla y siguió comiendo. “Yo tengo una,” dijo después de unos bocados.

“Adelante.”

“¿Cuándo voy a conocer a tu madre? Suena a que es todo un personaje.”

“No. Mi madre está más loca que yo.”

“Tú no estás loca, Amy.”

Puse los ojos en blanco. “No me llames extravagante.”

Él colocó su cuchillo y su tenedor juntos sobre su plato vacío y levantó las manos. “No me atrevería. Sé que lo odias.”

Vale, él totalmente ha adivinado eso. Seguramente.

“¿Sabe de mi existencia?” insistió.

“Ella estaba allí cuando llegó el certificado de matrimonio. Sabía lo que era antes de que lo supiera yo. Las bodas son algo así como su obsesión.” No sabía por qué había añadido eso.

“Y tú eres su única hija. Vaya, sin presiones.”

“Dímelo a mí.”

“No me sorprende que la idea del matrimonio te provoque ataques de pánico.”

“No es por eso.”

“Lo sé,” dijo sencillamente. “Lo siento.”

Al parecer él ya sabía lo de mi padre y mi falta de fe en la población masculina por su culpa. “No tienes nada por lo que disculpate.” Lo decía en serio. Él no había hecho nada malo, excepto desarrollar una obsesión malsana con una mujer muy inadecuada. Otras cuarenta y ocho horas deberían hacerle despertar.

Recogí los platos e insistí en lavarlos. Esperaba que él me dejara sola para vestirse, pero se quedó allí, apoyado contra la bancada de la cocina, brazos y tobillos cruzados.

“¿Cuánto trabajo tienes que hacer?” preguntó.

“Mucho.”

“¿Lo cubrirá la mañana? Me gustaría sacarte más tarde.”

“¿A dónde?”

“No lo he decidido.”

Paso mi mirada hacia él. ¡No se había decidido! Sonaba demasiado desorganizado para mí. “Si trabajo unas horas hoy y otras cuantas mañana, podría conseguirlo.”

“Bien. ¿Ahora mismo tienes un caso grande?”

Sumergí la sartén en el agua jabonosa y asentí.

“¿Sobre qué va?”

“No se me permite hablar de ello.”

“Debe ser importante.”

Me encogí de hombros.

Pasó un momento. Dos. “¿Puedes decirme en qué área de la ley trabajas?”

Mi corazón dio un vuelco sobre sí mismo. “En realidad no.”

Pasaron los segundos. Sentí su mirada quemando el lado de mi cabeza, pero no me atreví a mirar en su dirección. Me concentré en lavar los platos frotando como si se me fuera la vida en ello. Ni una mota de grasa de beicon se me escapó.

Zac se separó de la bancada y salió de mi línea de visión. Pensé que iba a marcharse, pero sus brazos rodearon de repente mi cintura y su pecho chocó contra mi espalda. Besó mi nuca, enviando una oleada de cosquillas por mi espalda.

“Relájate, nena,” murmuró en mi oído. “No tienes que contarme nada que no quieras.”

Mis manos se paralizaron en el agua mientras él besaba mi garganta y mi oreja, bajando por mi hombro. Una de sus manos se aplanó contra mi estómago, mientras la otra encontraba mi pecho y se cerraba sobre él.

La sartén se deslizó de mis dedos enguantados y se hundió hasta el fondo del fregadero. Me recliné contra él y cerré los ojos. Me gustaba el modo en que mi piel se tensaba de anticipación, y cómo mi sangre palpitaba con más fuerza por mis venas. Podía sentir su corazón latiendo contra mi espalda. Era fuerte pero constante.

“Quiero hacerte el amor,” murmuró.

“Sí,” dije, la voz susurrante y sin sonar como la mía propia. “Por favor. Aquí.”

“En cualquier sitio que quieras.”

En vez de girarme en redondo, mete las manos debajo de mi top y pasa los dedos a lo largo del borde de las copas de mi sujetador. Sus nudillos rozaron el bulto de mis pechos, las puntas de sus dedos provocando mis pezones. Se me cortó el aliento en la garganta cuando el deseo me embargó.

Me había rendido demasiado fácilmente, me amonestó mi cerebro. Le hice callar y lo encerré. O más bien él lo hizo con sus grandes manos suavemente acariciando y masajeando. Gruñí y apoyé la cabeza contra su hombro. Besó mi sien, luego abrió la bragueta de mis vaqueros. Me los eché hacia abajo hasta que formaron un montón a mis pies. Detrás de mí, él descartó sus calzoncillos, siempre manteniendo una mano en mí. Yo todavía llevaba los guantes de goma.

Él se guio por debajo de mi culo y encontró mi abertura. Él era alto, así que me puse de puntillas, pero incluso eso no era suficientemente alto. Él me levantó de modo que mis pies abandonaron el suelo, y empujó dentro. Sin condón, como notó una distante parte de mí.

Me agarré al borde del fregadero y empujé mi trasero contra él, intentando recibir más de él dentro. Enganché mis pies alrededor de sus piernas, anclándome, y curvé mi cuerpo formando una S.

“Joder, eres sexi,” murmuró con voz ronca. “Nunca tengo suficiente de ti.” Me sostuvo con un brazo rodeándome la cintura, el otro serpenteando alrededor de mi cadera hasta mis húmedos pliegues y mi clitoris. Frotó, provocando una exclamación por mi parte. Mi respuesta fue como un detonante, y él aceleró el ritmo de sus empujones. “Córrete conmigo, nena.”

Cabalgué sus dedos y su polla mientras el calor y la presión subían y subían, llevándome al borde. “¡Sí!” exclamé. “¡Oh, Zac, sííí!” Me tiré por el borde y volé.

Con un gruñido gutural, él salió de mí y se corrió sobre mi espalda y mi trasero.

Aspiré aire entre dientes mientras mi orgasmo remitía, dejándome sintiéndome como un cuenco de gelatina. Mis miembros estaban flojos, mi cuerpo un puñado de nervios fritos. Mi corazón casi se me salía del pecho.

Él me bajó hasta el suelo y me sujeté al fregadero con más fuerza para mantenerme erguida. Él usó un trapo para limpiarme, y luego sus brazos volvieron a estar a mi alrededor. Cada parte de nosotros se tocaba: nuestros pies, nuestras rodillas y caderas, nuestros torsos y cabezas. Su corazón estaba latiendo con tanta fuerza como el mío, y el ritmo era errático ahora, como me complació notar.

No hablamos por mucho tiempo. De todos modos no tenía palabras en mi cabeza. Nada podía describir lo que acababa de sentir. Era poderoso, y aún así no nos habíamos mirado a los ojos esta vez. ¿Cómo podía ser? ¿Por qué me había rendido tan fácilmente y me había corrido tan fácilmente? ¿Por qué quería llevarme a Zac a la cama y volver a hacerlo todo, pero más lento y de frente para poder ver sus ojos?

No tenía sentido. Yo ya no era lógica.

Se alejó de mí con un suspiro que resonó con mi silencio, y volvió a subirme la ropa interior y los vaqueros. Bajó mi top, luego besó la parte de atrás de mi cabeza. “Voy a darte una ducha.”

“Vale.” Mi voz sonaba ronca y dura. Cogí la sartén y la froté.

“Probablemente has acabado ya,” dijo, cogiéndola de mis manos enguantadas y dejándola en el escurrer platos. “Parece más limpia que cuando la compré.”

Él se marchó y dejé lo que estaba haciendo para verle marcharse. Él estaba completamente desnudo, sus calzoncillos arrugados en su mano, su trasero con aspecto delicioso para morderlo. Él de repente se giró en la puerta, me pilló mirándole, y sonrió.

Me giré en redondo y continué fregando. Maldito sea. Joder, joder, joder. Solo era sábado por la mañana y ya estaba lamentando mi decisión de quedarme todo el fin de semana.

No, eso no era cierto. *No* lamentaba mi decisión de quedarme. Ese era el problema.

Ambos trabajamos en la mesa de la cocina, los teclados de nuestros portátiles cliqueando en sincronización. Trabajamos durante tres horas seguidas, haciendo una pausa solo para tomar café y para contestar a mensajes de texto. Mi madre me escribió tres veces, preguntando el nombre de mi nuevo marido, y si consideraría vestirme de blanco en mi repetición de la boda, aún cuando era ‘inapropiado’. Ignoré todos sus mensajes excepto el último.

¿Estás bien? ¿Dónde estás? Voy a llamar a la policía si no me respondes en cinco minutos.

La llamé para que pudiera oír mi voz y le dije que estaba bien.

“¿Dónde estás?”

“En una casa en Serendipity Bend.”

“¡Oh Dios mío! ¡El Bend! Dime, ¿es la casa enorme?”

“No.”

“Por supuesto que lo es. Todas las casas en el Bend son enormes. Espera, pertenece a tu marido, ¿verdad?”

“Sí.” Pillé a Zac mirándome.

¿Madre? dijo sin hablar. Yo asentí con la cabeza. Me enseñó la pantalla de su teléfono. *Yo también.* Puso los ojos en blanco y sonrió.

“Debe estar emparentado con dinero viejo,” estaba diciendo mamá. “No hay demasiado dinero nuevo en el Bend. Oh Amy, ¿no habrás...?”

“¿No habrás qué?”

“Casarte con un viejo.”

“No, mamá. Y el matrimonio no va a durar. Estamos finalizando los detalles de la anulación ahora.” No me atreví a mirar a Zac, aunque sentí su mirada clavándose en mí.

“Qué pena.” Mamá chasqueó la lengua. “Asegúrate de que recibes lo que se te debe.”

“Tengo que colgar. Adiós.” Pulsé el botón de colgar y dejé el teléfono sobre la mesa.

Zac terminó de escribir un mensaje y luego también lo soltó. “Creo que las preguntas de nuestras madres eran probablemente similares.”

Lo dudaba. Apuesto a que su madre no le estaba diciendo que se asegurara de expresar todo lo que pudiera de su matrimonio. “¿Qué le has dicho a tus padres?” No quería saber sobre su familia—parecía demasiado personal—pero era probablemente más inteligente averiguar cuanto sabían.

“Que me casé en Las Vegas el fin de semana pasado con una chica genial y que no puedo esperar a que ella esté preparada para conocerles.”

“¿Y su respuesta?”

Él levantó un hombro. “Me dijeron que era inesperado, pero tienen fe en que haya elegido sabiamente.”

“Les has dicho que solo era una noche, ¿verdad?”

“Dieciséis horas y...”

“Veinte minutos. Lo sé.”

Su sonrisa iluminó toda su cara. “¿Ves? Ya estás terminando mis frases. Igual que una vieja pareja casada.”

Le lancé un lápiz. Lo cogió y se puso de pie. Se estiró a través de la mesa y lo volvió a colocar en la posición exacta en la que había estado momentos antes. Bueno, ja.

“Tus padres suenan tan locos como tú,” le dije.

Él lo consideró mientras volvía a sentarse. “Quizás. Mi familia es excéntrica. No locos, solo... extravagantes.”

Le dediqué una mirada fulminante.

“Admito que me ha sorprendido lo bien que se lo ha tomado mi madre.” Miró su teléfono móvil con el ceño fruncido. “Ella es un poco obsesa del control. Le gusta saber todo lo que pasa en esta familia. Reece la llama entrometida. Ash la llama cariñosa. Damon la evita, o solía hacerlo. Es un poco difícil evitarla donde está ahora. Blake y yo la aguantamos tal y como es. Me imagino que tenemos suerte de tener unos padres que se quieren con locura incluso ahora, a pesar de sus obvias diferencias, y que también nos quieren a todos por igual, incluso cuando la jodemos.”

“¿Consideran que la has jodido con esto? ¿Lo de casarte conmigo?”

De nuevo miró el teléfono con el ceño fruncido. “Es difícil de decir. Me han advertido de las posibles repercusiones y todos quieren conocerte. Quieren conocerte... ayer. No sé cuanto más tiempo puedo mantenerles alejados.”

“¿Les has contado algo sobre mí?” Me aclaré la garganta. “¿Mi nombre?”

Él ladeó la cabeza hacia un lado. “Por supuesto que les dije su nombre. Fue lo primero que les dije.”

Joder, maldición, y mierda. Continué leyendo el testimonio en mi pantalla, pero nada calaba. Él les había dicho mi nombre, pero claramente nadie me había recordado de hacía dos años, o le habrían llevado corriendo directamente a la oficina del abogado de la familia.

“Voy a preparar la comida,” dijo, apagando el teléfono. “Luego nos vamos a la playa. ¿Has traído bañador?”

Le miré boquiabierto. “Eh, no.”

“No pasa nada. Los venden en la tienda.”

“No quiero que me compres un bañador nuevo.”

“Los consigo a precio de costo, Amy. Puedo permitírmelo.”

Pensé en volverle a lanzar el lápiz porque sus ojos tenían ese brillo travieso que hacía que mis entrañas se volvieran de gelatina, pero decidí actuar con más madurez. “En realidad no me gusta la playa.”

“Eso es porque nunca has estado allí conmigo.”

“Vaya. ¡Arrogante!”

Él se alborotó el pelo e hizo una mueca. “Eso no ha sonado bien. Quiero decir, porque no te diviertes en la playa. Nunca te has permitido pasártelo bien allí. Una vez que dejes de preocuparte de la arena metiéndose en tu entrepierna, empezarás a disfrutar. Ahí es donde intervengo yo.”

“¿Vas a quitarme la arena de la entrepierna?”

“Por muy tentador que suene, no. Voy a hacerte olvidar la arena. Te lo estarás pasando demasiado bien como para notarla.”

Lo dudaba, pero mantuve la boca cerrada. Esta podía ser la oportunidad que necesitaba. Claramente a un tío que hacía surf y era el dueño de una cadena de tiendas de surf le encantaba la playa. Él vería lo incómoda que yo estaba allí y se preguntaría cómo podía haber pensado que seríamos compatibles.

“¿Entonces vamos a tu casa a que cojas el bañador, o vamos a comprarte uno nuevo?” preguntó.

“De compras.”

“¿No tienes bañador?”

Esta vez volví a lanzarle el lápiz. No se molestó en cogerlo, aún cuando podría haberlo hecho fácilmente, y rebotó en su bíceps, empujando contra su camiseta.

“¿Te sientes mejor?” preguntó, una sonrisa amenazando con aparecer en sus labios.

“No.”

“Quizás la próxima vez deberías intentarlo con un bolígrafo.” Recogió el lápiz y me lo tendió. “Dejará una marca más permanente. Mucho más satisfactorio.”

Le arrebaté el lápiz y recogí los demás artículos de papelería. “Quizás la próxima vez tiraré todo el ordenador. Ahora bien, *eso* sería satisfactorio.”

Él se rio y yo no pude evitar sonreír también. De repente me enganchó por la cintura y me besó con fuerza en los labios. “Dios, te qu...” Se interrumpió y tosió mientras me soltaba. Se ocupó cortando cosas para la ensalada mientras yo salía de la cocina con la bolsa de mi portátil colgada del hombro, mi corazón en la garganta.

Me senté en el escalón más bajo de la escalera. La idea de subirlas con mis piernas temblorosas era demasiado. Había pensado que ocurriría un ataque de pánico, pero no sucedió. La sensación que me llenaba no era ansiedad, era algo más. Algo que no podía identificar, pero que estaba mezclado con un pozo de tristeza que no tenía ningún sentido.

Nada tenía sentido. Quizás ese era el problema.

CAPÍTULO 7

Me decidí por un bañador negro de una pieza. Zac no había intentado influir en mi decisión en la tienda, aunque se quedó cerca de los estantes de los biquinis todo el tiempo. Sus empleados casi tuvieron ataques al corazón cuando le vieron, y luego empezaron a hacerme la pelota. Lamenté instantáneamente que hubiéramos salido de la casa. Era suficientemente malo que su familia supiera sobre mí, pero era incluso peor ahora que el público me había visto de su brazo. ¿Qué pensaban de su última mujer? ¿Estaban haciendo apuestas sobre cuanto tiempo durarían?

“Dejarán de mirar fijamente,” susurró Zac en mi oído mientras salíamos de la tienda. “Seremos noticia antigua dentro de unas semanas y se centrarán en alguna otra pareja.”

Ahí estaba de nuevo, me había leído los pensamientos. Me incomodó aún más.

Me llevó a Prospect Point, un lugar apartado frecuentado por surfistas. Con su tabla de surf debajo del brazo, me llevó desde el pequeño aparcamiento hasta la playa. Me cogió de la mano cuando tocamos la arena y le dejé que lo hiciera. Parecía apropiado considerando todo el sexo que habíamos tenido. La playa era larga y blanca, la arena suave y cálida bajo los dedos de mis pies. Esperaba que él me encontrara un sitio agradable para sentarme y mirar mientras él saltaba las olas con su tabla, pero me guió hacia el extremo más alejado del trozo de la playa con forma de media luna. Un delgado afloramiento rocoso protegía esta parte de algún modo, y las olas eran más suaves. Rodaban en vez de romperse, y unos cuantos surfistas novatos practicaban en el entorno más seguro.

Solté mi mano de un tirón cuando me di cuenta de lo que Zac tenía en mente. “No. De ninguna manera. No voy a subirme a esa tabla.”

“Yo la sostendré por ti.”

“¿Y si no sé nadar?”

“Sabes. También has hecho surf una vez antes. Me lo contaste esa noche justo después de que yo mencionara que me gustaba el surf. En realidad tuvimos una larga conversación sobre el tema.”

“Apuesto a que fue fascinante. Pero ese único intento de hacer surf fue cuando tenía dieciocho años y estaba intentando impresionar a un chico. Me caí, me vi arrollada por una gran ola, y me tragué mi peso en agua salada. Fue horrible.”

Me dio un beso en la frente. “Apuesto a que lo fue. Odio cuando eso sucede.”

“No me sigas la corriente, Zac. Tú no te caerías y comerías arena.”

“Me halaga que pienses que soy tan bueno, pero ni siquiera yo puedo permanecer sobre mi tabla cuando las olas están golpeándote con ganas allí.” Señaló con la cabeza las olas más grandes al otro lado de la formación rocosa, donde los surfistas veteranos jugaban. “Damon es un poco atrevido y hacía que todos estuviéramos ahí fuera cuando se estaban formando tormentas y las olas estaban altas.”

“Eso suena peligroso.”

“Puede serlo, pero ya no lo hacemos. Mis tres hermanos mayores están casados y tienen hijos ahora, o están a punto de ser padres, como es el caso de Ash, y son mucho más sensatos.”

“Y Damon no está aquí,” terminé pesadamente.

Un lado de su boca se torció. “No, no está.” Me apretó la mano. “¿Entonces qué? Yo sostengo la tabla mientras tú te subes.”

Miré las olas. “Me caeré.”

“Probablemente.”

“De ninguna manera puedo hacer eso,” dije, señalando con la cabeza a una chica de unos trece años, de pie sobre su tabla con piernas temblorosas, sus brazos estirados para buscar el equilibrio. Una enorme sonrisa dividía su cara mientras sus amigas la vitoreaban desde la playa.

“No espero que intentes ponerte de pie hoy.”

“¿Hoy? ¿Vas a hacerme volver mañana?”

“No. Mañana tengo otros planes.”

Oh. Entonces eso significaba *más allá de* mañana. Parecía que tenía mucho trabajo que hacer para convencerle de que accediera a la anulación.

Solté un suspiro. Vale, podía hacer esto. Una cosa era resistirme a él, y era una cosa totalmente diferente hacer que él pensara que yo era una cobarde.

Alargué las manos pidiendo la tabla, pero él insistió en llevarla por mí. La dejó en donde no cubría y me dio instrucciones para que me tumbara. En realidad me alegraba haber elegido un bañador. La parte de arriba del biquini probablemente se subiría y haría que estuviera constantemente preocupada por lo que estuviera enseñando.

“Rema con los brazos mientras yo empujo,” dijo él.

“No tienes que empujar.”

“Tendrás que practicar antes de que tus brazos tengan suficiente fuerza para llevarte suficientemente lejos. Deja de refunfuñar y solo acepta mi ayuda, Amy.”

No me había dado cuenta de que estuviera frunciendo el ceño. “Vale. Vamos.”

Las olas bañaron la parte de delante de la tabla, salpicándome la cara. Rápidamente aprendí a mantener la boca cerrada. Zac me llevó hasta aguas más profundas hasta que estuvimos a la altura de la cintura. Su cintura, no la mía.

“Esto valdrá para tu primera vez,” dijo. “Agárrate fuerte.”

Ya lo estaba haciendo. Mis nudillos se habían puesto blancos.

“Observa la ola cuando llegue. Espera al tipo correcto de ola.” Su mirada estaba en el agua, no en mí, y hablaba con tonos bajos y reconfortantes sobre el tipo de ola que debería estar buscando. Entonces anunció, “Esta.”

La ola me estaba empujando antes de darme cuenta de que él hubiera soltado la tabla. Navegué sobre su cresta... hasta que me caí después de solo medio metro o así. Me hundí bajo el agua. La tabla, unida a mi muñeca por una cuerda, tiró fuerte.

Manos rodearon mi cintura y tiraron de mí hacia arriba. Me limpié el agua de los ojos con una mano y arrastré la tabla con la otra. Dedos retiraron hacia atrás mi corto cabello de mi frente, y Zac me miró a la cara.

“Felicidades,” dijo. “Has estado encima mucho más tiempo que yo en mi primera vez.”

“¿Cuántos años tenías?”

Pensó en ello durante un momento. “Once o doce.”

“Me lo tomaré como un punto para mí. Once es suficientemente mayor.”

Él se rio y me ayudó a subirme a la tabla, volviendo a mirar hacia el océano abierto. “Eres competitiva, ¿verdad?”

“No asciendes en mi línea de trabajo sin una fuerte vena competitiva.”

“Te convertirán en socia pronto con esa actitud.”

Si yo trabajara para un bufete privado.

Volví a remar con Zac ayudándome, y pillé otras dos olas pequeñas, llegando cada vez más lejos antes de caerme. Él me alcanzó casi inmediatamente y me ayudó a ponerme de pie cada vez, aún cuando yo era capaz de hacerlo sin ayuda. ¿Cómo había llegado a mí tan rápido? En mi cuarto intento, recorrí todo el camino hasta la playa. Él aplaudió, metido hasta las rodillas en el agua detrás de mí. Intenté con todas mis fuerzas contener mi sonrisa, pero de todos modos me salió.

“Bien hecho,” dijo mientras yo empujaba la tabla de vuelta hacia él. Su rostro se puso serio de repente. “¡Dios mío! ¡Amy!”

Me toqué la nariz para limpiar cualquier cosa horrenda que debiera estar colgando de allí, pero estaba limpia. “¿Qué? ¿Qué es eso?”

“Te estás divirtiendo.” Una amplia sonrisa apareció, iluminando sus ojos.

Le di un puñetazo en el brazo. “¿Estás seguro de que tienes treinta años y no trece?”

“Según nuestra licencia de matrimonio, sí.”

Volvió a empujarme de nuevo sobre la tabla, una mano en la tabla entre nosotros, la otra en mi otro lado. Su brazo se apoyó en mi baja espalda. Fuimos más profundamente esta vez, y me giré hacia él para decir que ya era suficientemente lejos cuando él se detuvo. Le pillé mirándome el culo. Su rostro se ruborizó y él se encogió de hombros.

“Lo siento, pero no puedo evitarlo. Te ves jodidamente sexi con ese bañador. Voy a disfrutar quitándotelo más tarde.”

Fue una suerte que él no me soltara entonces, porque mi equilibrio estaba disperso. Hacer que mis hormonas saltaran mientras hacía surf no era una buena idea. Estaba a punto de decírselo cuando me hizo girar en redondo y me soltó.

Me sujeté y no llegué lejos. Caí al agua que me cubría por los muslos. Me giré para dedicarle un pulgar hacia arriba, y le descubrí surfeando con su cuerpo hacia mí con la siguiente ola. Hacía que pareciera muy fácil. Se detuvo delante de mí y plantó un beso en mi boca. Pasó de un simple pico a un beso profundo en un santiamén. Sus labios sabían a mar, salobres. El deseo me atravesó, feroz y poderoso, mientras me sujetaba contra su duro cuerpo húmedo. Sus manos me sostenían firmemente, una en mi trasero, la otra en mi pelo, y no me importaba quien nos viera. No me importaba nada excepto este hombre, su boca, su cuerpo, y de lo que esas manos y esa lengua eran capaces de hacer. A pesar de mi piel mojada, me sentía toda acalorada, mis mejillas encendidas. Mis músculos temblaron con el recuerdo del éxtasis al que me había llevado ya en numerosas ocasiones. En algún lugar, en lo profundo de mi mente donde el sentido común había conseguido esconderse tras una barrera, mi deseo por él me preocupaba.

“Quiero llevarte a casa,” dijo con voz ronca contra mi boca. “Ahora.”

Me retiré. Sacudí la cabeza. Tenía que decir que no, al menos una vez. No podía permitir que gobernara mi cuerpo así. Solo llevaba a gobernar mi mente también, y eso me asustaba aún más. “No he terminado mi clase de surf.”

Él gruñó. “Tu profesor tiene una cosa para su alumna. Está haciendo que sea duro para él concentrarse.”

Miré su entrepierna, donde su bañador se abultaba. “Puedo ver lo *duro* que es.” Me tumbo en la tabla y me alejo remando sin él.

Él alargó las manos hacia mí y ayudó a empujarme. Hice algo más de surf con él guiándome, y me olvidé del sexo y el matrimonio, y de tener arena en mi entrepierna. Estaba con un guapo hombre en la playa y me estaba divirtiendo. Aún cuando sabía que todo iba a terminar el lunes por la mañana, me parecía bien. Iba a disfrutar *ahora*.

Monté cada ola hasta la playa, excepto la última, cuando decidí intentar ponerme de pie. Me caí y volví a salir a la superficie, riéndome.

Zac se unió a mí, sonriendo con fuerza. “¿Ves? ¿A que no es fácil?”

“¿Hacer surf? Para nada.”

“Me refería a reírse.” Tocó mi mejilla y su mirada se volvió seria. “Gracias, Amy.”

Me tragué el nudo que se había formado en mi garganta. “¿Por qué?”

“Por aceptar este fin de semana.”

Intenté pensar en algo divertido o improvisado, algo que le hiciera pensar que no era gran cosa. Pero las palabras me fallaron completamente. Yo simplemente asentí con la cabeza.

Me cogió la mano y retiró la cinta de mi muñeca. Su pulgar acarició la marca roja que dejó allí, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo.

“Tienes frío.” Rodeó mis hombros con su brazo y juntos volvimos caminando a la playa.

Nos secamos con la toalla en silencio y paseamos cogidos de la mano hacia la playa principal. Miró al agua, y saludó con la mano a un par de surfistas, quienes asintieron en respuesta.

“Deberías ir,” dije. “Te observaré desde aquí.”

“Preferiría quedarme contigo.”

Mi corazón se hinchó al oírle decir eso. Joder. Retiré mi mano de la suya y caminé por delante. “¡Vamos!” grité. “Me muero de hambre.”

Sus largas zancadas significaban que él me alcanzaría rápidamente. “¿Huyendo?” murmuró.

“¡No!” Reduje el paso deliberadamente. “No puedo huir. Tú conduces.”

“No lo quería decir literalmente.”

Su voz era suave y reconfortante, pero me negué a mirarle. “Tengo hambre,” fue todo lo que dije.

Él caminó junto a mí en silencio durante unos minutos, y tuve la sensación de que había muchas cosas que estaba reprimiendo decir. Me sentí agradecida. No quería discutir con él después de una tarde tan agradable. No quería ver su sonrisa desvanecerse y sus ojos apagarse. Ni tampoco quería, si vamos al caso, echar un jarro de agua fría sobre mi propio humor animado.

“Hay una gran cafetería no muy lejos de aquí,” dijo él. “Pillaremos algo de comer allí. ¿Te parece bien o necesitas ir a casa a lavarte el pelo?”

Me pasé la mano por mis cortos mechones. Solo lo había cambiado hacía seis meses, y en realidad solo acabo de acostumbrarme a él. Me gustaba que casi no requería nada de peinado por las mañanas, o después de una tarde en la playa. “Está bien tal y como está.”

“Sí,” dijo, sonando un poco sorprendido. “A mí también me gusta.”

De vuelta a la furgoneta, sacó su teléfono de la guantera y examinó la pantalla. “Cualquiera pensaría que ha habido alguna especie de crisis familiar,” dijo con una sacudida de cabeza. Me mostró la pantalla. “Reece, Blake, y Ash han enviado mensajes o han llamado, y sus esposas también. Parece que mi madre ha pasado el mensaje de que me he casado.”

“¿No se lo dijiste a ellos?”

“He estado evitándoles hasta que tuviera esta oportunidad contigo.” Presionó el teléfono contra la consola del manos libres y le frunció el ceño. “Es extraño que mi madre no haya pedido conocerte todavía.”

“Quizás esté esperando a que todo explote y desaparezca.”

“Ella me conoce mejor que eso.” Arrancó el coche sin devolverle la llamada a nadie.

“¿No vas a contestarles?”

“Pueden esperar. Tengo que alimentar a una esposa hambrienta.”

Gruñí. Realmente estaba llevando este asunto demasiado lejos.

Nos fuimos de la playa, pero en vez de tomar la autopista de vuelta a Roxburg, Zac tomó la carretera de la playa con vistas panorámicas que abrazaba la costa. Llegamos a otra playa, esta

más popular que Porpoise Point, y aparcamos cerca de una cafetería. Había estado antes en la playa, pero no había comido en la cafetería.

Zac saludó a los empleados por sus nombres de pila, y se desvivieron por servirnos rápidamente. Teniendo en cuenta lo lleno que estaba el sitio, nuestros cafés y trozos de tarta llegaron rápido.

“Eres el dueño de este lugar, ¿verdad?” pregunté.

Él levantó su tenedor de la tarta, todo inocencia. “Yo no. Uno de mis hermanos.”

“¿Cuál de ellos?”

Él miró alrededor y se encogió de hombros. “No estoy seguro. Blake, quizás. A Reece le gusta invertir en restaurantes que fijan un precedente, pero Blake es más discreto.”

“¿Y Ash?”

“Él apenas invierte en la industria hostelera.”

No le pregunté por Damon y él no le mencionó.

“Esto es realmente bueno,” dije alrededor de un bocado de tarta de chocolate y caramelo. “Asegúrate de decirle a tu hermano que le pague bien al chef.”

“Puedes decírselo tú misma cuando le conozcas.”

Le miré con los ojos entrecerrados. Me sonrió, todo inocencia infantil.

Nos terminamos nuestros cafés y tartas y volvimos a Roxburg. Su teléfono móvil sonó dos veces, pero él lo ignoró ambas veces con un chasquido de su lengua. El mío pitó con un mensaje de texto una vez. Era de Jemma, pidiéndome salir con ella esa noche. Contesté que no podía.

¡Trabajando hasta tarde de nuevo! me contestó con un mensaje. *El caso Kimble te matará.*

No la corregí.

“¿Has cenado alguna vez en *Georgio's*?” Zac me preguntó mientras se secaba el pelo con una toalla. Llevaba unas bermudas y nada más. Me estaba acostumbrando a la visión de su pecho desnudo, pero todavía le daba un subidón a mis hormonas. Se quitó la toalla y mis hormonas prestaron total atención. Su pelo húmedo sobresalía en ángulos puntiagudos, tan sexi que era un pecado.

Desvié mi mirada y continué doblando mi ropa. “No.” *Georgio's* estaba muy por encima de mi presupuesto. Estaba bien cenar a nivel élite, y había oído que era difícil conseguir mesa allí. No había duda de que un Kavanagh era el dueño y Zac podría hacernos entrar sin reserva.

“¿Te gustaría ir esta noche?”

“Claro.”

Unos minutos más tarde le seguí abajo y le oí hablar al teléfono. “Sé que se está haciendo tarde, *Georgio*, pero esto es para alguien especial.” Me pilló observando y sonrió. “Genial,” le dijo al teléfono. “Te veo en una hora.” Colgó.

“¿Tienes al mismo *Georgio* en marcación rápida?”

“Por supuesto.”

“¿Y él te cogió el teléfono cuando debe estar ocupado preparándose para esta noche?” Sacudí la cabeza. “Déjame adivinar, su restaurante está respaldado por un Kavanagh.”

“No cualquier Kavanagh.” Me dedicó una sonrisa.

“¿Tú?”

Hizo una pequeña reverencia. “El único e inimitable. Conocí a *Georgio* hace varios años a través de un amigo común. Él tenía la idea para un restaurante y yo decidí prestarle el capital para

empezar. *Georgio's* fue mi primera gran aventura, y uno de los dos establecimientos hosteleros en los que he invertido.”

“¿Te hacen ganar mucho dinero?” Ugh, eso ha sido de mal gusto. “Lo siento, no tienes que responder a eso.”

“No me importa. Quiero que hagas preguntas financieras. De todos modos, mi dinero es tu dinero ahora.”

“A menos que consigamos la nulidad.”

“Que no vamos a conseguir.”

Solté un suspiro, dejándolo salir lentamente. “Zac, no quiero nada de ti. No quiero tu dinero. Me siento cómoda con lo que gano.”

“Lo sé. Los abogados ganan buenos ingresos.”

No tanto los que trabajan para el estado, pero no le dije eso. Levanté las manos. “Solo quiero que sepas que no te causaré ningún problema.”

Él sujetó mis hombros y los acarició suavemente. “Sé que no eres así, Amy.”

“Pero tu familia no lo sabe. Deben estar de los nervios ahora mismo. Supondrán que soy una caza-fortunas que te ha clavado las garras.”

Sus pulgares acariciantes se pararon. “He tenido mucha experiencia con caza-fortunas y sus garras, y mi familia sabe que puedo ver la diferencia entre una amiga genuina, o amante, y una falsa.”

Casi le dije que no podía saberlo después de tan poco tiempo conmigo, pero esa discusión no nos había llevado a ninguna parte hasta ahora. Él simplemente no estaba escuchando.

Me alegré de haber traído un vestido bonito por si acaso salíamos a cenar. Era un vestido de verano color crema, con falda de vuelo y tirantes finos. Lo combiné con zapatos color carne y pendientes largos de plata. Zac me dedicó una mirada de admiración cuando me reuní con él en la puerta principal.

“Bonito vestido,” susurró mientras me besaba ligeramente en la mejilla. “Pero no puedo esperar a quitártelo más tarde.”

Más tarde. La promesa envió cálidas cosquillas extendiéndose por mi cuerpo, concentrándose en mis pezones y la cara interna de mis muslos. Oh cielos.

Me guió hacia un coche diferente, no hacia su furgoneta habitual. Era elegante y deportivo, nada práctico para llevar tablas de surf. ¿Cuántos coches tenía? No quería preguntar después de que nuestra última discusión financiera terminara conmigo sintiéndome como si hubiera sido demasiado indiscreta.

Él charlaba con facilidad mientras nos conducía al restaurante, sus temas variando ampliamente, pero cambiando dependiendo de mi nivel de respuesta. Decidí que ese era Zac. Fácil. Fácil de hablar y de escuchar. Fácil estar con él. Sabía cómo hacer que una chica se sintiera cómoda dentro de su propio cuerpo. Otro súper poder más que poseía.

Dentro del restaurante, el gerente saludó a Zac con una genuina sonrisa y Zac se la devolvió, dándole una palmada en el hombro. Preguntó por su esposa e hijos por sus nombres. Sí, se le daba bien esta cosa del encanto. Jodidamente bien.

“¿Le gustaría que le llevase primero a la mesa de su hermano, o directamente a la suya, señor?” preguntó el gerente cuando estaba a punto de guiarnos.

“¿Mi hermano está aquí?” Zac miró más allá del gerente, hacia la parte principal del restaurante, pero no debió haber visto a nadie que reconociera. “¿Cuál de ellos?”

“El señor Ash Kavanagh y su esposa están cenando con nosotros esta noche. Lo siento, señor, no me di cuenta de que no era consciente de ello. No se quedó demasiado impresionado cuando le

di la segunda mejor mesa, hasta que le dije que la mejor estaba reservada para usted y la señora Grant esta noche.” Se inclinó más hacia Zac. “Me animó a llevarles primero a su mesa después de que se lo dijera.”

“Apuesto a que lo hizo,” musitó Zac.

“¿Puedo llevarles ahora a su mesa, señor?”

Zac me miró. “Tenemos que pasar por la suya para llegar a la nuestra.”

Le miré fijamente. Mariposas establecieron su residencia en mi estómago. ¿Él quería que conociera a uno de sus hermanos? ¿Y si él me reconocía? ¿Y si hacía más preguntas que Zac? ¿Y si me miraba como si fuera una sabandija preparada para chupar todo lo que pudiera de los Kavanagh?

Me alejé de Zac y del gerente. No podía hacer esto. No podía jugar a los recién casados durante un fin de semana. Ahora había demasiado en juego: mi reputación y mi carrera, para empezar. Mi corazón, para continuar.

“Perdona.” Me giré y me fui corriendo.

CAPÍTULO 8

Zac me alcanzó fuera. Me cogió de la mano y me dirigió hacia la gran palmera en una maceta cerca de la entrada principal del restaurante. “Amy, no pasa nada,” murmuró, acariciando mis nudillos con su pulgar. “No nos quedaremos.” Metió mi pelo detrás de mi oreja, aún cuando no necesitaba que lo hiciera, y acarició mi rostro.

“Lo siento,” dije, sacudiendo la cabeza una y otra vez. “No puedo... hacer esto.”

“No tienes que hacer nada que no quieras.”

Abrí la boca para discutir que no me estaba dejando conseguir la nulidad, que me había obligado a pasar el fin de semana con él, pero era injusto y no era cierto. Él nunca me había obligado, solo había preguntado. Yo podría haber dicho que no en cualquier momento, o haberme ido a casa. Podía haber insistido en la nulidad sin haberle visto cara a cara. No había hecho ninguna de esas cosas.

¿Qué decía eso sobre mí?

Estaba peleándome con eso cuando él se acercó más y suavemente me estrechó contra su cuerpo. Apoyé la cabeza contra su pecho y escuché el constante golpeteo de los latidos de su corazón. Estaba tan calmado como podía estar.

“Tengo un plan.” Le sentí sonreír contra mi cabeza. “¿Entrarás y esperarás con el gerente durante un minuto?”

“Supongo.”

Me cogió de la mano y volvió a guiarme dentro del restaurante. Habló con el gerente, quien entonces desapareció por una puerta. Un momento más tarde volvió, seguido por un redondo y bajo hombre con uniforme y gorro de chef.

“Georgio, qué bueno verte.” Zac aceptó los besos en las mejillas del hombre y luego me presentó.

Recibí un saludo rápido con la cabeza del pequeño hombre, pero por otro lado no mostró ningún interés en mí. Le frunció el ceño a Zac. “¿He oído a Armand correctamente?” preguntó, las manos en las caderas. “¿Esperas que te proporcione una...?” Hizo una mueca. “¿Una bolsa de sobras?”

Zac sonrió. “Eso solo fue una expresión. Lo que de verdad me gustaría es que realices una selección de tus mejores platos, los coloques en recipientes sellados para que se mantengan calientes, y luego los pongas en una cesta de picnic.”

Las pobladas cejas de Georgio casi se disparan de su frente. “¿Una cesta de picnic? No tenemos cestas de picnic aquí, Zac.”

“Cualquier cesta vieja o bolsa servirá.” Él me guiñó el ojo. “No somos tan pretenciosos como para que tenga que ser perfecto.”

Georgio gruñó y me lanzó otra mirada, esta más larga, persistente, como si estuviera intentando decidir si Zac decía la verdad. Asintió, pero no estaba segura de por qué.

“¿Necesitarás una botella de vino?”

“Sí. ¿Tinto o blanco?” me preguntó Zac.

“Blanco,” dije, “ya que es una noche cálida.”

Georgio volvió a asentir. “¿Y dónde vas a comerte mi comida, Zac?”

“¿Importa eso?”

“Por supuesto que importa. No te comes la comida de Georgio en cualquier sitio. ¿Puedo sugerir Cascade Hill? Está un poco más alejado que el Lookout, donde le gusta ir a los adolescentes, y hay un bonito parque con vistas de la ciudad. Las luces se verán espectaculares esta noche.”

“Buena idea. Gracias, Georgio.”

El chef volvió a la cocina y, unos meros cinco minutos más tarde, un chef más joven salió llevando dos bolsas acolchadas con una manta metida debajo del brazo. “Esta tiene toda la comida caliente.” Le tendió una de las bolsas a Zac. “Y esta tiene el vino, el postre, copas, cubiertos, y platos. Y Georgio pensó que podría necesitar esto.” Le pasó a Zac la manta.

“Gracias, Perry.”

Perry se inclinó, su rostro un poco rosa. “A los empleados de *Georgio’s* nos gustaría desearles a usted y a la señora Grant una comida muy agradable.”

“Gracias, Perry,” dije. “Y gracias por prepararlo todo con tan poco tiempo.”

“El placer es nuestro.”

Cogimos las bolsas y nos dirigimos hacia el coche. “Siento lo de... lo de ahí atrás,” dije mientras nos alejábamos conduciendo.

“No tienes nada por lo que disculparte.” Apoyó la mano en mi rodilla. No había nada sexual en ello, solo reconfortante.

“¿Se decepcionarán tu hermano y su esposa?”

“Probablemente.” Se rio.

“¿Entenderán por qué no quisimos verles?”

Hizo una pausa antes de decir, “No lo sé. Sophie podría entenderlo. Ella entiende lo abrumadores que podemos ser los Kavanagh a veces. Especialmente cuando uno de nosotros encuentra a su...” Se interrumpió con una tos y sujetó el volante con más fuerza, volviendo sus nudillos blancos. Me miró rápidamente y luego volvió a concentrarse de nuevo en la carretera. “Ella es muy agradable. Te gustará. Te gustarán todas mis cuñadas. Pero no hay prisa por conocerlas,” añadió rápidamente. Estaba empezando a sonar aturullado. Me gustaba que Don Pico de Oro no estuviera siempre tan seguro de sí mismo el cien por cien del tiempo.

No respondí, principalmente porque esperaba oírle intentar llenar el silencio y volverse más aturdido, pero parecía contento con el silencio mientras conducíamos hacia el oeste de la ciudad, hacia la cordillera que recorría la longitud de Roxburg. En realidad no eran montañas, sino más bien colinas grandes. Lo más cercano era un lugar de quedada popular entre los adolescentes, como Georgio había dicho. Lo siguiente estaba a solo unos minutos más conduciendo, pero estaba más alto y era más tranquilo.

Zac aparcó cerca de una zona de césped enmarcada por grandes árboles, y adornada con arbustos florecientes y setos. Parecía más bien un jardín privado que un parque público. Atravesamos la esponjosa hierba, pasando un macizo de rosas, hasta una sección pavimentada con un monumento en el centro. Leí la inscripción, iluminada por una farola. El monumento estaba dedicado a la docena de bomberos que habían perdido sus vidas en un terrible incendio en las colinas hacía cincuenta años.

“No sabía lo del incendio,” dije. “O sobre este lugar. Probablemente he pasado por aquí una docena de veces.”

“No mucha gente sabe que está aquí.”

Pensé que Zac se sentaría en el banco, pero me dirigió más allá del monumento hasta otra zona con césped. Miraba por la ladera hacia la ciudad de abajo. El amplio mar de luces se extendía a lo largo de las llanuras entre las colinas y el océano. Las principales autopistas cortaban la ciudad como arterias eléctricas, alimentando el resto de la cegadora criatura.

“La ciudad parece tan viva desde aquí arriba,” dije. “No esperaba eso.”

“¿No la habías visto desde este ángulo antes?” Zac estaba muy cerca de mí, su hombro cerca de mi cabeza.

“No este lugar. El Lookout sí, cuando era más joven.”

Él se rio. “Creo que todos hemos pasado tiempo en el Lookout cuando éramos más jóvenes. ¿Dónde si no íbamos a ir cuando vivíamos en la casa de nuestros padres?” Extendió la manta y dejó las bolsas en el suelo. Palmeó un lugar junto a él y me senté.

Las luces de las farolas no nos alcanzaban, pero la noche estaba despejada y la luz de la luna suficientemente fuerte como para poder distinguir las siluetas de nuestra comida, pero no como para ver qué era.

“Nunca antes he comido algo que no pudiera ver,” dijo Zac.

“Estoy segura de que sabrá todo maravilloso.”

Él sirvió el vino y me tendió una copa. Tocó la mía con el borde de la suya. “Por una semana de felicidad matrimonial,” dijo sonriendo.

“Ja ja. Qué divertido.”

Él se rio y dejó su copa. “Vale, toma un bocado y dime qué es y si está bueno.”

Lo hice. *Oh, qué rico.* Era una loncha muy tierna de ternera, marinada en una salsa que no pude identificar. Era soberbio y se deshacía en la boca.

“¿Todos esos ruidos de ‘mmm’ significa que es bueno o malo?” preguntó Zac. “Me siento inclinado a pensar que es bueno puesto que no lo has escupido.”

“Es malo. Muy malo. No deberías comértelo.”

“Oh, mira, te crece la nariz.” Clavó su tenedor en una loncha.

Sonreí, pero no podía estar segura de si lo había visto en la oscuridad. Estábamos demasiado ocupados comiendo la deliciosa comida como para hablar. Georgio era un maestro y decidí cenar en su restaurante una noche, incluso si Zac y yo rompíamos.

Si.

Sacudo la cabeza ante lo fácilmente que me he deslizado en esta charada. Tenías que estar saliendo para romper, y no lo estábamos haciendo. Yo no consideraba que nuestro matrimonio fuera real, a pesar de lo que dijera la ley, y yo no tenía futuro con él. No había un por si acaso. No teníamos futuro. Ni siquiera nos podíamos cuestionar *cuando* nos separaríamos. Ya había quedado decidido que el lunes por la mañana sería el adiós final.

Solo que él todavía no parecía haberse dado cuenta. Yo le había llamado cabezota, pero estaba empezando a pensar que simplemente era un crédulo.

Con la comida terminada, fui a servirme mi tercera copa de vino, pero Zac me quitó la botella de la mano. “No quiero que olvides esta noche,” dijo él.

“Son los cócteles y el alcohol más fuerte lo que me afecta.”

“Aún así, quiero que seas completamente consciente de todo.”

“¿Todo?”

“Ajá.” Él se acercó más. “No me aprovecharé de una mujer borracha.”

“Tres copas de vino no me van a emborrachar. Mareada, sí, pero no borracha.”

Él se acercó más y me besó. Sabía a la salsa picante de la ternera, y olía igual de bien. Me recosté hacia atrás, llevándole conmigo, mis dedos en su pelo. Su mano acarició mi cadera,

bajando hacia mi muslo por debajo del vestido.

“Tu piel es como la seda,” murmuró, besando el hueco en mi garganta. Su mano subió más y más, hasta el borde de mis braguitas. Un dedo exploró por debajo y encontró mi entrada.

Gemí suavemente y me arqueé hacia su tacto. Ya estaba húmeda para él, sabiendo lo que se avecinaba. Deseando. En algún lugar, en lo más profundo de mi mente, me di cuenta de que yo no estaba haciendo muy buen trabajo convenciéndole para conseguir una anulación.

Pensaría en eso más tarde. Por ahora, disfrutaría y sentiría, y daría placer al igual que lo recibiría. Era solo sexo. Demoledor, apasionado sexo, pero no *significaba* nada.

Llegamos juntos al orgasmo bajo las estrellas, mirando las luces de Roxburg. Si alguien se acercara a nosotros, preguntándose sobre el ruido, ninguno de los dos se daría cuenta. A ninguno de los dos nos importaba. Estábamos demasiado enfrascados el uno en el otro. Era una posición peligrosa en la que estar, dejándonos abiertos y vulnerables, y no solo en el sentido literal. Pero no lo lamentaba.

Zac estiró mi vestido por encima de mis caderas y se tumbó a mi lado. Se dio una palmada en el hombro, me acerqué más y apoyé la cabeza allí, y miramos las estrellas.

“Tendremos que venir aquí otra vez,” dijo calladamente. “Es mágico.”

Suspiré pesadamente, pero no tenía energía como para decirle que no habría un ‘otra vez’. Mi cuerpo estaba demasiado flojo y saciado por mi orgasmo, y mi cerebro no funcionaba completamente todavía. Cerré los ojos y debo haber dormitado un poco.

Lo siguiente que supe fue que estaba siendo levantada por un par de brazos poderosos. Los brazos de Zac. Los reconocería en cualquier parte. Me acurruqué contra su pecho, y él metió mi cabeza debajo de su barbilla.

“¿Qué estás haciendo?” musité.

“Shhh, nena. Solo estoy llevándote a casa. El coche ya está cargado.”

Debe haber recogido todas nuestras cosas mientras yo dormía. Le rodeé el cuello con mis brazos y acaricié su garganta con mi nariz. “Esta noche ha sido agradable. Gracias, Zac.”

“El placer ha sido mío. Ahora vuelve a dormirte.”

Lo hice.

Fui consciente de que él me llevaba en brazos de nuevo algún tiempo más tarde, y abrí los ojos para ver el interior de la Casa del Guarda. Él me desvistió sobre la cama y luego se deslizó en ella detrás de mí. No tuvimos sexo y volví a quedarme dormida con sus brazos rodeándome.

Su teléfono móvil nos despertó el domingo por la mañana. Zac gruñó y se dio la vuelta. Cogió el móvil de la mesilla de noche y miró la pantalla.

“Maldita sea, Reece,” musitó antes de cortar la llamada sin contestar.

“Tus hermanos son persistentes.”

“Solo porque su hija le despierta temprano los domingos se cree que todo el mundo debería levantarse temprano.”

Miré el reloj. “Son las nueve. No es tan temprano.”

“Lo es cuando has estado despierto la mitad de la noche.”

Fruñí el ceño. “¿Por qué no pudiste dormir?”

Su mirada bajó hacia mi pecho desnudo, visible por encima del borde de la sábana. “No podía dejar de pensar en ti.” Bajó la boca sobre mi pezón y succionó.

Aspiré aire entre dientes y mis párpados se cerraron aleteando. Las sensaciones que recorrían mi piel cosquilleaban y hormigueaban y me volvían loca. Apoyé mis manos en sus hombros y

masajeé la cálida y suave piel. Él gruñó alrededor de mi pezón, enviando una sacudida hacia mi vagina. Sacudí mis caderas, sorprendida por mi propia reacción.

Con esa única y simple acción, ya estaba encendida. Le deseaba. Le deseaba dentro de mí. Quería darle el placer que él me estaba dando.

Él alargó la mano hacia la mesita de noche, le quitó el envoltorio a un condón, y se lo puso. Con su mirada sosteniendo la mía, se posicionó sobre mí, y se deslizó dentro de mi resbaladiza abertura. Enganché mis piernas detrás de su espalda, atrapándole contra mí, y él presionó más y más profundamente hasta que estuvo dentro completamente.

Sus párpados se cerraron con su gruñido, pero cuando los volvió a abrir otra vez, su mirada era oscura por la pasión. Me besó suavemente, su barba incipiente rozando mi barbilla, su pecho apoyado contra mis pechos. Su mano acarició mi costado, el pulgar acariciando el perfil de mi pecho, y luego cogió mi mano en la suya, levantándola con suavidad por encima de mi cabeza. Rompió el beso y me miró. El deseo y el calor en su mirada me llevaron al borde del orgasmo, pero fue el roce de mis sensibles pezones contra su pecho y el modo en que me expandía con su pene lo que hizo que me derrumbara.

Nos tumbamos juntos después, nuestras manos unidas, recuperando el aliento. Pasaron unos buenos cinco minutos antes de que se diera la vuelta hacia mí y volviera a besarme.

“Voy a hacerte café y el desayuno,” dijo. “Justo después de una rápida ducha. ¿Quieres unirme a mí?”

“Todavía no.” Le vi entrar en el cuarto de baño, luego cerré los ojos cuando el agua empezó a correr. Joder. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no podía resistirme a él?

Mientras el ritmo de mi corazón volvía a la normalidad, una cosa se volvió abundantemente clara. La diversión había terminado. Esto no era un truco, esto era real, y yo estaba enredando con cosas que no entendía. Había cometido un error muy grande al aceptar a pasar este fin de semana. Era hora de irse. De olvidar nuestro acuerdo. Ya no quería quedarme.

Corrección: quería quedarme. Y por eso tenía que irme.

Su móvil pitó con un mensaje de texto entrante. Sin pensar, miré la pantalla y deseé no haberlo hecho. El nombre Cleo parpadeaba. ¿Una ex? ¿O alguien a quien todavía no le había dado órdenes para que se marchara antes de que yo apareciera en escena? Mi pecho se contrajo de celos. Leí la línea de texto que aparecía debajo de su nombre.

Reece va de camino.

Me dejé caer sobre la cama y solté un suspiro. No una novia, sino una cuñada. La esposa de Reece. Bien. Me sentía... aliviada. Mi reacción me estremeció. Había estado celosa. No era una sensación a la que estuviera acostumbrada, o que me gustara.

Zac salió de la ducha unos minutos más tarde y me sonrió perezosamente. Estaba completamente desnudo mientras se pasaba la toalla por la espalda. No podía apartar mis ojos de él.

“Tienes un mensaje,” le dije, esperando distraernos a los dos.

Lo comprobó y chasqueó la lengua. “Reece va a venir.” El teléfono volvió a sonar y leyó el mensaje. “Malditos sean.”

“¿Algún problema?”

“Esa era Cassie, la esposa de Blake. Reece acaba de recogerle. Vienen de camino hacia aquí. Al parecer ya no pueden esperar más a conocerte, a pesar de que sus esposas se lo han desaconsejado.”

Le miré parpadeando. Luego aparté las sábanas y salí de la cama. ¿A qué distancia viven? Probablemente no muy lejos. Apuesto a que todos los Kavanagh viven en algún lugar de

Serendipity Bend.

No había tiempo de ducharse. Mi ropa había sido amontonada sobre la silla, pero no por mí. Cogí unas bragas limpias, pero Zac me cogió la mano. Sujetó mis dedos, atrapándome.

“No te vayas, Amy. No tienes por qué conocerles. Les diré que te fuiste a casa.” Me acarició el pelo, el rostro, y me imploraba con sus ojos. “Por favor, quédate el resto del fin de semana.”

“Yo... no estoy segura de que sea una buena idea. Y no tiene nada que ver con que tus hermanos aparezcan.”

Se le abrieron las aletas de la nariz con su brusca respiración. “Oh. Yo pensaba que hasta ahora te habías divertido.”

Lo había hecho. Ese era todo el problema. “Ha sido agradable,” fue todo lo que dije.

“Pero te está acojonando, ¿verdad?”

Cuando no respondí, tocó mi barbilla, obligándome a mirarle. “Sí,” dije con valentía. “Pues sí.” No tenía sentido ocultárselo. Él parecía saber lo que yo estaba pensando y sintiendo, y por qué. Eso en sí era suficiente para asustarme, pero haberme divertido también... todo terminaría de mala manera. Muy, muy mal.

Cuando esto terminara—ya que inevitablemente lo haría—no sería él quien resultara herido; sería yo. Porque siempre era yo quien entregaba mi corazón a tipos como él, tipos que eran malos para mí. Hombres como mi padre, quien tenía toda una fila de mujeres alineadas detrás de él.

Me dio un beso en la cabeza. “Se pasará,” dijo.

“¿El qué?”

“Tu miedo. Pasará y llegarás a la conclusión de que quieres estar conmigo y que puedes confiar en mí. Puedo esperar hasta ese día.”

Se me cayó el corazón a los pies. ¿Por qué tenía que hacer esto? ¿Por qué no podía simplemente dejarme marchar?

“Voy a darme una ducha,” dije, y le di la espalda. Me llevé la ropa conmigo y me dirigí al cuarto de baño.

Unos minutos más tarde, aún sintiéndome como un flan, entré en la habitación, completamente vestida. Estaba sola. El olor a café subía las escaleras, atrayéndome hacia la cocina. Miré fijamente la silla y mis pertenencias ordenadamente apiladas allí, y marqué todas las razones por las que debería recogerlas e irme a casa.

Pero no lo hice.

El timbre sonó y me quedé helada. Oí los pasos de Zac sobre las baldosas, y luego la puerta principal abrirse.

“¿Qué es esto, la Inquisición?” dijo. “¿Por qué necesitáis estar aquí los tres?”

¿Los tres? Oh mierda.

“Oye, yo solo estoy aquí porque intenté detenerles,” dijo uno de los hermanos.

“Fracasaste, Ash.”

“No me digas.”

“¿Está ella aquí?” dijo otra voz, de algún modo más profunda pero silenciosa. Tuve que esforzarme para oírle.

Hubo una pausa antes de que Zac respondiera. “Se fue a casa para coger unas cosas. Blake, no pensé que formarías parte de esta emboscada.”

“No es una emboscada.” Así que la callada y estruendosa voz pertenecía a Blake, el hermano número dos. “Es una misión de exploración.” Sonreí ante su lenguaje militar. “Hemos venido para ver nosotros mismos a esta mujer misteriosa.”

“Ella no es un misterio,” dijo Zac.

“Lo es para nosotros,” dijo Ash. “Cualquier mujer que te capture tiene que tener alguna cualidad misteriosa. Estábamos empezando a pensar que eras imposible de atrapar.”

Fui de puntillas hacia la puerta, pero aún así me perdí la callada respuesta de Zac.

“¿Entonces por qué esta? ¿Qué tiene ella?” Blake de nuevo. El mayor, Reece, aún tenía que hablar.

“Ella es... increíble.”

“¿En qué sentido?”

“No puedo explicarlo. Simplemente tendréis que conocerla vosotros mismos.”

“¡Eso es lo que estamos intentando hacer!” gritó Ash.

“Pero tú no nos dejas,” añadió Blake.

“Os lo he dicho.” La voz de Zac estaba crispada, forzada. Nunca le había oído sonar así antes. “Ella no está aquí. Ahora, si no os importa, tengo trabajo que hacer.”

“Paciencia, hermanito. Todavía no hemos terminado de interrogarte.” La profunda voz de Blake se vio casi ahogada por el gruñido de Zac.

“Ella es muy guapa,” dijo Ash. “Aunque no es la típica mujer con la que sales. Solo eso me tiene pensando que sabes lo que estás haciendo.”

“Espera, ¿qué? ¿Cómo sabes que es guapa?”

Eso mismo estaba pensando yo. ¿Nos había visto la noche anterior antes de que nos marcháramos de Georgio’s? Debía de ser así.

“Enséñaselo, Reece.”

“Toma. Lee esto.” La voz de Reece era imponente, con un tono agudo y despiadado. Iba bien con lo que sabía de él, lo cual era muy poco. Implacablemente se había construido un imperio empresarial que rivalizaba con el de su padre, pero también era un gran filántropo, aunque muchos atribuían eso a la influencia de su esposa. Era el tipo de voz que definitivamente parecía pertenecer a un hermano mayor mandón.

“¿Qué es esto?” preguntó Zac. Oí el sonido de papeles pasando. ¿Un periódico? Y luego, “Maldita sea.”

“Es una bonita foto,” dijo Ash. “Un poco borrosa, pero puedes ver claramente su rostro.”

Mi cuerpo se quedó helado. Me sujeté al marco de la puerta buscando apoyo, ya que mis piernas se habían vuelto de gelatina. El periódico tenía una foto mía y de Zac juntos. Ahora todo el mundo lo sabría. Aún cuando mi nombre no apareciera, no pasaría mucho tiempo antes de que alguien que me conociera lo hiciera de conocimiento público. Se me vino a la mente mi madre. Muy pronto, no solo su familia lo sabría, sino también mi jefe. Se suponía que yo debía evitar ser notada. Tan pronto como se supiera que Zac Kavanagh se había casado con la mujer que había metido a su hermano entre rejas, no podría evitar a nadie.

CAPÍTULO 9

“Maldita sea,” volvió a decir la voz de Zac. El periódico crujió y me pregunté si estaba leyendo el artículo que acompañaba a la foto, o si venía con nada más que un pie de foto. Un pie de foto con mi nombre en él.

“¿Cuál es el problema?” preguntó Reece. “¿Qué importa que su foto esté en el periódico?”

“No le gustan las cámaras.”

Casi me reí al oír eso. Más bien no me gusta el matrimonio.

“Me resulta familiar,” dijo Ash, pensativo. “¿Cuál dijiste que era su nombre? Solo dice mujer misteriosa aquí.”

“Amy. Amy Grant.”

Vale, así que mi nombre había sido omitido. Eso me daba algo de espacio vital. Y joder, necesitaba espacio ahora mismo. Sentía que las paredes se estaban cerrando a mi alrededor. Y la oscuridad. Luché por mantener los latidos de mi corazón en calma, pero no sirvió de nada. Me golpeaba con fuerza, animándome a correr.

Pero no podía correr. Zac y sus hermanos bloqueaban la salida y yo no quería enfrentarme a ninguno de ellos. Ni siquiera a Zac. Especialmente no con Zac.

Me senté en el suelo y abracé mis rodillas. Presioné mi frente contra ellas y me concentré en mi respiración y en hacer que mi corazón fuera más lento. La oscuridad retrocedió tras un momento, y fui capaz de volver a escuchar.

Zac estaba hablando, pero su voz era baja, como si no quisiera que me llegara. “¿Por qué demonios me estás mirando así, Reece? Es como si tú no te hubieras enamorado hasta las trancas de Cleo.”

“Cierto,” dijo Blake en vez de su hermano. “Yo también supe que Cassie fue siempre la única para mí, y Ash se enamoró perdidamente de Sophie directamente.”

“¿Pero ninguno de nosotros se casó menos de un día después de conocerlas!”

Me gustaba Reece. Era el único que estaba hablando con algo de sentido.

“Shhh,” dijo Zac. “Deja de gritar.”

“No estoy gritando. Esta es mi voz normal. No puedo evitar tener una voz fuerte y masculina.”

Ash gruñó. “Por favor.”

“¿Por qué estás susurrando, Zac?” preguntó Blake.

“Buena pregunta,” dijo Ash.

“Ella no se ha ido a casa, ¿verdad?” Ese era Reece otra vez. “Ella está aquí.”

“¿Cállate, idiota!” siseó Zac.

Sonreí cuando me imaginé la reacción de los hermanos de Zac ante él diciéndoles qué hacer. No debería pensar que era divertido, teniendo en cuenta todo, pero no pude evitarlo. Estaba intentando protegerme desesperadamente, cuando ellos solo querían protegerle a él. Mi sonrisa se desvaneció. En realidad, no tenía nada de divertido. Tenían todo el derecho a estar preocupados. Yo también lo habría estado si fuera ellos. Según su historial, Zac no estaba actuando normal.

“¿Por qué?” La voz de Blake contenía un trasfondo de diversión. “¿Nos tiene miedo?”

“Ella no es exactamente una miembro por pleno derecho del club de fans de los Kavanagh.”

Alguien se rio al oír eso. Me pregunté si volvía a ser Reece. Él y yo parecíamos estar en la misma sintonía.

“¿Cuándo va alguno de nosotros a enamorarse de una chica que no sienta antipatía por los Kavanagh al principio?” preguntó Ash.

“Todos sois ridículos,” les dijo Zac. “Y me estás avergonzando. Amy no está preparada todavía para conocerlos, y definitivamente no a los tres a la vez. Tendréis que esperar hasta que lo esté. Todavía no voy a lanzarla al foso de las serpientes.”

“No damos tanto miedo.” Blake sonaba genuinamente ofendido.

“Solo pregúntale a nuestras esposas,” añadió Reece.

“Tengo la sensación de que estarían de acuerdo conmigo en esto,” dijo Zac.

“Cleo intentó convencerme para que no viniera.”

“Y Cassie dijo que acorralarte todos a la vez probablemente no funcionaría,” concedió Blake.

“Zac tiene razón. Deberíamos esperar a que ella esté preparada.” La voz de Ash era tan profunda como la de sus hermanos, pero tenía un tono ligeramente más refinado y no era tan mandón. “Aunque creo que damos mucho menos miedo que mamá.”

Tres voces de asentimiento subieron hacia mí. Yo recordaba a la señora Kavanagh en el juicio. Ella había mirado fijamente a nuestro equipo desde el primer día, y todos los días que le siguieron, como si pudiera intimidarnos para retirar el caso simplemente por su fuerza de voluntad. *Ella* me reconocería, no me quedaba ninguna duda.

Y mi foto estaba en el periódico para que ella la viera.

“Te doy otra semana, hermanito,” dijo Reece. “Pero te lo advierto. Necesito conocerla yo mismo antes de creerme que esto es auténtico.”

“¿Crees que no puedo cuidar de mí mismo en lo que concierne a las mujeres?” El susurro de Zac viajó claramente escaleras arriba. La acústica de la vieja casa era excepcional. “¿Crees que no conozco la diferencia entre el sexo y el amor?”

Mi corazón se detuvo. La palabra que empieza por A. Había estado esperando a que él lo dijera ayer todo el día y toda la noche, y estaba bastante segura de que se había evitado decirla más de una vez. Me alegraba que no la hubiera dicho porque tenía un ataque de pánico. Los latidos de mi corazón ya habían vuelto a acelerarse y pequeños puntos negros danzaban delante de mis ojos. Pero no me desmayé, gracias a Dios.

“Él tiene razón,” dijo Ash. “Él sabe lo que está haciendo. Ha tenido más experiencia con las mujeres que el resto de nosotros juntos.”

“Habla por ti,” musitó Reece.

“Señoras, basta.” Ese era Blake. “Os dejaremos a los dos solos, Zac, pero Reece tiene razón. Necesitamos conocerla pronto. Solo estamos cuidándote. Nadie quiere verte herido.”

“Gracias. Tomo nota de vuestra preocupación, pero estoy bien.”

Parece que hubo una ronda de palmaditas en los hombros, quizás algunos apretones de manos. Luego dijeron adiós y la puerta se cerró. Oí un coche alejarse, y Zac subió las escaleras. Corrí de puntillas hacia el cuarto de baño y cerré la puerta.

Dejé correr el agua del lavabo durante un minuto y luego salí, justo cuando él entraba en la habitación. “He oído voces,” dije, toda inocencia. “¿Perteneían a tus hermanos?”

“Ya se han ido. Amy, hay una foto de los dos juntos en el periódico.” Se mordió el labio y frotó mis brazos. “¿Eso te parece bien?”

Asentí y luego sacudí la cabeza. “No lo sé.”

“No hay nombre ni historia, solo un breve pie de foto que dice muy poco. ¿Quieres que llame al periódico y les diga que dejen de molestar?”

“¿Supondría alguna diferencia?”

“Probablemente no.” Se encogió de hombros, como disculpándose.

“Tus hermanos han sido muy amables viniendo a enseñártelo. Supongo que estaban preocupados por ti.”

Puso los ojos en blanco. “Son unos entrometidos.”

“No les culpo por querer conocer a la mujer que consiguió que su hermano pequeño fuera hasta el altar. Yo también estaría preocupada si estuviera en su posición.” Me alejé, rompiendo la conexión, y trasteé con mi ropa, doblándola y volviéndola a doblar. No quería mirarle.

“Solo son extra protectores desde que Damon fue a prisión. Es como si hubieran fracasado al protegerle, así que han duplicado sus esfuerzos con el hermano que pueden controlar, o que creen que pueden controlar. Yo.”

Tragué saliva. “Es bueno que se preocupen.”

“Sí. Todos lamentamos haber dejado que Damon cayera en una espiral fuera de control. Deberíamos haberle detenido para que no se metiera cada vez más profundamente en problemas, pero todos estábamos pasando por algo por aquel entonces. No lo vimos en el momento. Pero las cosas son mejores ahora. Todos somos más responsables, para empezar. Y estamos casados.”

Sí. Incluso él.

“Quiero que les conozcas,” dijo. “A todos, incluyendo a Damon. Pero solo cuando estés preparada.”

Si alguna vez necesité una razón por la que este matrimonio no podía continuar, estaba justo ahí, encapsulada en esa única petición. Los Kavanagh me crucificarían cuando se dieran cuenta de lo que yo había hecho.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien me reconociera?

Desayunamos y luego ambos trabajamos con nuestros portátiles. Era difícil concentrarse. Una incomodidad se había instalado entre nosotros, y no me gustaba, aún cuando principalmente provenía de mí. Echaba de menos la comodidad de la noche anterior y la diversión de hacer surf juntos. Echaba de menos sus sonrisas.

Jemma me llamó a las diez y media para decirme que mi foto estaba en el periódico. Los teléfonos no dejaron de sonar después de eso. Cuando no era el mío, era el de Zac. Él recibió muchas más llamadas que yo. Casi cada vez se ruborizaba, me miraba, e interrumpía al interlocutor antes de colgar. Nunca reveló mi nombre, y nunca les dijo que estábamos casados. Tenía la sensación de que eran ex novias.

Cuando llamó mi madre, yo casi había tenido suficiente, pero escuché sus chillidos de placer de todos modos. Después de todo, era mi madre. “¡Zac Kavanagh! Oh Dios mío, Amy, es un partidazo. Un partidazo. Estoy tan, tan feliz. Mi pequeña finalmente ha tenido éxito.”

“¿Finalmente? Mamá, tengo una gran carrera.”

“Sí, pero ahora tienes un gran marido.”

“Eso no lo sabes. No le has conocido.” Miré a Zac, pero él estaba lidiando con una llamada telefónica propia.

“Se ve guapo en la foto, y muy agradable.”

Gruñí. “Mamá, nos conocimos en Las Vegas y nos casamos esa misma noche.”

“¿Y?”

Bajé la voz. “Y no durará.” Mi corazón se hundió en protesta. Odiaba admitirlo, pero me estaba acostumbrando a la idea de estar con Zac, y también empezaba a gustarme. Despertarme

junto a él todos los días, pasar nuestros fines de semana así, y reírme con él; todo parecía perfecto.

Demasiado perfecto.

“Tengo que colgar,” le dije.

“Pero no he...”

Le colgué. Mi teléfono volvió a sonar. Lo puse en silencio y lo dejé sobre la mesa, pero vibraba y se iluminaba una y otra vez, no solo con el número de mi madre, sino con el de todo el mundo en mi libreta de contactos. Lo apagué del todo.

“¿Estás bien?” preguntó Zac mientras dejaba su teléfono.

“Claro.”

Me miró cuidadosamente. “Es solo que ahora todos tus amigos lo saben. No pasará mucho tiempo antes de que salga tu nombre, y todo sobre ti.”

“¿Te preocupa que me acojone?”

“Sí.”

“No lo haré. Ya habría tenido un ataque de ansiedad si fuera a hacerlo. Mi madre estaba muy entusiasmada.”

Él sonrió. “Podía oírlo chillar de placer desde aquí.”

Sonreí, pero fue poco entusiasta. Aunque no había sufrido un ataque de pánico por lo de que todo el mundo descubra lo mío, aún parecía cercano, como si estuviera al borde del ataque.

El teléfono de Zac sonó. Maldijo y contestó mientras yo volvía a concentrarme en mi trabajo. Pero no pude evitar escuchar. La voz de mujer sonaba aguda, histérica.

“Zoe, para,” dijo Zac al teléfono. “No tienes derecho...” Él escuchó mientras ella hablaba. “No lo éramos,” añadió. “Tú y yo no hemos estado juntos desde...” Soltó un bufido mientras ella chillaba por la línea. “Te has pasado de la raya. Voy a colgar ahora.”

Colgó y apagó el teléfono. “Lo siento,” me dijo. “Era una de mis ex novias.”

¿Una de? “¿Ella está molesta porque estás... viendo a otra persona?”

“Sí, pero no debería estarlo. Rompimos hace meses. Creo que ella supuso que volveríamos a estar juntos.” Sacudió la cabeza mirando el teléfono. “Todavía lo cree. No sé por qué salí con ella tanto tiempo como lo hice. Fue una de esas relaciones con interrupciones...”

“No necesitas explicarlo,” le interrumpí. “Tus asuntos son tus asuntos.”

Él me miró parpadeando como un búho. “Si te pone incómoda, pararé.”

“No es eso. Simplemente no quiero que sientas que tienes que contármelo todo. Incluso si estuviéramos... si nuestro matrimonio durase... no esperaría que me contaras todo lo de tus ex novias si no quisieras.”

Su lenta sonrisa me hizo fruncir el ceño, hasta que me di cuenta de por qué estaba sonriendo. Yo había dicho *si* nuestro matrimonio durase. Sonaba a que yo estaba concediendo que tendríamos una oportunidad. Joder.

“Amy, quiero que lo sepas todo sobre mí: el pasado y el presente, lo bueno y lo malo. No tengo nada que esconder y no te ocultaré secretos. Creo en la honestidad en el matrimonio, aún cuando esa honestidad haga daño de vez en cuando.”

La sangre se me heló en las venas. Mi corazón se detuvo por completo. Le miré fijamente, intentando decidir si él sabía que le estaba ocultando un secreto. Un secreto muy grande. Uno que podría destruirnos.

Nos.

Había un ‘nosotros’, me di cuenta. Al menos yo quería que lo hubiera.

Puntos negros bailaban delante de mis ojos. Mi respiración comenzó de nuevo con rabia, dura y con fuerza como si acabara de correr dos kilómetros. Mi corazón también empezó a latir y golpeaba contra mis costillas. Me agarré al borde de la mesa, clavando las uñas en la madera.

Cálmate, Amy. Solo respira.

Zac estuvo a mi lado en un segundo. “¿Amy?” Su reconfortante voz retumbaba desde su pecho y se deslizaba sobre mí, como una cálida manta. Su mano acariciaba mi nuca, sus labios presionados contra mi sien. Me sostuvo hasta que mi respiración volvió a la normalidad.

Pero el pánico no se desvaneció del todo. Tenía que salir. Alejarme. Tenía que pensar sin su presencia embarullando mis hormonas y mi cerebro.

Le empujé y recogí mi ordenador. “No puedo hacer esto. Me voy a casa.”

“No, espera, por favor. Háblame.”

“Ahora no. Más tarde. Mañana.” Quizás. Salí corriendo de la cocina y él me siguió.

Para mi sorpresa, él no intentó detenerme. Cogió mi bolsa y la llevó abajo. No hablamos hasta que estuve a punto de subirme al coche.

“Amy.” Su suave voz me detuvo en seco. Estaba llena de preocupación. Sus dedos acariciaban mis brazos con gentileza. “Sé que esto te ha asustado aún más, pero no puedo dejarte ir sin decirte que me lo he pasado maravillosamente bien este fin de semana. Pasar tiempo contigo solo confirmó que no lamento que nos hayamos casado.”

Intenté soltarme pero él no me dejó. Se inclinó, besó mi frente, y luego finalmente me liberó. Intenté tragarme el nudo en mi garganta, pero era imposible. Las lágrimas me escocían en los ojos mientras miraba fijamente su pecho.

“Te daré algo de espacio y tiempo,” añadió. “Pero te llamaré.”

Oh sí, no me cabía duda que me llamaría cuando su madre le dijera quien era yo y lo que le había hecho a su familia.

Subí a mi coche y solté un tembloroso suspiro mientras me alejaba conduciendo. Me resistí a mirarle por el espejo retrovisor, pero no pude evitarlo cuando giré la esquina. Estaba en la acera, los brazos colgando a los lados, con todo el aspecto de alguien que estuviera despidiéndose para siempre.

Mantuve el teléfono apagado el resto del día y de la noche. No podía soportar escuchar a mi madre alardeando de que yo hubiera cazado a un Kavanagh, y no quería oír a más de mis amigos preguntándome qué cojones estaba haciendo con el hermano del tío al que metí entre rejas.

Me levanté temprano para trabajar el lunes, pero Jack ya estaba allí. Me llamó desde su puerta. “Amy, entra aquí. ¡Ahora!”

Genial. Él también había visto la foto en el periódico, y quería recordarme que era muy mala idea salir con un Kavanagh y luego dejar que los periódicos lo divulgaran.

“Lo sé, lo sé,” le dije, cerrando la puerta tras de mí. “Todavía no han informado de mi nombre, pero probablemente lo harán. Mantendré la cabeza baja durante un tiempo hasta que todo se pase.”

Él pareció desconcertado al principio, y me pregunté si todavía no habría visto los periódicos. “Sí, eso.” Vale, entonces los había visto. “Esperaba algo mejor de ti, Amy. Espero que estés preparada para el ataque público que los periódicos te dedicarán cuando descubran tu nombre y donde trabajas. Tu novio te soltará como a una patata caliente cuando lo hagan. Supongo que él no lo sabe, ¿verdad?”

“No.”

“No tardará mucho.”

Mi pecho estaba contraído. “Lo sé.”

“Cuando descubran que también estás implicada en el caso Kimble, se va a poner aún peor,” rugió.

Fruñí el ceño. “¿Qué tiene que ver Ky Kimble con todo esto?”

Se reclinó en su asiento y cruzó los brazos sobre su gran barriga. “Todavía no has comprobado tus mensajes, ¿verdad?”

“Mis...” ¡Oh mierda! Había apagado el teléfono y no había vuelto a encenderlo. Miré la puerta cerrada. Mi teléfono todavía estaba dentro de mi bolso sobre mi mesa. Volví a girarme hacia Jack y supe que algo malo había pasado. Algo que era culpa mía. Casi me daba miedo preguntar. “¿Qué pasa?”

“Yolanda Murphy me llamó esta mañana porque no podía contactar contigo. Se ha echado atrás.”

“¿Qué? ¡No! No puede hacer eso. Es nuestra mejor testigo.”

“Ella es nuestra única maldita testigo, y han llegado a ella. Los abogados de Kimble llegaron a ella mientras tú te estabas morreando con tu puto novio.”

No era culpa mía, quise decirle. Pero no lo hice porque *era* culpa mía. Se suponía que yo debía estar accesible para Yolanda. Se me había asignado que la mantuviera de nuestro lado y lejos de los abogados de la defensa. Ella me había llamado y yo no había estado disponible.

Me sentía enferma. Todo el caso se estaba desmoronando por mi culpa.

“Lo siento,” susurré. “Lo siento mucho, Jack.”

“Discúlpate con la víctima, no conmigo.”

Lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Oh Dios, oh Dios. ¿Qué había hecho? Había estado tan consumida por mis propios problemas que no había estado haciendo mi trabajo de forma adecuada. Había decepcionado a personas que confiaban en mí, ¿y por qué? Por una relación que estaba basada en una mentira. Una relación que no tenía ninguna oportunidad.

“Eso no es lo peor.” Jack me lanzó un periódico. Las páginas se separaron y revolotearon hacia el suelo. Un gran titular en negrita dominaba la página de portada.

Testigo se retira. El caso Kimble se desmorona.

“¿Qué cojones?” Lo recogí y lo leí. “Es lunes por la mañana. ¿Cómo es que ya tienen esta información?”

“Esa no es la pregunta que deberías estar haciéndote,” soltó Jack. Su rostro estaba rojo, sus ojos abultados en medio de círculos oscuros. “Deberías estar preguntándote cómo vas a salvar tu trabajo.”

Tragué saliva. “Vas a despedirme.” No era una pregunta.

“Alguien necesita hacerse responsable por este desastre, y tú eres la opción más obvia.”

“Pero... soy buena en mi trabajo.” Normalmente.

“No importa. Necesito que vean que estoy haciendo algo al respecto. Además, tu conexión con Kavanagh también está a punto de explotarte en la cara. Será mejor para ti si te vas; de otro modo la prensa te atacará por dos frentes. Podría ser peor, Amy. Mucho peor. Lo siento.” Sonaba genuino, como si de verdad no quisiera dejarme marchar, pero no tuviera opción.

“Por favor, Jack, dame otra oportunidad. Hablaré con Yolanda y la convenceré para que testifique. Dame hoy y mañana. Por favor, Jack. Este es mi primer error. ¿No me merezco otra oportunidad?”

Su inclinación de cabeza fue leve pero estaba ahí. “Tienes hasta el final de la jornada de trabajo de mañana.”

Salí de su despacho con piernas temblorosas e intenté evitar todas las miradas que todo el mundo me estaba dedicando. Miradas acusadoras y enfadadas. Mi equipo me odiaba. Habían trabajado duro en este caso y yo lo había arruinado.

Timothy me tendió una taza de café caliente cuando me senté. “Parece que lo necesitas.”

“Necesito más que esto.” La acepté y le di un sorbo. “Ponme con Yolanda al teléfono,” le dije.

Él asintió y se marchó. Unos momentos más tarde, volvió. “No contesta.”

“Sigue intentándolo. Si no contesta, voy a ir a hacerle una visita.” Era todo lo que podía hacer, pero tenía la horrible sensación de que era muy poco y demasiado tarde.

Jemma y Katy se pasaron a ver si yo estaba bien, pero no podía hablar con ellas. No quería hablar con nadie, solo con Yolanda.

Tuvimos reuniones para intentar pensar en otro modo de conseguir una condena sin Yolanda, pero fue inútil. Teníamos muy poco. El resto del día se pasó intentando averiguar cosas que decirle a la prensa e intentando encontrar a Yolanda. Ella no estaba ni en el trabajo ni en casa. Su novio también había desaparecido, y su madre dijo que se estaba tomando algo de tiempo de descanso, pero no dijo donde.

“Mi hija está delicada ahora mismo.” Me miró como si yo fuera responsable del estado mental de Yolanda. “Ella necesita alejarse de todo esto un tiempo.”

Timothy se sentó conmigo cuando volví a la oficina por la tarde. Era el único que no estaba haciendo malabares para evitarme. Me di cuenta de que me gustaba. Me gustaba mucho.

“Tengo algunas pistas sobre su localización,” dijo él, dándole golpecitos a una libreta con su bolígrafo. “Estos son los hoteles a los que llamó su novio desde su móvil anoche. Creo que se están alojando en uno de ellos.”

“¿Cómo has conseguido esa información?”

Él me guiñó un ojo. “No es lo que sabes, sino a quien conoces. Ten paciencia y descubriré dónde están.” Se levantó, pero hizo una pausa para enderezar el montón de papeles en la esquina de mi escritorio. Estaba desordenado y no me había dado cuenta.

Timothy no tenía todavía ninguna respuesta para cuando llegó el final de la jornada. “Vete a casa,” le dije a las seis en punto.

Él miró su libreta con el ceño fruncido. Rayas rojas tachaban los nombres de todos los hoteles. “No lo entiendo. Deberían estar en uno de estos.”

“No pasa nada. Ella aparecerá.” Cuando fuera demasiado tarde.

Me dedicó una sonrisa sombría, probablemente pensando lo mismo que yo. El tiempo se nos escapaba y no teníamos oportunidad de encontrar a Yolanda si no quería ser encontrada.

Conduje a casa en un estado de insensibilidad, y me acurruqué en el sofá con un envase de helado que ni siquiera me comí. Mi teléfono sonó y corrí a por él, pero no era Yolanda. Era mi madre. Contesté pero la interrumpí antes de que pudiera empezar a desvariar sobre lo maravilloso que era Zac.

“Vamos a pedir una anulación,” le dije. “El matrimonio fue un loco error.” Colgué antes de que pudiera protestar. El teléfono volvió a sonar casi inmediatamente. El número de Zac parpadeaba.

Solté un suspiro y contesté.

“Solo quería ver si estabas bien,” dijo.

“Estoy...” Pensé mentirle y decirle que estaba bien, pero no pude hacerlo. De todos modos ya lo había oído en mi voz. “Zac, se ha acabado. Mis abogados se pondrán en contacto con los tuyos.”

“Amy, no. Vamos, hablemos de ello. Sé que te lo pasaste genial durante el fin de semana...”

Le corté con brusquedad. “No puedo seguir haciendo esto. No debería haberme quedado contigo el fin de semana. Fue una mala decisión por mi parte, y ahora todo se está viniendo abajo.”

“¿Qué quieres decir? ¿Alguien te lo está haciendo pasar mal después de haberte visto en el periódico conmigo?”

Oh sí, Jack me lo había hecho pasar realmente mal, pero iba a ponerse peor. “No es eso.”

“Mira, Amy, ¿puedo ir a tu casa?”

“¡No!”

Él suspiró. “Entonces me estás obligando a decir esto por teléfono. Te quiero.”

“No, Zac.”

“Te quiero, Amy. He querido decirlo todo el fin de semana, pero me daba miedo que haría que huyeras.”

Tenía razón. No había estado preparada para oírlo. Seguía sin estarlo, pero por razones diferentes. El viernes por la noche, que alguien me dijera que me quería y que quería permanecer casado conmigo me asustó porque no creía en el amor y en el felices para siempre, y porque me daba miedo perderme. Ahora, oírlo me asustaba porque sabía que yo también le amaba... y estaba a punto de perderle.

“Estar casada conmigo no cambiará muchas cosas,” dijo. “Solo significa que todos los fines de semana serán como lo ha sido este. Nos despertaremos juntos, haremos surf juntos, haremos tanto o tan poco como queramos juntos. Nos reiremos, Amy, y sé que quieres reírte.”

Me rodaban lágrimas por las mejillas y no pude responder. Sí, quería reírme. Aguanté su pausa mordiéndome mi tembloroso labio.

“Nada necesita cambiar, nena. Todavía puedes hacer lo que quieras, tener tu propia carrera, y...”

“¿Qué sabes sobre mi carrera?” Me salió con más dureza de la que pretendía porque estaba intentando no derrumbarme.

“No demasiado. Me has contado muy poco, y mi madre ni siquiera ha mencionado para qué bufete trabajas.”

“¿Tu madre?” ¿Qué tenía que ver su madre con nada de esto?

Él suspiró. “Hora de las confesiones. Mi madre me visitó esta tarde y me dije que te aprobaba.”

“¿Eh?” Sonaba estúpida, pero me sentía estúpida. ¿Cómo podía su madre aprobarme si ni siquiera me conocía?

“Es una larga historia, pero mi madre tiene una forma... única de hacer las cosas. Ahora bien, por favor, no te enfades, pero ha infiltrado a un espía en tu lugar de trabajo.”

Él esperó, pero yo no dije nada. Estaba demasiado asombrada como para hablar. Si su madre había infiltrado a un espía en mi oficina, entonces sabía donde trabajaba. Tenía que saber que yo estaba implicada en el juicio de Damon. ¿Y aún así no se lo había contado a Zac y me aprobaba? Debía haberle oído mal.

“Ella dijo que a su espía le gustas y te respeta,” continuó. “¿Amy? Di algo. Grítame, enfádate, o dime que mi madre está loca. No te culpo y no estoy de acuerdo con sus métodos. Si ayuda, me enfadé mucho con ella.”

Pero no dije nada. Su madre no se lo había contado. ¿Por qué? No tenía sentido. Quizás ella no lo sabía. Quizás no se acordaba de mi nombre y mi cambio de pelo también la había engañado.

“Zac...” Respiré hondo y solté el aire despacio. “Sigo queriendo la anulación.”

“Amy, nena, por favor.” Su voz tenía una nota de pánico. Finalmente parecía que se daba cuenta de que yo lo decía en serio, y que no podía convencerme de lo contrario con su encanto. “Déjame ir a verte. Hablaremos de ello.”

“No. De ninguna manera. Mantente alejado de mí.” Era peligroso en persona. No era solo su voz suavemente insistente, sino también sus grandes y hermosos ojos, su honesta boca sonriente, sus tiernos besos, y sus manos. Yo no quería sucumbir. Quería mantenerme firme. *Necesitaba* hacerlo. “Y no vuelvas a llamarme.”

Colgué antes de que pudiera responder. Luego me tumbé en el sofá y sollocé contra los cojines. Era una cobarde patética. Acababa de alejar lo mejor que me había pasado en la vida, solo porque no podía enfrentarme a él después de que descubriera lo que yo había hecho.

CAPÍTULO 10

“Vaya, estás hecha un desastre.” Timothy me dedicó una sonrisa compasiva y me tendió el periódico. “Supongo que has visto esto.”

Gruñí. ¿Ahora qué? ¿Sabían los periodistas que era culpa mía que el caso Kimble se hubiera desmoronado? Apenas me atrevía a mirarlo, pero lo hice de todos modos. De nuevo noticia de primera plana, pero no era exactamente lo que pensaba que sería.

Ayudante del Fiscal del Distrito se casa con un Kavanagh después de enviar a su hermano a prisión.

Oh Dios. La oscuridad se apoderó de mí desde todas partes y se me puso un nudo en la garganta. Timothy me cogió del brazo y me guio hacia la silla. Puso una taza en mi mano.

“Solo respira, Amy.” Sonaba como Zac, y al mismo tiempo para nada como él. La voz de Zac era reconfortante y cálida, como chocolate derretido en el que solo quería revolcarme.

Zac... él lo sabía ahora, con seguridad. No había escape esta vez. No había escapatoria.

Al menos él no me estaría persiguiendo de nuevo ahora que lo sabía. Nunca jamás. Él llamaría a su abogado pronto, si no lo había hecho ya.

“Incluso tienen una copia del certificado de matrimonio,” murmuré.

“Y una foto de Damon Kavanagh mientras se lo llevan esposado.” Timothy fue a quitarme el periódico, pero me agarré a él.

Leí más del artículo, y cuanto más leía, más enferma me sentía. “Aquí dice que la razón por la que el caso Kimble se ha venido abajo es porque yo estaba demasiado ocupada con mi nuevo marido.”

¿Cómo sabían lo del matrimonio? Claro que me habían visto con Zac, ¿pero algún periodista astuto había atado cabos y habría decidido comprobar los registros matrimoniales de Las Vegas? ¿O se lo había dicho alguien? ¿Alguien con información privilegiada del caso y nuestra oficina?

Alguien estaba espiando para la familia Kavanagh, y no quería que Zac se casara conmigo. Su madre. Ella había dicho que estaba feliz con su elección de esposa, ¿pero cómo podía ser? Ella nunca me había conocido. Debía haberlo dicho meramente para aplacar a Zac y parecer compasiva cuando la mierda llegara al techo y todo apareciera en la prensa. Ella debe haber informado a los periódicos para arruinarme y hacerme quedar mal a ojos de Zac. Ella había hecho un trabajo jodidamente concienzudo.

“Amy, entra aquí.” La voz de Jack me sobresaltó. Salí de mi estupor y acepté la sonrisa compasiva de Timothy, aún cuando parte de mí se preguntaba si él era el espía. Pero nos llevábamos bien. Me estaba ayudando a encontrar a Yolanda. Era amable. Seguro que no era él.

No había tiempo de pensar en ello. Jack estaba furioso en la puerta de su despacho, con aspecto de querer arrancarme la cabeza. O despedirme.

Ni siquiera se molestó en ofrecerme un asiento. “Vas a tomarte un tiempo libre sin salario.”

“Pensé que tenía hasta el final de la jornada de hoy.”

“Ya no. No después del último escándalo al que has arrastrado esta oficina. Considérate afortunada de que no te haya despedido directamente.”

“¿Cuánto tiempo tengo que permanecer alejada?”

“Hasta que esto se olvide.”

“¿Habrá trabajo para mí cuando vuelva?” Mi voz sonaba pequeña y patética, no la imagen que quería darle a mi jefe, pero no podía evitarlo.

“No depende de mí.” No me miró a los ojos.

Así que toda mi carrera estaba en manos de alguien que no era mi superior inmediato, quien probablemente no sabía lo duro que yo trabajaba, ni sabía lo que mi carrera significaba para mí. Ni siquiera podía estar segura de que Jack apoyase mi caso. Él necesitaba un cabeza de turco—alguien que no fuera él—y tenía que ser yo.

Para ser justos, yo la había cagado a lo grande. Me merecía ser despedida, o degradada, o que me obligaran a dimitir. Ahora solo tenía que lidiar con ello.

Él abrió la puerta por mí, y salí. No llevaba exactamente la cabeza en alto, pero tampoco tuve un colapso. Mi corazón latía con fuerza, pero no se estaba volviendo loco, y no había puntos negros delante de mis ojos, ni me faltaba el aliento. Iba a estar bien. Triste, pero bien.

Cogí mi bolso sin hablar con nadie. Sentí docenas de ojos sobre mi espalda mientras me marchaba, pero no saludé a mis colegas. Conseguí bajar en el ascensor sin romper a llorar, e incluso llegué a mi coche.

Pero no pude arrancarlo. Las lágrimas llegaron rápidas y abundantes, oscureciendo mi visión. Me quedé sentada en el aparcamiento y sollocé contra el volante. Era un desastre. Mi vida era un desastre. Había jodido, no solo mi vida, sino también el caso Ky Kimble. Su víctima no iba a recibir ninguna justicia. Me merecía cualquier castigo que Jack me infligiera.

Pero no fue perder mi trabajo lo que provocó la inundación de desgracia y lágrimas. Era perder a Zac. Era que él pensara lo peor de mí, quizás que incluso me odiara. Era saber que nunca volvería a verle sonreírme.

Como si supiera que estaba pensando en él, mi móvil sonó y su número parpadeó. No podía formar frases coherentes y me sentía demasiado frágil como para enfrentarme a él, pero contesté de todos modos. Le debía eso al menos.

“¿Por qué no me lo dijiste?” preguntó. Nada de saludo ni de “hola, ¿cómo estás?” esta vez. Solo rabia y dolor llegando claramente por la línea.

“Yo... no podía. Lo siento.” Dios, eso sonaba estúpido. Presioné con los dedos sobre mis ojos, exprimiendo más lágrimas aún cuando pensaba que se me habían agotado.

“Amy, yo he sido honesto contigo todo el tiempo.” Maldijo por lo bajo. “Sospechaba que estabas ocultando algo, pero nunca pensé que fuera esto. Joder.”

Sí. Joder lo resumía bien.

“¿Por qué no me lo dijiste?” preguntó de nuevo.

“No... no lo sé.”

“Querías la anulación desde el principio. ¿No habría sido esto el arma perfecta para conseguirlo?”

Mi barbilla temblaba mientras más lágrimas se deslizaban silenciosamente por mis mejillas. No proferí ningún sonido. No quería que supiera lo desgraciada que me hacía pensar que ‘el arma perfecta’, aunque había sido disparada tarde, había destruido su amor por mí.

Su desafortunado pero totalmente maravilloso amor.

Me dolía el pecho al pensar en lo que había perdido. Por eso era por lo que no había querido pasar el fin de semana con él en primer lugar: porque sabía que me enamoraría de sus encantos y resultaría herida. Era por eso por lo que no pude obligarme a contarle desde el principio lo de Damon.

“Lo siento,” conseguí susurrar a través de mi tensa garganta.

“Sí,” dijo él calladamente. “Yo también. Esto... cambia algunas cosas.”

Si hubiera podido conjurar una risa, lo habría hecho. No cambiaba *algunas* cosas; lo cambiaba todo. O nada, desde mi perspectiva. Yo siempre había sabido que nuestro matrimonio estaba condenado desde el principio. Ahora él también se estaba dando cuenta. No me sorprendía que estuviera sorprendido y enfadado conmigo. No podía culparle por ello.

Mi teléfono sonó con otra llamada. Probablemente no la respondería, a menos que fuera Yolanda, pero era una buena excusa para terminar mi conversación con Zac. “Tengo que colgar,” le dije. “Adiós.” No hubo respuesta, así que añadí, “Siento haberte hecho daño. Ojalá...” Suspiré. “No importa.”

Colgué y contesté la otra llamada sin mirar el número.

“¿Amy?” Era Timothy. “¿Todavía estás cerca de la oficina?”

“En el aparcamiento.” No quería escucharle. Como espía de la señora Kavanagh, lo había arruinado todo. No, eso no era justo. De todos modos todo habría resultado arruinado al final.

“Genial. Tengo noticias. He encontrado a Yolanda y no está lejos. Está en el Hotel Grand Roxburg y acepta hablar contigo.”

“Pero ya no estoy trabajando en el caso.”

“Ella no quiere hablar con nadie más. Al parecer Jack la asusta.” Soltó una risotada. “Él también me da miedo a veces.”

Parpadeé mirando por el parabrisas, no viendo realmente nada más allá.

“¿Amy? ¿Sigues ahí? ¿A qué estás esperando? Está en la habitación 221. Ve ahora antes de que cambie de opinión.”

Colgué y volví a meter el teléfono en mi bolso. Conduje lo más rápido que pude hasta el Hotel Grand Roxburg. Fueron diez minutos en el tráfico y otros cinco para llegar a su habitación desde el aparcamiento subterráneo. Su novio respondió cuando llamé a la puerta.

“Soy Amy Grant, de...” Técnicamente ya no era de la oficina del Fiscal del Distrito, y no podía mentir. Sin embargo, él debía acordarse de mí y me dejó entrar. Se presentó como Brayden.

Yolanda me dedicó una sonrisa plana desde el sofá situado cerca de la ventana. También parecía que hubiera estado llorando. Me miró con los ojos entrecerrados.

“¿Está bien?” preguntó.

“Han sido un par de días duros.”

“A mí me lo va a decir.” Le pidió a Brayden que nos hiciera café. Él se puso a ello en la pequeña cocina que venía con la gran habitación.

“Este es un bonito lugar para refugiarse durante un tiempo,” dije.

“Sí. Necesitaba alejarme. Sabía que habría una tormenta mediática, y no podía enfrentarme a más interrogatorios vuestros.”

“¿Entonces por qué has accedido a verme ahora?”

Ella encogió un hombro. “Su ayudante dijo que se lo debía. Dijo que usted había trabajado muy duro y que ahora había perdido su trabajo.” Hizo una mueca. “Lo siento, señorita Grant. Lo siento de verdad, pero...” Farfulló un sollozo.

Me incliné hacia ella y toqué su mano. “Está bien. No estoy enfadada contigo. Nada de esto es culpa tuya, sino mía. Debería haber estado disponible cuando dije que lo estaría. Me... distraje.”

“Sí, con Zac Kavanagh. ¡Vaya distracción!” Supongo que ella había visto los periódicos después de todo. Se inclinó hacia delante. “Creo que yo también habría apagado mi teléfono si consiguiera pasar el fin de semana con él.” Miró a Brayden, pero parecía que él no le había oído.

“No hay excusas,” dije con una firme sacudida de mi cabeza.

Ella sacudió su largo cabello rubio de su hombro y se serenó. “¿De verdad ha perdido su trabajo?”

“Me han obligado a tomarme tiempo libre.”

“Oh. Entonces usted es la cabeza de turco por mi cambio de idea.”

No quería que ella se sintiera mal. Eso podía hacer que se pusiera a la defensiva, y una persona a la defensiva no tenía ganas de escuchar. “¿Qué pasó, Yolanda? ¿Por qué te echaste atrás?”

Ella aceptó la taza de café de Brayden y le dio un sorbo. “Alguien del equipo de la defensa de Kimble vino a verme. Una mujer.”

“Por supuesto,” dije irónicamente. “Su equipo está plagado de abogadas.”

“La cuestión es que ella me hizo pensar en las implicaciones. Amy, yo tengo el poder de cambiar la vida de Kimble.”

“Sí, lo tienes.” No iba a mentirle. Ella necesitaba ser totalmente consciente de lo que estaba haciendo. Me reconfortó el hecho de que hubiera accedido a verme. O bien lo estaba reconsiderando o Timothy simplemente era jodidamente bueno.

“Yolanda no estaba segura de querer esa responsabilidad,” dijo Brayden, sentándose junto a ella. Apoyó su mano sobre su rodilla. “Era mucha presión para ella.”

“Lo entiendo.”

“La cuestión es,” dijo ella, “que si no testifico, entonces la víctima no consigue justicia. Es duro, ¿sabe? A ver, ella se merece justicia, pero la abogada de Ky Kimble me dijo que él se arrepentía de lo que había hecho, y que no se merecía sufrir tanto por un estúpido error.”

Maldita sea, ojalá hubiera estado grabando esto como prueba de que Ky lo había hecho... de su ‘error’. Sorbí mi café, pero sabía horrible, así que lo dejé sobre la mesa entre nosotras. La breve pausa me dio un momento para reunir mis pensamientos y filtrar mis emociones. Ese momento fue suficiente para darme cuenta de lo que tenía que hacer, y lo que tenía que decir.

“Escúchame, Yolanda. En primer lugar, quiero darte las gracias por aceptar verme. Siento que mi ayudante te hiciera sentir culpable por lo de mi trabajo, y quiero que sepas que no es culpa tuya. Voy a dimitir.”

“Oh. ¿Por qué? ¿Por esto?”

“No.”

“¿Por lo del hermano Kavanagh al que enviaste a prisión?”

Asentí con la cabeza. “Me parece que es lo más correcto que puedo hacer. Quiero salvar mi matrimonio.” Oh cielos, sonaba increíble al decirlo en voz alta. Como si me hubieran quitado un peso del pecho. “Estoy casada con un hombre maravilloso y quiero permanecer casada con él. Eso significa hacer un sacrificio. Si no lo hiciera, lo lamentaría el resto de mi vida.”

“Bien por ti.” Ella sonrió, aunque parecía estar al borde de las lágrimas.

“Eso es lo que quiero que entiendas ahora, Yolanda. No voy a decirte qué hacer. La elección es tuya, no mía. Es tu vida. Pero esto es lo que he aprendido después de ver como mi matrimonio me reventaba en la cara: necesitas hacer algo con lo que puedas vivir el resto de tu vida. Haz lo que sea que haga que te arrepientas menos. Para mí, eso significa hacer lo que me pone más incómoda, empujándome a una zona que me aterroriza. Sé que no siempre me aterrorizará. Mañana me dará menos miedo, y el día después un poco menos aún. Un día, no me dará nada de miedo, y miraré hacia atrás y me alegraré de haber hecho lo que hice.”

Ella se limpió una lágrima. Brayden cerró su mano sobre la suya y ella se inclinó hacia él. “Sí,” dijo silenciosamente. “Eso supongo que lo sabía. Solo necesitaba oírlo.”

Le di las gracias por su tiempo y dejé que me acompañara a la puerta. “Buena suerte,” dije.

“¿No cambiará de idea en cuanto a lo de volver a su trabajo?” preguntó.

Negué con la cabeza. “Me gustaba mi trabajo, pero es hora de seguir adelante.”

“¿De hacer lo que más miedo le da pero lo que hará que se arrepienta menos?”

Asentí.

“Entonces espero que funcione. Si él la ama de verdad, la perdonará.”

Sí, pero ese era el problema, ¿verdad? ¿Y si no me amaba de verdad? ¿Y si la pasión había sido intensa pero pasajera, como un cálido día de verano? ¿Y si había decidido que yo no valía la pena?

Envié un email a Jack cuando llegué a casa, diciéndole que dimitía. Él envió uno en respuesta pidiéndome que lo reconsiderara, y luego diciendo que Yolanda le había llamado para decirle que había decidido de nuevo testificar. Ella le había dicho que yo la había convencido. Jack sonaba eufórico. Me dijo que yo ya no estaba metida en problemas y que mi trabajo me estaría esperando cuando volviera a cambiar de idea.

“No voy a cambiar de idea,” le dije a mi portátil cuando le di a ENVIAR en el mensaje.

Mi madre había llamado varias veces, así que hablé con ella a continuación. Para mi sorpresa, solo había compasión en su voz. “Sea lo que sea lo que decidas hacer, yo te apoyaré.”

“He dimitido de mi trabajo,” le dije.

“Oh. Cielo, ¿es eso sensato?”

Sonreí, a pesar de mi desdicha. “Pensaba que ibas a apoyarme sin importar nada.”

“Me refería a tu relación con Zac Kavanagh. Si no quieres seguir casada con él, no te diré lo decepcionada que estoy.”

“Vaya, gracias, mamá.”

“¿Entonces...?”

“Entonces tengo que irme a darme un largo baño. Estoy agotada.”

Colgué, pero no llegué al cuarto de baño. El timbre de la puerta sonó. Las únicas personas que vendrían a mi casa serían las que sabían que estaba en casa y no en el trabajo. Eso anulaba a Zac. Debía ser Jemma o Katy, o quizás las dos. Debían estar en su hora del almuerzo.

Abrí la puerta y solté una exclamación. Zac estaba en el umbral, apoyado contra el marco, ojos ardientes debajo de párpados entrecerrados. Me recorrió con la mirada y luego volvió a hacerlo, buscando mi cara. No hizo ningún movimiento por entrar.

“Eh...” dije. Dios, qué idiota. Me hice a un lado. “Pasa.”

“Gracias.” Hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, con aspecto más taciturno que inseguro. Esperé a que él dijera algo más, pero no lo hizo.

“¿Cómo supiste que estaba en casa?” pregunté.

“Fui a tu oficina, pero dijeron que no estabas. Cuando pregunté cuándo volverías, hubo una larga pausa. Pregunté si te habían despedido, y tu ayudante dijo que era un tiempo sabático temporal.”

“En realidad he dimitido, pero él no lo sabría porque acabo de formalizarlo.”

Se quedó boquiabierto. “¿Has dimitido! Amy, ¿por qué has hecho eso?”

“Me parecía lo más correcto.”

“Pero te gustaba tu trabajo. Significaba algo para ti. Sé que era así.”

“Ni siquiera sabías donde trabajaba hasta hace un rato.” Sonaba más acusador de lo que había pretendido.

“Pero siempre he sabido como te anclaba tu trabajo. Te daba estabilidad y has trabajado duro para estar donde estás. No es algo de lo que hubiera esperado que abandonarás tan ligeramente.”

Me encogí de hombros. “Bueno, pues lo he hecho.”

Me examinó más de cerca, sus párpados levantándose un poco para permitirme verle más claramente. La tristeza en sus ojos me llegó al corazón. Le había herido de verdad.

“Amy, estoy preocupado por ti. ¿Estás segura de que estás bien?”

Estaba siendo amable de nuevo, maldito sea. No me lo merecía. Me merecía la rabia que había oído antes por teléfono. “No. No estoy bien, Zac.” Las lágrimas se agolparon de nuevo. Por un momento no pude hablar y decirle que no tenía nada que ver con mi trabajo, y sí mucho que ver con mi miedo de que él ya no me quisiera como su esposa.

Pero él estaba aquí, ¿no? Y no parecía estar enfadado.

“Ven aquí,” murmuró, rodeándome con sus brazos y atrayéndome hacia él. Acarició mi espalda y me sujetó con fuerza. Era maravilloso. *Esto* era estabilidad, mi ancla. *Esto* era lo que necesitaba. “Estoy seguro de que te devolverán tu trabajo.”

Negué con la cabeza y me separé. Primero tenía que hablar con él y aclarar las cosas. “Zac, necesito contarte por qué no dije nada al principio.”

“No pasa nada.”

“Sí que pasa. Tú has sido honesto conmigo, y yo debería haberte contado inmediatamente lo de mi trabajo y Damon. Pero... no quería arruinarlo todo entre nosotros. Pensé que quería una anulación, pero en lo más profundo no quería. Tenías razón cuando dijiste que, si hubiera querido, te habría hablado sobre mi trabajo con la esperanza de que arruinara nuestra relación.”

“Nena, no estaba enfadado contigo por tu trabajo, o por Damon. Estaba decepcionado porque sentiste que no podías confiar en mí. Eso es todo lo que quiero. Es todo lo que necesito: tu honestidad y tu amor. Todo lo demás estará bien si tenemos eso.”

“¿Cómo puede estar bien?” Entré en mi salón. No podía mirarle a la cara, o podría olvidar lo que necesitaba decir y me lanzaría entre sus brazos. “Tu familia debe odiarme, y eso no son unos buenos cimientos para construir un matrimonio, especialmente puesto que significan tanto para ti. No puedo hacerte eso. No quiero ser la polémica que te aleje de tus hermanos y de tus padres.”

Me tomó entre sus brazos y se situó tan cerca que su pecho tocaba mi espalda. Sentía su corazón latir erráticamente a través de nuestra ropa. “Ellos no te odian,” murmuró. “No te culpan por el hecho de que Damon fuera a prisión; culpan a Damon. Todos sabemos que es culpable.”

“No puedes saber lo que piensan.”

“Puedo porque he hablado con ellos esta mañana sobre el tema. Sobre ti. Y la persona con la razón más grande para despreciarte es mi madre, y resulta que ella es tu defensora más fuerte.”

Por supuesto que eso no podía ser verdad. Él estaba siendo demasiado amable, intentando demasiado ganarme. No podía culpar su lealtad o determinación, pero me estaba poniendo muy difícil alejarme. “Ella ni siquiera me ha conocido.”

“¿Recuerdas a su espía?”

“Timothy,” murmuré. “Creo que es él. Creo que él debe haber informado a los periódicos sobre lo de que mi testigo se había retirado. O se lo dijo a tu madre y ella se lo dijo a los periodistas.”

“No habría sido ella, y dudo que también haya sido él. Ella solo contrata a personas en las que confía, y me dijo que es su mejor empleado varón. Tiene una fe total en su juicio.”

“¿Ella contrata espías regularmente?”

Él asintió. “Te contaré más sobre ella más tarde, pero por ahora necesitas saber que a Timothy le gustas de verdad, y eso es suficiente para ella.”

“Eso es una locura, Zac.”

Se rio suavemente. “Esa es mi madre.” Me soltó. “Tengo una idea. No creas mis palabras. La llamaremos por videoconferencia.” Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó su teléfono. Estaba totalmente serio cuando marcó el número de su madre.

“¡No! No quiero hacer esto.” Luché por salir de entre sus brazos y me alejé. Rodeé el sofá, poniéndolo entre nosotros como un muro. “Yo... yo no puedo enfrentarme a ella.” Clavé mis uñas en el tejido del sofá, en un intento por recuperar el equilibrio. Estaba muy mal, y sentía que mis rodillas no iban a sostenerme por más tiempo. Se me revolvieron las entrañas, protestando ante la idea de hablar con su madre, o con cualquier miembro de su familia.

No podía hacerlo. Aún así sabía que tenía que hacerlo. Si quería tener una oportunidad con Zac, tenía que enfrentarme a mis miedos de cabeza y lidiar con ellos.

CAPÍTULO 11

Zac me miró fijamente, sus ojos enormes, sus labios separados. Parecía que acababa de dejar de respirar. “Amy, necesitas oír lo que tiene que decir.”

Estaba siendo una cobarde otra vez. Si él tenía razón y su madre me aceptaba, entonces bien, pero si él se equivocaba y ella me arrancaba la cabeza, entonces bien también. Yo lo decía todo en serio y no sería una brecha entre Zac y su familia. Si su familia no podía ver que yo simplemente había estado haciendo mi trabajo y no podían aceptarme como la esposa de Zac, entonces me alejaría.

Dolería tanto como arrancarme el corazón, pero tendría que ser así. Por Zac.

“¿Hola? ¿Zac? Levanta el teléfono. No puedo verte.”

Le parpadeó al teléfono. “Mamá.”

“Mejor,” llegó la nítida voz de mujer. Me recordaba a una de mis profesoras de inglés. Ella tenía los calmados y entrecortados tonos de alguien que ha ido a una buena escuela, y que esperaba que todo el mundo hiciera lo que ella dijera sin hacer preguntas. Me preguntaba cómo le sentaba esa actitud a sus cinco hijos. “¿Has hablado ya con tu esposa?”

“Amy está aquí conmigo ahora.” Él me miró.

Rodeé el sofá. Zac y yo teníamos que estar muy cerca el uno del otro para mirar el teléfono. Me rodeó con su brazo y me acopló a su costado como si fuera completamente normal. Como si fuéramos una pareja feliz. La mujer que me devolvía la mirada tenía el rubio cabello perfectamente peinado y labios rojo brillante. No era un color que las mujeres de su edad llevaran normalmente, ya que se colaba en las finas arrugas alrededor de la boca, pero se veía immaculado en ella. Había muy pocas arrugas en su rostro. Si yo me veía la mitad de bien que ella a su edad, sería feliz.

“Hola, señora Kavanagh,” dije.

“Llámame Ellen. Y tú eres Amy.”

“Sí. Amy Grant.”

“¿Vas a conservar tu nombre de soltera?”

Zac aspiró aire entre dientes. “Mamá,” dijo bruscamente, siguiendo esa tradición legendaria en la que los hijos les reñían a sus padres por avergonzarles. “Amy quiere saber si su ayudante personal era tu espía.”

“Timothy, sí.”

Esperé a que dijera más, pero no llegó nada. No se disculpó por espíarme, o por actuar como si no hubiera hecho nada fuera de lo normal. No estaba segura de si era de armas tomar, si estaba loca, o simplemente era una madre sobreprotectora.

“¿Le contó él a los periódicos lo de que nuestra testigo se negaba a cooperar?”

“No, por supuesto que no. Él no acudiría a los periódicos sin mi permiso, y yo no lo permitiría.” Arrugó la nariz. “Odio a los periodistas. No hay honor en su profesión actualmente. Son todos aireadores de escándalos, eso es lo que son.”

Supongo que más me valía no acusarla por hacerlo entonces, o por hablarles de nuestro matrimonio en Las Vegas. “Supongo que él le dijo que yo había trabajado en el juicio de Damon.”

Busqué signos delatores de que me hubiera pasado de la raya al mencionar el nombre de Damon, pero ella ni siquiera movió una ceja. Supongo que esperaba que el tema saliera. “No necesitó hacerlo. Yo ya lo sabía. Tan pronto como Zac me dijo tu nombre, lo supe. Mi memoria para los nombres y las caras es excelente. Claramente mucho mejor que las de todos mis hijos. Muy poco observadores, como su padre,” añadió en un susurro.

“Si lo sabías, ¿por qué no me lo dijiste?” preguntó Zac. “Nos habríamos ahorrado todo este... drama.”

“¿Ah sí?” preguntó su madre.

Yo estaba de acuerdo con Ellen en eso. No nos habría ahorrado nada; solo me habría hecho huir más rápido y antes. Llegar a conocer a Zac durante el fin de semana había hecho que me diera cuenta de que quería luchar por él. Antes, no me habría molestado.

“¿Qué le contó Timothy?” pregunté.

“Que eras inteligente y amable, honesta y leal. Y que no respondiste a sus avances.”

“¿Qué!” le rugió Zac al teléfono. “¿Le tendiste una trampa!”

Su madre levantó las manos. “Solo estoy cuidando de ti. Es lo que hacen las madres.”

“Apuesto a que eres la única madre en el mundo occidental que se infiltra en los lugares de trabajo de sus potenciales nueras y hace que sus espías liguen con ellas.”

Ellen puso los ojos en blanco. “Zac tiende a ser muy dramático a veces,” me dijo ella. “Solo ignórale cuando lo haga.”

“¡Madre!”

Reprimí mi sonrisa. “Timothy fue muy amable conmigo. Es un excelente ayudante personal. Va a volverse indispensable allí para cuando termine la semana.”

Ella me dedicó una sonrisa autocomplaciente. “Solo contrato a los mejores.”

No le conté que Timothy no había intentado con muchas ganas ligar conmigo. Solo había tenido ojos para Jemma. No quería amargarle su buen humor. Parecía muy complacida con su plan para ayudar a su hijo. Aunque yo pensaba que era extremadamente poco ético, descubrí que no podía estar enfadada con ella. Quizás si yo no le hubiera gustado a Timothy, las cosas serían diferentes.

“¿Va a continuar trabajando allí o puede recuperar Beverley su trabajo?” le pregunté.

“Timothy terminará mañana. Llamaré a Jack y se lo haré saber.”

Me imaginé que ella debía haber hecho un trato con mi jefe para intercambiar a Beverley por Timothy. Era eso o que hubiera chantajeado a Jack para que lo hiciera.

“Todavía me sorprende que confiara en la palabra de su empleado,” dije. “Pero me alegra que haya decidido que le gusto de todos modos, a pesar de... la situación de Damon.”

El brazo de Zac se tensó alrededor de mi cintura y sus dedos acariciaron mi cadera.

“Sabía que me gustarías antes de que Timothy me informara,” dijo ella. Eso hizo que tanto Zac como yo la mirásemos con la boca abierta. ¿Cómo podía haber sabido cómo era yo? Timothy había llegado a la oficina el lunes por la mañana, meras horas después de que Zac siquiera le hubiera dicho mi nombre. Ella no pudo tener tiempo de investigarme. “De todos mis hijos, Zac es el más parecido a su padre,” continuó. “Ambos son hombres muy encantadores, muy dulces con sus mujeres, y saben como hacer que su chica se sienta como la más afortunada del mundo.” Su voz había adquirido una nota melancólica. “Y tú eres como yo, Amy. Tan pronto como oí tu nombre, me acordé de ti. Recordé tu tenacidad y determinación. Eras joven durante el juicio de Damon, pero sostuviste mi mirada y la de los abogados de Damon sin pestañear. Podía ver que

querías avanzar en tu trabajo. Esas son cualidades que las mujeres necesitan en industrias despiadadas como la abogacía y los negocios.”

Me quedé atónita por su afirmación. Ella no era para nada dura. De hecho, cuanto más hablaba, más me gustaba. “Así que como yo soy como usted y Zac es como su padre, ¿pensó que haríamos buena pareja?”

“Sí. El padre de Zac también se enamoró de mí en el momento en que nos conocimos. Incluso me propuso matrimonio unas horas después de haberme conocido. No, espera.” Se rio como una chiquilla, el sonido muy extraño viniendo de esta mujer increíble pero estricta. “Él no me *pidió* que me casara con él, sino que me *dijo* que iba a casarse conmigo. Hay algunos fuertes paralelismos entre tu relación con Zac y la mía con mi marido. Sabía que funcionaría. Además, Zac nunca se ha declarado a una mujer antes, y ha tenido un montón de novias.”

“Mamá,” musitó él.

“Lo sé,” le dije a ella. Se lo dije a los dos.

“Pero tú eres la única a la que se ha declarado nunca.”

Sí, pensé. Lo soy. Por alguna razón, Zac me veía como alguien especial. Solo porque yo no entendía la velocidad con la que se había enamorado de mí, eso no significaba que no podía suceder. Yo estaba, me daba cuenta, enamorada de él también. Ahora.

“Tengo suerte,” murmuré, mi voz aguda y contenida. “Lo sé ahora.”

Zac se quedó muy quieto. Le oí tragar saliva.

“Bien.” El rostro de su madre desapareció de repente de la pantalla y una panorámica de la habitación en la que estaba apareció a velocidad vertiginosa. “Tengo que irme. Vosotros hablad y llamadme más tarde. Tenemos una celebración que organizar.”

Ella desconectó. Zac devolvió el teléfono a su bolsillo trasero. Su rostro estaba ruborizado, sus ojos velados de nuevo. No habló, y para alguien que siempre sabía qué decir, era desconcertante. Cogí ambas manos en las mías y le miré a la cara.

“Eso ha sido... revelador,” le dije.

“¿No estás furiosa con ella por sus métodos?”

“No estoy condonando el uso de espías corporativos, pero en este caso sus intenciones eran honorables. Creo.” Sonreí. Era difícil expresar lo que sentía cuando mis entrañas estaban haciendo una loca danza. Zac me amaba y yo le amaba a él.

Soltó mis manos para cogerme la cara. “Te he estado buscando, Amy. Como ha dicho mi madre, he tenido unas cuantas novias.”

“Creo que en realidad dijo un montón.”

Sus labios se curvaron formando una sonrisa. “Su definición de un montón y la mía difieren probablemente. Pero la cuestión es que yo sabía que tú eras la única cuando te conocí por primera vez. Nunca me he sentido así con nadie más.”

“Oh,” fue todo lo que conseguí decir.

“Y sé que nunca volveré a sentirme así. Solo puedes ser tú, Amy. Siempre.”

Las lágrimas quemaban mis ojos y se acumularon en el borde de mis párpados. “¿Estás seguro? No soy exactamente fácil o normal. A veces me dan ataques de ansiedad, y me gusta que las cosas estén organizadas.”

“Entonces tendremos una casa bien dirigida. En cuanto a la ansiedad, está bien. Estoy aquí para tranquilizarte cuando las cosas se desmadren. Además, si tu ansiedad está relacionada a sentirte atrapada, pero ya me has aceptado a mí y a nuestro matrimonio, quizás no ocurrirán tan frecuentemente.”

Asentí, pensativa. “Ha habido momentos en los últimos días que normalmente provocarían un ataque, pero he conseguido superarlo. Quizás estar casada contigo es bueno para mí.”

La comisura de su boca se elevó. “Sé que estar casado contigo es bueno para mí.” Su pulgar acariciaba mi mejilla con tal ternura y sus ojos me miraban con tanto amor que mi corazón se sentía a punto de estallar.

Pero había una cosa más que tenía que hacer antes de poder comprometerme de lleno con él. Una persona más a la que ver.

“Quiero visitar a Damon,” dije. “Quiero hablar con él.”

Él continuó mirándome por unos segundos, luego comprobó su reloj. “Podemos salir ahora y estar allí a tiempo para las horas de visita.”

Apenas hablamos de camino a la prisión. Estaba demasiado llena de nervios y esperanza, y un puñado de otras emociones, como para entablar conversación. Zac pareció darse cuenta y se quedó en silencio, aunque mantuvo su mano sobre mi rodilla la mayor parte del viaje. La prisión de seguridad media estaba localizada a las afueras de Roxburg. Los altos y sólidos muros con torres posicionadas a su alrededor me recordaban a un castillo medieval.

Después de firmar el registro, nos llevaron a través de la sala de visitas hasta donde Damon nos esperaba sentado a una mesa. Sabía que era él por sus anchos hombros y su oscura hermosura, tan similares a Zac y aún así más duro, ajado, y cansado. Lo último me sorprendió. Los guardias se quedaron cerca de la puerta y nos hicieron pasar.

La cara de Damon se animó al ver a su hermano, pero no llegó a sonreír. Sus hermosos rasgos volvieron a quedarse fijos cuando me vio. Los dedos de Zac apretaron los míos. ¿Le daba miedo que intentara huir? ¿O era consuelo?

Los hermanos se abrazaron rápidamente y luego se separaron. Nos sentamos frente a él, la pequeña mesa entre nosotros y Damon, un hombre que casi había matado a otro con sus manos desnudas.

“Esta es Amy,” empezó a decir Zac. “Mi nueva esposa.”

Damon ya debía haber sabido de mí, porque no parecía sorprendido. “Encantado de conocerte, Amy, y felicidades.”

“Gracias.” Probablemente debería haber dicho más, pero era difícil encontrar una conversación ligera. ¿Qué se suponía que iba a preguntar? ¿No tenemos un tiempo encantador? ¿Qué has estado haciendo últimamente? Ugh. “Es agradable conocerte también. Finalmente.” Ahí estaba. Un buen comienzo para llevarnos hasta el meollo de por qué estaba aquí.

Él asintió. “Finalmente.”

O quizás no. “Escucha, Damon, he venido aquí para hablar contigo sobre... el juicio. No, no sobre el juicio.” Idiota. “Sobre Zac y yo. No estaba segura de querer seguir casada con él.”

Damon frunció el ceño. “¿Por qué no? ¿Qué tiene él de malo?”

Sonreí. “Nada.” Apoyé mi mano sobre la rodilla de Zac y él cerró su mano sobre la mía. “Nada de nada.”

Damon puso los ojos en blanco. “Si os vais a poner efusivos delante de mí, voy a pedir que me lleven de vuelta a la celda.”

Parpadeé. “Oh. Lo siento.”

Sus labios formaron una línea. “Ha sido un chiste. Sé que es un buen tío. Me lo ha dicho toda su vida.”

Me reí.

“Cállate, Damon,” dijo Zac sin enfado. “Esto es serio.”

“Vale, morderé el anzuelo,” dijo Damon. “¿Por qué pensabas que no querías estar casada con mi hermano mayor?”

La risa se secó en mi garganta. Solté un suspiro. “Por mi participación en ponerte aquí dentro.”

“*Tú* no me pusiste aquí dentro. Tú solo hiciste tu trabajo. Nadie te guarda rencor por ello, incluido yo.”

“Yo... gracias. Toda tu familia ha sido muy comprensiva e indulgente.”

Damon se rio con sorna. “Con algunos de nosotros.”

“Mamá entrará en razón,” dijo Zac calladamente. “Ya sabes como es.”

“¿Estirada? ¿Fría?”

Decidí que no era el mejor momento para decirles que a mí me gustaba su madre. “He dejado mi trabajo, de todos modos,” solté.

Damon sacudió la cabeza. “¿Por qué? Se te daba bien.”

“¿Me recuerdas del juicio?”

“Por supuesto. Tu pelo es diferente, pero te reconocí desde el momento en que entraste. No sé como nadie más lo ha hecho.”

Zac tosió. “Sí, bueno, algunos de nosotros no somos tan observadores como otros.”

“Amy,” dijo Damon, “¿por qué dimitiste?”

“Jodí un caso.”

“¿Y lo jodiste irremediamente?”

“Bueno, no. Nuestra testigo ha vuelto a cooperar y testificará. Pero no me sentía con fuerzas de enfrentarme al frenesí mediático ahora que mi matrimonio ha salido a la luz.”

“Amy,” murmuró Zac con admiración. “Pasará. No quiero que renuncies a nada por mí.”

“O por mí,” añadió Damon.

Zac le miró parpadeando, pero yo sonreí. Damon parecía saber lo que yo estaba pensando mejor que su hermano, en esto al menos. Era inteligente y observador, pero también apasionado. Había aprendido eso en el juicio, después de oír como le había dominado la rabia y casi había matado a su víctima. Según todos los testigos, la víctima era un cabrón, pero eso no importaba a ojos de la ley. Algunas veces yo sentía que debería importar.

Incliné la cabeza y estudié los largos y fuertes dedos de Zac, unidos a los míos. “No quiero arrastrar el nombre de los Kavanagh a los medios otra vez. Fueron salvajes la última vez.”

“Es bonito teniendo en cuenta que apenas nos conoces.” Él sonrió. De nuevo, me sorprendieron las conclusiones a las que llegaba Damon. Sabía que yo no estaba diciendo toda la verdad.

Zac parecía un poco perdido. “Los Kavanagh son más fuertes de lo que crees. Unos cuantos rumores y artículos en los periódicos no preocuparán a nadie.”

“Creo que lo que mi hermano está intentando decir es que no le preocuparán *a él*.” Damon arqueó las cejas, mirando a Zac. “No necesitas protegerle, Amy.”

“¿A mí?” Zac me miró. “¿Dejaste tu trabajo por *mí*?”

Levanté un hombro e intenté desviar la mirada, pero él cogió suavemente mi barbilla. Me aclaré la garganta. “Estoy preocupada por *ti*, Zac. No quiero que *tú* sufras por mi culpa.”

“Amy, no estoy sufriendo. Joder, estoy encantado de que finalmente hayas decidido abandonar la idea de la anulación. Eso es todo lo que quería.”

“Pero...”

“Nada de peros. Por supuesto, deja tu trabajo si quieres. Pero solo si *tú* quieres. No por mí.”

“O por mí,” intervino Damon. “O cualquiera de los Kavanagh.”

Reprimí punzantes lágrimas. “Vale. Llamaré a Jack mañana y veré si puedo recuperar mi antiguo trabajo. Si estás seguro.”

Zac sonrió y tocó mi frente con la suya. “Sí, estoy seguro.”

Le besé ligeramente en los labios y susurré, “Gracias. Por todo. Por ver mi yo real esa noche en Las Vegas y por no dejarme ir, aún cuando pensaba que era todo lo que quería.”

“De nada. Pero es a ti a quien debería dar las gracias, por ignorar mi pasado y el de mi loca familia.”

Damon tosió. “Por si acaso os habéis olvidado, sigo aquí, y estoy sufriendo una sobredosis de azúcar.”

“Mejor nos vamos,” dijo Zac, levantándose, levantándome con él.

Damon también se puso de pie. “Buena idea. Un poco más y vomitaré mi almuerzo.”

Los dos hermanos volvieron a abrazarse y se despidieron. Luego Damon me atrajo en un abrazo.

“Cuida de él,” susurró en mi oído. “Te necesita.”

“Lo haré. Y yo también le necesito.”

Zac y yo salimos juntos mientras Damon esperaba detrás a que los guardias le escoltaran a su celda. No lamenté ver la prisión, aunque mi humor se ensombreció. Zac también parecía más sombrío, como si odiara saber que su hermano no podía irse con él.

“Me ha gustado,” dije simplemente. “Parece un buen hombre.”

“Lo es. Y me alegra decir que se ha mantenido fuera de los problemas en la prisión. No pasará mucho tiempo antes de que salga.”

“Bien. Entonces tu familia volverá a estar completa.”

“Mi familia está completa ahora,” dijo él, retirando la vista de la carretera el tiempo suficiente para mirarme. Una pequeña sonrisa se extendía sobre sus labios. “Estuvo completa en el momento en que aceptaste a permanecer casada conmigo.”

Parpadeé a través de mis lágrimas. Quería volver a darle las gracias, o decir algo profundo, pero no pude pensar en nada más que, “Te quiero, Zac.”

“Yo también te quiero, Amy. Y esta noche voy a demostrarle al mundo cuanto te quiero.”

“No vamos a practicar sexo en un lugar público.”

Él se rio. “No. Estaba pensando que tenemos tiempo suficiente para visitar una joyería antes de que cierren por la noche. Quiero comprarte un anillo de boda, y luego puedes llevarlo esta noche cuando te lleve a cenar.”

“Me gusta esa idea, pero tengo una mejor. ¿Podría reunirse tu familia con tan poco tiempo? Me gustaría conocer finalmente a tus hermanos y sus esposas.”

“Conseguirán estar disponibles, confía en mí. Se están muriendo por conocerte.”

“Y luego mañana visitaremos a mi madre.”

“Trato hecho.”

Aparqué delante del escaparate de una joyería en la zona lujosa de la ciudad. Antes de salir del coche, él se inclinó y colocó una mano en mi nuca. “Bésame, señora Kavanagh,” murmuró contra mis labios.

Lo hice. Le besé con todo el amor y la pasión que sentía por él, y no me importó quien nos viera. Los periódicos publicarían probablemente una foto de este momento en las noticias de la mañana. Que vean lo mucho que nos queremos. Quería que el mundo supiera que estábamos destinados a estar juntos.

FIN

Disponible ya:

EL DILEMA DEL NOVIO BILLONARIO

¡La historia de Damon está aquí! El hermano Kavanagh más joven acaba de salir de prisión después de cumplir condena por asalto. Está intentando encarrilar de nuevo su vida, y lo último que necesita es enamorarse de la hermana de su cuñada, Becky. Sigue leyendo para ver un fragmento de su historia y descarga **EL DILEMA DEL NOVIO BILLONARIO** inmediatamente.

Suscríbese a la Newsletter de Kendra - ¡Reciba Historias GRATIS!

Para ser notificados cuando Kendra saque a la venta una nueva novela de la Familia Kavanagh, suscríbanse a su newsletter. Todos los suscriptores tendrán acceso exclusivo a 6 románticas historias cortas que no están disponibles en ningún otro sitio. Estas historias no pueden ser compradas y son un regalo de Kendra para ti. Visita su página web y rellena el formulario para suscribirte. Se te enviará un enlace donde puedes leer las historias:

<http://www.kendralittle.com/newsletter.html>

LIBROS DE KENDRA

La Trampa del Novio Billonario
La Proposición del Novio Billonario
La Ganga del Novio Billonario
El Error del Novio Billonario
El Dilema del Novio Billonario
El Chico Malo Billonario
Acostarse con el Billonario
Roto
Sexi de Repente

ACERCA DE KENDRA

Kendra escribe sensuales y contemporáneos romances interpretados por hombres fuertes y las mujeres que les hacen arrodillarse. Ella está casada y tiene dos hijos, bebe demasiado café, come demasiado chocolate, y cree que las tareas domésticas son para la gente a la que no le gusta leer. Síguela en [Twitter](#) y [Facebook](#). Aprende más sobre sus libros y suscríbete a su newsletter (donde puedes leer cinco historias cortas GRATIS) en su página web: <http://www.kendralittle.com>

Fragmento de EL DILEMA DEL NOVIO BILLONARIO

Copyright 2017 Kendra Little

CAPÍTULO 1

“Damon es un idiota, Damon es un idiota,” canturreaba mi sobrina de cinco años, Amelia, mientras peinaba el pelo de su muñeca con un diminuto cepillo de plástico.

Intenté reprimir una risilla, pero no tuve mucho éxito. Me salió como un bufido.

Mi hermana, Cleo, me lanzó una de sus miradas de madre furiosa, que normalmente reservaba para sus dos hijas cuando se comportaban mal. “Sé útil y devuélvele esto a Charlotte, Becky.” Me tendió el molde para plastilina lavado y seco. Me senté en el suelo con Charlotte, la pequeña de tres años, y la ayudé a amasar plastilina rosa brillante para formar una tortita plana.

“¿Dónde está Dino?” Amelia salió trotando de la sala de juegos para buscar su dinosaurio de peluche.

“¿Y de todos modos, por qué está llamando a su tío i-d-i-o-t-a?” pregunté una vez que ella estuvo suficientemente lejos como para no oírnos. Amelia podía deletrear, probablemente, pero Charlotte no podía definitivamente.

“Ella escuchó a Reece esta mañana.” Cleo se unió a Charlotte y a mí en el suelo, y abrió la plastilina azul. “Estaba desvariando sobre lo de que Damon no va a ir a la cena de aniversario de sus padres.”

“¿No va a ir?” Presioné el molde con forma de corazón sobre la plastilina y luego le pasé el corazón a Charlotte. Ella lo estrujó hasta formar una bola. “¿De verdad no va a ir? Eso es... triste.”

Desde que el más joven de los Kavanagh saliera de la cárcel seis meses antes, la familia había esperado que volviera al estilo de vida de los Kavanagh. Pero él apenas había hablado con sus hermanos y con sus padres, rechazaba ofertas de dinero, trabajos, e incluso un apartamento. Al parecer se había mudado a un cuchitril y estaba intentando montar su propio negocio de reparación de motocicletas. Yo no le había visto desde que fuera arrestado por asalto hacía un par de años. No habíamos sido íntimos previamente, pero habíamos sido amigos, de algún modo. Era el hermano Kavanagh más cercano a mí por edad, así que naturalmente había gravitado hacia él en los eventos familiares. Pero aunque siempre había sido el que seguía su propio camino, había entrado en una espiral fuera de control durante las semanas que llevaron a su arresto.

“Muy triste,” concedió Cleo con un suspiro. “Reece y los demás han intentado llamar, pero nadie puede llegar a él. Me preocupa que se haya perdido, Becky.”

“¿Perdido?”

“Para la familia.”

“¿Te estás rindiendo con él?”

Ella levantó un hombro. “¿Qué otra cosa puede hacerse? Reece está bastante furioso con él por hacer pasar a sus padres por un infierno estos últimos años. No solo le llamó idiota.” Lanzó una mirada a Charlotte y se inclinó más cerca de mí. “Había otra palabra delante.”

Como si le hubieran dado pie, Amelia entró girando en la sala de juegos, con Dino en una mano y su muñeca en la otra, cantando, "*Damon es un pu...*"

"¡AMELIA!" El grito de Cleo hizo que su hija se detuviera en seco. Sus grandes ojos azules se llenaron de lágrimas y su labio inferior tembló. El rostro de Cleo se suavizó. "Esa no es una palabra bonita, cariño."

"Pero papi la dijo."

"Papi fue muy travieso por decirla. No debería decir cosas así sobre tu tío Damon. Ni sobre nadie."

"¿Quién es tío Damon?"

"¿No te acuerdas de él, cariño?"

Amelia sacudió la cabeza.

Cleo y yo suspiramos. Era definitivamente triste que su propia sobrina no le recordara. Cleo le explicó quien era Damon a Amelia, y la pequeña pareció satisfecha con la respuesta. Se instaló en el suelo y empezó a sacar su juego de té. Hice otra figura con la plastilina y se la tendí a Charlotte para que la estrujara.

"Y pensar que solía gustarme," dije con una sacudida de cabeza.

Cleo dejó de amasar la plastilina y me miró embobada. "¿Qué? ¿Quieres decir que te gustaba de gustarte?"

"¡No!" Me reí, con cuidado de no reír durante mucho tiempo, ni demasiado fuerte, ni demasiado histérica. No estaba segura de haber triunfado. Cleo era buena observando a la gente y sabiendo lo que pensaban de verdad. Especialmente yo. "No así. Solo como amigos. ¿Se te ha olvidado que a veces solíamos quedar?"

"Sí, en realidad, se me había olvidado."

"Es entendible. Estabas bastante colgada por Reece en ese momento. Todavía lo estás." Le guiñé el ojo.

Ella me devolvió una mueca. "Yo no estaba colgada de Reece." Su rubor la traicionó. Mi hermana estaba totalmente enamorada de su marido, y así era como debía ser. Él correspondía a ese amor con más fiereza que nunca. Los Kavanagh nunca hacían nada en su justa medida. Era o todo o nada. Con Reece, era todo. Con Damon, era nada.

"Estoy preocupada por él," dijo Cleo calladamente.

"¿Damon?"

"Reece. Se está tomando demasiado en serio la mala actitud de Damon. Todos los hermanos lo están haciendo. Sé que Ellen puede ser quisquillosa, pero no se merece que su hijo más joven le deje de hablar. Harry definitivamente no se lo merece. Harían cualquier cosa por sus hijos."

Odiaba ver a mi hermana tan deprimida. No era típico de ella. Ella era una optimista. Veía lo positivo en todo y la bondad en todo el mundo. Reece debía estar muy tenso por lo de Damon, o ella no estaría suspirando tanto. A mí me parecía que Damon necesitaba un ajuste de actitud. Necesitaba que le dijeran lo mucho que sus acciones lastimaban a todo el mundo.

"Necesita una llamada de atención," dije. Solo había una persona en la que yo confiaba que le dijera las cosas claras. Una persona a la que podría escuchar, que no era un Kavanagh, pero que tenía sus mejores intereses en juego.

Yo.

Mariposas se peleaban dentro de mi estómago. No había esperado estar tan nerviosa. No era como si fuera a pelearme con Damon.

Mi ansiedad probablemente tenía más que ver con el hecho de que Damon fuera un ex convicto que acababa de salir de prisión. Habían pasado un par de años desde la última vez que le había visto. La prisión le habría cambiado. Joder, él ya había cambiado antes de ir a la cárcel. Los buenos chicos no daban palizas a los demás sin motivo. Y Damon *había* sido un buen chico. Salvaje, sí, pero no un gilipollas. Le debía a mi hermana volver a encontrar a ese buen chico y llevarle a casa.

Cleo siempre había estado ahí para mí. Después de que nuestros padres murieran, ella prácticamente me había criado. Cuando tuve cáncer, puso su vida en pausa y trabajó como una loca para pagar las facturas médicas y cuidarme durante lo peor de la quimio. Lo mínimo que podía hacer por ella y por Reece era tragarme los nervios y hablar con Damon.

Mientras abría la puerta de su taller de reparaciones de motocicletas, esperaba que todavía quedara algo del buen chico.

La campanilla encima de la puerta tintineó. Sonaba demasiado a cuento de hadas para un lugar tan masculino. El taller no era oscuro, gracias a la luz del sol que entraba por las claraboyas, pero estaba mugriento. Chasis de motos estaban apoyados contra las paredes o sobre mostradores, como los restos mordisqueados de carcasas de animales. Neumáticos colgaban de una sección del techo, suspendidos por cadenas, y piezas y herramientas abarrotaban los bancos de trabajo y el suelo. Un pequeño escritorio atestado con documentos y más piezas estaba empujado hacia el rincón más oscuro, como si fuera una adición necesaria pero no bienvenida al negocio. Un ordenador portátil cerrado estaba peligrosamente cerca del borde.

“¡Estoy contigo en un minuto!” resonó la voz de Damon desde las profundidades del taller.

Entrecerré los ojos, pero no pude verle. El sonido de metal contra metal llegaba desde el fondo, detrás de una gran moto negra. Un pie enfundado en una bota y la parte inferior de una pierna con vaqueros manchados de aceite eran apenas visibles. Me subí el bolso más sobre mi hombro y comprobé mi reloj. Veinte minutos de mi hora de comer era todo lo que podía usar para hablar con él.

“Damon, soy yo,” grité. “Becky. Becky Denny,” añadí.

El ruido paró. La bota y la pierna desaparecieron de mi línea de visión. Un largo momento más tarde, se puso de pie. El rostro barbudo no era lo que había esperado.

“¿Damon?” Metí mi bolso más debajo de mi brazo y sujeté las asas sobre mi hombro con ambas manos. Rodeé las motos y miré con los ojos entrecerrados al hombre que me devolvía la mirada. O más bien que me miraba con el ceño fruncido.

Cuando me acerqué más, pude ver al Damon que recordaba debajo de todo ese pelo negro. Los penetrantes ojos azules eran definitivamente los suyos. El físico alto y fuerte era el de los Kavanagh, aunque sus bíceps habían aumentado. El tatuaje en su hombro derecho era uno que reconocí, pero el de su hombro izquierdo era nuevo. Llevaba una manchada camiseta de tirantes gris con el logotipo de un equipo deportivo delante. Tenía un aro muy amplio bajo las axilas, mostrando todos esos nuevos músculos alrededor de sus costillas a la perfección.

La visión de esos poderosos brazos y hombros hicieron que mi pulso se acelerara. Que raro. Le había visto vestido así una docena de veces hacía años, y nunca me había sentido como una colegiala con su último ligue. Debía tener algo que ver con el hecho de que ahora era un chico malo auténtico. Como la mayoría de mujeres heterosexuales de América—del mundo—yo era feminista hasta la médula, pero un sexi macho alfa con un pasado peligroso podía hacer que mi corazón bailara al ritmo de una loca melodía.

“Hola,” dije. Cuando él simplemente me miró fijamente, le dediqué una sonrisa con labios tensos. “¿Te acuerdas de mí? La hermana de Cleo.” Cuando siguió sin contestar, añadí, “Tu

cuñada, Cleo. La esposa de Reece.”

“Sé quien eres.” Su voz era más profunda de lo que solía ser. Provenía de las profundidades de ese enorme pecho y retumbaba como un silencioso trueno.

“Oh. Es solo que me estás mirando fijamente como si fuera una extraña.”

“Te ves diferente. Tu pelo es más largo y oscuro. Tu rostro...” Bajó la mirada hacia la llave inglesa en su mano y la dejó sobre el banco de trabajo junto a él.

“¿Mi rostro...?”

“Es diferente.” Tenía la sensación de que no era lo que originalmente iba a decir. “¿Qué quieres, Becky?”

Vaya. Nada de “me alegro de volver a verte” ni de “qué tal te ha ido”. Directo al grano. “He venido a ver cómo estás. Han pasado siglos desde la última vez que te vi.” Yo intentaba sonar alegre, pero salió forzado, falso. Cuando sus ojos se ensombrecieron, podría haberme dado una patada a mí misma por no poner más empeño en ello.

Los músculos en sus mejillas se tensaron. “Estoy bien. ¿Y tú?”

“Bien.” Sujeté mi bolso con más fuerza. “Tienes un bonito taller aquí. Muchas motos. ¿Estás ocupado?”

“Sí.”

“¿Estás tú solo o tienes empleados?”

“Solo yo.”

Asentí y miré en torno al taller, aunque en realidad no veía nada. Estaba buscando algo más que decir para romper el hielo. Desafortunadamente, no encontré inspiración.

“¿Quién de ellos te ha enviado?” Se cruzó de brazos y arqueó una ceja. “¿Reece?”

“No. No me ha enviado nadie. Nadie sabe que estoy aquí.”

Su ceja se arqueó más. “¿Es eso cierto? ¿Y ha sido inteligente?”

Tragué saliva. Sonó fuerte en el forzado silencio. “¿Qué quieres decir?”

“Soy un criminal convicto.” Dio un lento paso hacia delante. Me quedé en mi sitio. Él frunció el ceño y volvió a avanzar hasta que estuvo a solo unos metros de mí. “Cumplí condena por asalto.” Otro paso y otro más le trajeron más cerca. Podía oler la grasa en sus manos y sentir el calor de su cuerpo.

La sangre bombeaba por mis venas y corrió hacia mi rostro. A pesar de mi rubor, me negué a dejar que pensara que yo era una cobarde. Él no me daba miedo. Al contrario, me sentía inexplicablemente atraída. Las palabras polilla y llama se me vinieron a la mente.

Sus labios se torcieron hacia un lado, en una desagradable sonrisa que estaba casi escondida por su barba. “Quizás deberías haber traído un guardaespaldas.”

Puse los ojos en blanco. “No me harás daño, Damon, así que deja de actuar tan duro y aterrador.”

Para mi sorpresa, se echó a reír. Incluso tenía algo de humor, aunque fue más una risa callada que una risotada en sí. “Siempre fuiste directa hablando. Es por eso que yo...” Se interrumpió con una breve tos y luego asintió hacia mí. “¿Qué pasa con el aburrido traje formal?”

Bajé la mirada hacia mis pantalones negros, camisa blanca, y cómodos zapatos de salón. “Es lo que llevo para trabajar.”

“¿Ahora los artistas se visten de traje?”

“No soy artista. Eso es mi hobby. Lo sabes.”

“¿Ah sí? La última vez que te vi estabas trabajando a tiempo parcial para Reece en el edificio de su compañía, y pintabas el resto del tiempo. Planeabas ganarte la vida con tu arte. ¿Qué pasó?”

“Crecí. No se gana dinero con la pintura. Necesito ganar dinero para comer, ¿sabes? No todos tenemos fideicomisos Kavanagh para financiarnos.”

Fue como si hubiera encendido un interruptor. Sus ojos se volvieron ferozmente oscuros y los músculos de su rostro se endurecieron. No me habría sorprendido ver humo saliéndole de la nariz. “Algunos ni queremos ni usamos nuestros fideicomisos Kavanagh,” rugió.

Levanté una mano, manteniendo la otra en el asa de mi bolso sobre mi hombro. “Lo siento. No me di cuenta de que te ofenderías por eso.” ¿Desde cuándo había rechazado el dinero Kavanagh?

Quizás desde que fue a la cárcel. Y quizás había dado con la razón por la que no quería asociarse con su familia más.

“¿Qué quieres, Becky?”

Joder, no iba a ponérmelo fácil. No sé por qué pensé que podría convencerle cuando sus hermanos no pudieron. “Quiero que cojas el teléfono y llames a tu madre. O a tu padre,” añadió. Harry era mucho más blando que Ellen. “Su aniversario de boda se aproxima y habrá una cena para celebrarlo. Sería bonito que todos sus hijos estuvieran allí.”

Pasó un segundo, dos, antes de que él dijera, “¿Eso es todo?”

“Supongo.”

“Bien. Has hablado, ahora vete.”

“En realidad, no he terminado.”

Él suspiró. “¿Cuándo te convertiste en una tocapelotas?”

“¿Cuándo te convertiste en un gilipollas?”

“Hace un par de años. Pregúntale a cualquiera de mis hermanos, ellos te lo dirán.”

“No hables de ellos como si te odiaran. No te odian.”

Él soltó un bufido y desvió la mirada.

“No te odian, Damon. Están preocupados por ti.”

“Eso crees, ¿verdad?” Sacudió la cabeza. La abertura de su boca formó una dura línea inflexible. “¿Entonces por qué me acusó Reece de haber arrastrado el nombre de los Kavanagh por el lodo? ¿Por qué se fue Blake de malos modos de la sala de visitas la última vez que fue a verme a prisión? Ash no podía dejar de decirme lo estresados que estaban papá y mamá, y Zac va y se casa con la mujer que me puso entre rejas. Sí, tengo una familia muy cariñosa.” Me dio la espalda. Sus hombros cayeron con su respiración.

Parpadeé, no muy segura de cómo tomarme su perorata. ¿De verdad le había dicho eso Reece a su hermano a la cara? Él y los demás siempre me habían parecido comprensivos, aunque frustrados porque Damon no le contaba a nadie por qué había golpeado a ese tipo y nunca intentó defender sus propias acciones. “Zac nos dijo que te parecía bien lo suyo con Amy.”

Soltó el aire despacio. “Sí. No estoy enfadado con él, ni con ella. Ella solo estaba haciendo su trabajo. Zac está... bien.”

“¿Bien? ¿Solo bien? Cielos, Damon, no te vuelvas loco demostrando amor fraternal.”

Él se giró en redondo para mirarme. “No tengo por qué escuchar esto. Ahora soy un hombre libre y este es mi taller. Puedo echarte.”

Apoyé una mano sobre mi cadera. “Te reto.”

Sus ojos pasaron de fieros a traviosos en un instante. Oh mierda. Sabía lo que se avecinaba en el momento en que las palabras salieron de mi boca. Damon Kavanagh nunca se echaba atrás ante un reto.

Me cogió y me colocó sobre su hombro como un saco. Situó una mano sobre mis piernas para mantenerme en el sitio y, sin importar lo mucho que luchara, no podía liberarme. Para empeorar las cosas, mi culo estaba justo cerca de su cara.

“¡Bájame!”

“Por nada del mundo. He querido hacer esto desde que entraste aquí sujetando ese bolso como un arma. ¿Te doy miedo después de todo, pequeña Becky Denny?”

“No seas ridículo,” mentí. “¿Por qué iba a darme miedo un gatito como tú?”

“Por todo lo del asalto y lo de estar en la cárcel, ¿te acuerdas?”

“Tenías un motivo.”

“¿Lo tenía?” dijo arrastrando las palabras. “Que gracia, no recuerdo esa parte del juicio. Debí haberme dormido.”

“¡Deja de ser un imbécil y bájame!” Golpeé su espalda con mi puño mientras sujetaba mi bolso con la otra mano. Él contuvo el aliento cuando le di en el riñón. “Espero que eso deje un moretón.”

Abrió la puerta principal y colocó una mano sobre mi trasero.

“¡No me manosees!”

Él me descargó de su hombro y me depositó en la acera. Gracias a Dios no había nadie alrededor para verlo. La pequeña calle donde se encontraba su taller estaba vacía de tráfico.

“Eso no fue un manoseo sexual.” Me sujetó por los hombros, bien para estabilizarme o para demostrar que era mucho más grande que yo. Se agachó y nuestras miradas se encontraron. Sus ojos aún brillaban con malicia. Malicia, no violencia ni odio ni rabia. Yo tenía razón. El antiguo Damon seguía estando ahí. Solo estaba enterrado debajo de un peso tan pesado que estaba teniendo problemas para sacudírselo. “Si quisiera tocarte sexualmente, Becky, no estarías exigiendo que parase. Me estarías suplicando más.” Me soltó, solo para acariciar un lado de mi mandíbula con sus nudillos.

Luego se echó hacia atrás, se giró, y entró. La puerta se cerró en mis narices. La miré embobada y me pregunté qué demonios acababa de suceder. Estar con Damon nunca había sido tan frustrante antes. No a ningún nivel.

Pero ahora, cada parte de mí era un desastre rendido y hecho polvo. Él se había negado a escuchar o a entrar en razón. Me había alejado, tanto emocional como físicamente. Y aún así había hecho mi sangre palpar y mi corazón correr como loco. Quería volver a sentir sus manos sobre mí, paseándose por debajo de mi aburrida camisa, tirando de mis cómodos zapatos y pantalones. Yo también quería ponerle las manos encima. Todos esos músculos, ese cuerpo...

Maldita sea, me sentía atraída por el cuñado de mi hermana. Un Kavanagh. Un ex convicto. Un arrogante y terco HP. Esto no iba a terminar bien.

Aún así no podía alejarme. Todavía no. No así. Si me alejara ahora, él pensaría que había ganado y que la discusión había terminado. No había acabado. Ni de lejos. No hasta que él accediera a hablar con sus padres y hermanos.

Descárgate **EL DILEMA DEL NOVIO BILLONARIO** ahora.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com